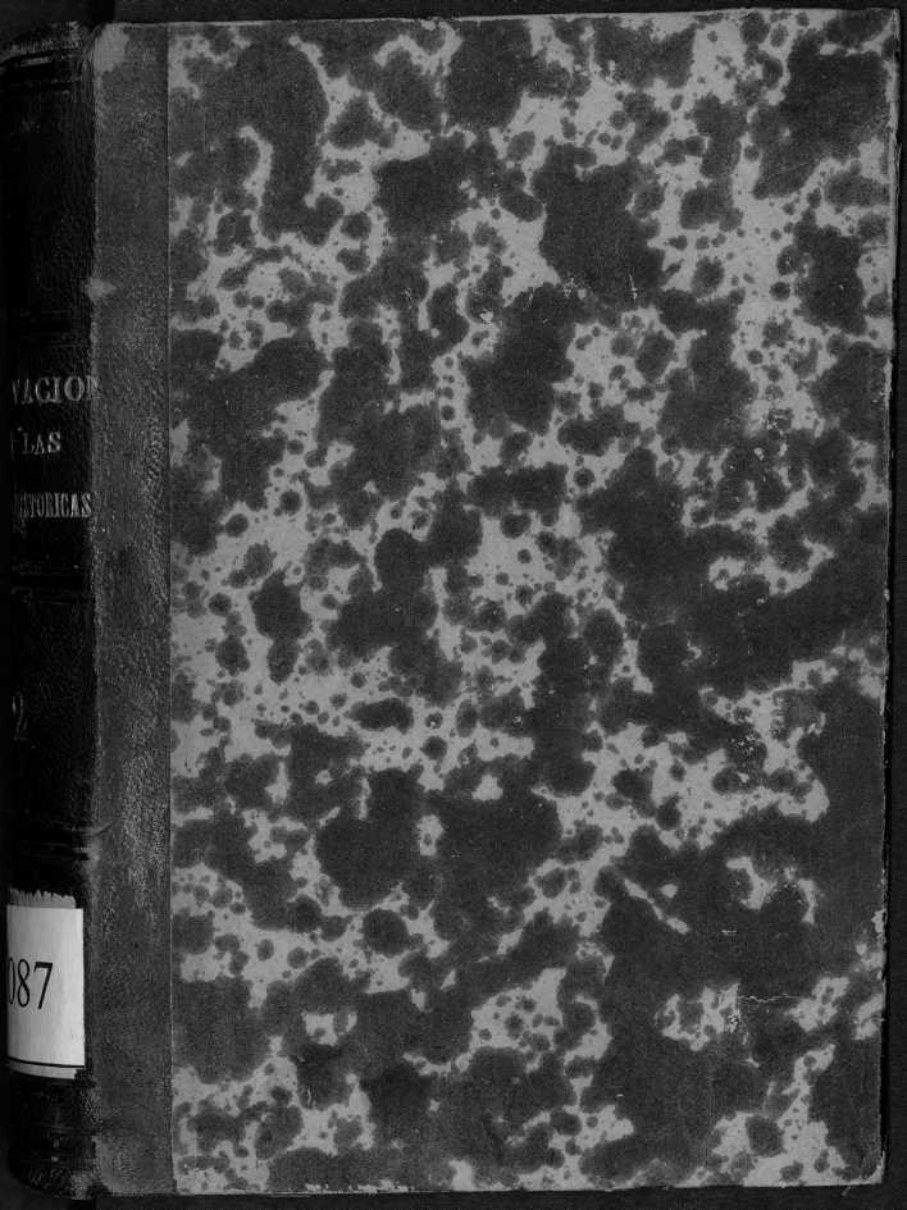


16087
~~8514~~
69

OBSERVACIONES

SOBRE LAS BELLEZAS HISTÓRICAS

DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

OBSERVACIONES

SOBRE LAS BELLEZAS HISTÓRICAS

DEL ANTIGUO TESTAMENTO,

POR

D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.

TOMO II.

Segunda edicion.

MADRID.

IMPRENTA DE TEJADO, Á CARGO DE R. LUDEÑA,
calle de Silva, 47 *y* 49.
1864.

CAPÍTULO XIV.

Guerra.

Parece que hay en nuestros corazones una singular contradiccion, en que tal vez no se haya reparado. Los hombres somos naturalmente amigos de la paz, y el solo peligro de perderla es cosa que hace estremecer; de manera que aquellos mismos, cuyo grande interés está cifrado en que haya guerra, la quisieran muy lejos de la provincia donde habitan. Si en una ciudad llegan á oirse algunos tiros, lo comun y lo natural es cerrar los vecinos las puer-

tas de sus casas, atrancar las tiendas, azorarse los unos, sobresaltarse los otros. Pues bien, esas mismas personas tan despavoridas al oir unos tiros, escuchan con gusto á los que hablan de campos de batalla hechos rios de sangre, de cargas á la bayoneta, de encuentros de la caballería con el enemigo, en los cuales el degüello fué rápido, de sitios en que las bombas no perdonaban al niño, ni al anciano, ni á la mujer en cinta, ni al hospital que se desploma sobre los enfermos inmóviles.

Si aun se duda de que la guerra oida es grata al ánimo y á la imaginacion; recuérdese con cuán ávida curiosidad preguntamos los pormenores de las batallas á los que se han hallado en ellas, dándonos por muy sa-

tisfechos si conseguimos formar clara idea de la posicion de los ejércitos, de las evoluciones, del furor de la arremetida, de los horrores de la lucha, de los heridos, y de la espantosa muchedumbre de muertos.

¿Y qué diré de la guerra escrita? Que es como el alimento de toda nuestra vida. Apenas sabemos leer en nuestra propia lengua, cuando ya Quinto Curcio y Tito Livio con las hazañas de griegos y romanos pugnan por entrársenos en la cabeza, que es una plaza fuerte, donde al cabo de dos ó tres años de repetidos asaltos se nos introducen con las vencedoras huestes de los Alejandros y de los Escipiones. Luego viene el piadoso Eneas á contarnos la ruina de su Troya, como si le

mandáramos renovar su infando dolor. Llega en seguida el patriarca del Parnaso, y nos hace derramar lágrimas sobre el polvoriento cadáver de Patroclo. Y Silio Itálico y Lucano acuden cual tropas auxiliares á no dejarnos salir del campo de batalla.

Si de los poetas volvemos á los historiadores, nos vemos envueltos en una terrible polvareda de vándalos, de alanos, de germanos, de godos y de ostrogodos, que corren por el mundo como eternos torbellinos de guerra. Entre sus descendientes aun retumba el ronco fragor de guerra; en todo el orbe y en todos los siglos guerra. Si vamos á visitar el sepulcro del Salvador, allí encontraremos el mundo de la bar-

barie luchando á brazo partido con el mundo de la galante y religiosa civilizacion. Si Milton nos lleva al cielo, hasta en el cielo nos hará ver una guerra de peñascos, que vuelan por los aires, y son las balas, que usan sus ángeles y sus demonios.

¿Y renunciaríamos á los placeres mentales, que nos proporciona la deleitable lectura de esa infinidad de libros, donde se pinta y se inmortaliza la guerra? No por cierto. La guerra es como el alma de la historia y de la poesía épica. No exagero. Cójase un libro de historia, y compárense las páginas de la guerra con las páginas de la paz, ó mejor dicho, el efecto ó sensacion, que en nosotros producen estas y aquellas.

Las de guerra ocuparán nuestra atencion mas que las otras. Por ejemplo, el reinado del pacífico Fernando VI ha sido uno de los mas hermosos y felices, que haya gozado España; pero leido no tiene el interés que ofrece cualquier otro, en que nos horripile el rudo choque de las armas. Los diversos lances de la guerra tienen el corazon como cuando se lee una tragedia, es decir, en contínua conmocion agradable, á la cual es sumamente aficionado, hasta llegar á quejarse de todo autor, que no lo recalienta y conmueve, diciendo para calificarlo de insípido: «Me deja frio:» Tal es la índole de nuestros corazones.

¿Pero en qué libro del mundo tendrá la guerra las bellezas y el

encanto, con que se ostenta en la Biblia? Abrámosla por cualquier parte. —«Toma de Jericó.—El magnánimo Josué se acerca á reconocer esta plaza enemiga, y se encuentra con un guerrero imponente, en cuya mano brilla una espada desnuda; encárase con él, y le pregunta: ¿Quién eres tú? ¿Eres nuestro ó de los enemigos?—Soy el que capitaneo las huestes del Señor, y ahora vengo..... Cae en tierra Josué y adorándole dice: ¿Qué es lo que mi Señor habla á su siervo?—Descálzate, porque el lugar en que estás es santo. En tus manos he puesto á Jericó, á su rey y á todos sus defensores valientes.»

¡Qué majestad! El autor de la mas sublime epopeya podria vanaglo-

riarse de haber inventado la extraordinaria imágen de este par de guerreros. ¡Cuán terrible seria el marcial aspecto de aquella vision, que se presenta á Josué con espada en mano! Pero el caudillo israelita le hace una pregunta, que manifiesta un ánimo impertérrito y dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo con aquel formidable desconocido en caso de ser enemigo. Esta arrogancia digna del mas valeroso caballero de la edad media, digna hasta de aquel rey-héroe de Inglaterra, que por los extraordinarios arranques de su bravura mereció llamarse *Corazon de leon*, es muy sublime verla súbitamente convertirse en humildad y adoracion profunda. ¡Valiente Josué, qué te sucede! ¿Te derriba el oir una pala-

bra? ¿Dónde tan pronto es ida tu altivez majestuosa? ¿Así te postras á los pies de ese guerrero, á quien mostrabas no temer?... ¿Y qué monte del firmamento no se inclina respetuoso ante su Dios?

¡He aquí en Josué el valor y la religion! ¡He aquí el poderío en el representante de la Divinidad! ¡Oh magnífica sorpresa la del caudillo de Israél! Creia no tener jefe superior á él en el ejército que manda, y se encuentra con un general del mismo ejército, pero de una gerarquía infinitamente elevada y misteriosa, señor y árbitro del universo, que como tal le da el triunfo, y le dicta sus órdenes para la toma de aquella ciudad sentenciada á exterminio.

Veamos un nuevo modo de sitiar y rendir las plazas fuertes: el general enemigo ha ordenado una procesion en derredor de la plaza: va de vanguardia la juventud guerrera, mas sus espadas no harán mas que reverberar fulgurantes con los reflejos del sol, no descargarán un solo golpe de muerte; marcha en el centro el arca del Señor en hombros de sacerdotes; delante de ella siete ministros del santuario hacen resonar siete estruendosas trompetas, y los niños, los ancianos y las mujeres forman la retaguardia; y así, guardando el mas profundo silencio, dan vuelta al derredor de Jericó. Los defensores de esta correrian á los muros y á las puertas á rechazar al enemigo; subirian á los tejados sus

habitantes á ver por sus propios ojos la llegada y extraña formacion del ejército invasor.

Dejo á la consideracion de los lectores los diversos movimientos de asombro, de sorpresa, de sobresalto y hasta de risa, que se sucederian en aquellos corazones, viendo el singularísimo espectáculo de guerra, que concluyó con placidez impensada, volviendo á su campamento aquella procesion inofensiva. Esta escena extravagante, repetida por seis dias consecutivos, seria una especie de comedia para los ya tranquilos espectadores de Jericó. ¡Pero ay del que se rie de la locura de los consejos de Dios! ¡Ay de la insensata ciudad, que no ha comprendido que la dilacion de su ruina es tiempo de penitencia! ¡Ay

de la ciudad soberbia! Ignora que el poderoso en prodigios elige lo mas flaco del mundo para mostrar en lo débil su omnipotencia divina! Ignora, y rie y se burla, y se aumentan las risas y los sarcasmos cuando al séptimo dia observa que en vez de una da siete vueltas el pueblo sitiador en torno de sus muros. La mofa y el menosprecio han llegado á su colmo, cuando de improviso Jericó se desploma sobre sus habitantes. Se oyó un estruendo de mil y mil trompetas y un terrible clamoreo del pueblo de Israél, y mugieron sordamente las entrañas de la tierra, y bambolearon las torres, y retemblaron las casas, y al instante se derrumbaron los muros de la ciudad, y sus ruinas pusieron fin repentino

á la risa de sus moradores. Por entre calles de escombros corrieron las espadas triunfantes, y con ellas la muerte y el exterminio: se entregó al fuego el sangriento cadáver de Jericó, y el viento desparramó sus maldecidas cenizas. Así combate Dios.

La intervencion de la divinidad en las guerras es un ornato tan hermoso y magnífico, que los poetas lo han creido indispensable en el poema épico, inventándolo los paganos, que hacian intervenir sus dioses en todas sus epopeyas. Allí nos encanta leerlo, aunque estamos persuadidos de que todo ello es una grandiosa patraña del escritor. No siendo verosimil para nosotros, como lo fue para el vulgo antes del cristianismo, es muy extraño que nos

guste, porque solo agrada lo que tiene alguna apariencia de verdadero; y así es preciso que esas mentidas deidades del paganismo tengan alguna cosa, que en gran manera compense la falta del inestimable requisito de la verdad. Prescindiendo del brillante ropage con que el poeta las viste, creo que la causa de su atractivo está en la propension del hombre á admirar y amar lo sobrenatural, y aun lo que se le presenta como tal, aunque realmente no lo sea.

En apoyo de esta observacion pudiera citar la historia de una multitud de heregías (anteriores al protestantismo), cuyos fautores se conciliaron una extraordinaria autoridad sobre sus ilusos adeptos fingiendo visiones y revelaciones urdidas con

mas ó menos destreza. Sabido es que Montano queria ser tenido por el Espíritu Santo, y que el delirio de autorizarse con lo sobrenatural llegó en algun otro heresiarca hasta el absurdo extremo de suponer que sus concubinas predilectas tambien eran deidades; pero no es este el lugar de extenderme sobre la materia, bastándome recordar que con el carácter de profeta alucinó Mahoma á las ignorantes turbas de la Arabia. Pues si tanta es la mágia de la mentira cuando se pinta con el colorido de lo sobrenatural, ¡cuán poderoso será el hechizo de la verdadera Divinidad cuando en las sagradas páginas de la Escritura se nos presenta peleando de un modo digno de su infinita omnipotencia!

Contra Gabaon se coligan cinco reyes; vuela Josué al socorro de la estrechada Gabaon, y cae sobre sus sitiadores como nube de tempestad sobre la mies indefensa; el Señor envia cobarde espanto á los corazones de los reyes y ejércitos confederados, que puestos en vergonzosa fuga dejan su campamento hecho un lago de sangre: Josué los persigue fulminando mil muertes, y Dios desde los cielos les arroja airada lluvia de piedras, y el capitan hebreo, viendo que va faltando el dia al hambre de su espada, manda al sol que se detenga, y le obedece el sol, manda á la luna, y le obedece la luna.

¿Qué guerrero de la antigüedad ni de los tiempos modernos querrá que se le parangone con este guerrero de la

Biblia? ¡Cuán pequeño pareceria á su lado! ¿Quién levantando la espada, detiene con una voz el curso de los astros? *Sol contra Gabaon ne movearis; et luna contra vallem Ajalon.*

Soldados de Dios son el sol y la luna, los mares y los vientos, las tempestades y el fuego, los ángeles y la muerte.....

Le insulta por escrito Sennaquerib, teniendo sitiada á la dolorosa Jerusalén; el virtuoso rey Ezequias corre al templo con aquel pliego de blasfemia y de abominacion, y lo abre y extiende al pie del altar para que el Excelso en vista de tamaño delito coja la vara de su furor. Aciaga noche tiende su fúnebre manto sobre la faz de la tierra, y Dios á la hora del universal silencio llama á

uno de sus ángeles, le ordena el cumplimiento de su voluntad soberana, y el ángel, sin turbar el tranquilo sueño de la naturaleza, degüella rapidísimamente con su flamígera espada ciento ochenta y cinco mil asirios. Viene la aurora, se levanta el poderoso rey Sennaquerib, y á todo su ejército ve durmiendo el sueño de la muerte.....

La guerra, que de suyo es horrorosa, es, con respecto á los que la leen en un libro, tanto mas grata y mas bella cuanto mayor es el estrago y mayor la rapidez con que se ha ejecutado. Y ved aquí una de las cosas que hacen magníficas las campañas, que concluia en favor de su pueblo el Dios de las batallas: rapidez y grandeza de estrago son circunstancias,

que regularmente acompañan á las lides en que de algun modo se descubre la mano del Omnipotente.

El terror y el espanto son tambien guerreros del ejército de Dios, que enviados por él á los pechos del enemigo, auxilían maravillosamente á los que han implorado la proteccion del cielo. De los muchos pasajes que podria ofrecer por ejemplo, ya uno he mencionado arriba, y aún vamos á ver esto mismo con mas claridad en la victoria de Abías. «Mientras Abías peroraba, Jeroboám, rey de Israél, extendia sus batallones con el fin de envolver al ejército de Judá, sin que se notase este movimiento hasta que el peligro se hizo inminente. Entonces se levanta una grande gritería, Judá invoca al

Señor y clama que le socorra, tocan las trompetas los sacerdotes, y Dios oye el clamor de su pueblo. Penetra repentino espanto los huesos de Jeroboám y de los suyos, los desordena, los pone en fuga. Abías los persigue, Abías los acuchilla, Abías los destroza, y la muerte devora á todo el ejército de Israél.»

Aún es mas bello y extraordinario el prodigio, que obró el Altísimo para vencer á los madianitas por medio del ingenioso y denodado Gedeón. Seguro de la victoria este ilustre caudillo, da á cada uno de sus trescientos soldados unas armas de nueva invencion, instruyéndoles acerca del modo singular con que han de manejarlas; y rodea á media noche y con el mayor silencio el

campamento enemigo, extendiendo su línea y haciendo alto á muy corta distancia. Duerme profundamente el innumerable ejército madianita; y con ruido repentino suenan á un mismo tiempo las trescientas trompetas de Gedeón; sus soldados rompen unas con otras las tinajas de barro; al estruendo despiertan despavoridos los madianitas, y ven cerca de sí y agitándose en el aire unas llamaradas de fuego: la oscuridad de la noche, el estrépito de las trompetas, el terror, el espanto, la sorpresa, la confusion los ciega; las encendidas teas de los israelitas se les figura un ejército de fuego. «La espada del Señor, la espada de Gedeón,» es el grito que los atruena. Corren á las armas, y luchan unos con otros

creyéndose enemigos. Crece el desórden, y el espanto crece: el furor no distingue, se atropella, se arremolina, destroza con ímpetu loco cuanto encuentra su espada. Los cadáveres se amontonan, y la lucha se encarniza y prolonga. ¡Cuánto horror! ¡Cuánta muerte y estrago! Un ejército de ciento treinta y cinco mil hombres, que aquella misma noche dormian plácidamente, yace nadando en su sangre, y sus restos huyen azorados y perseguidos, y al despuntar el dia serán acuchillados.

La Escritura dice que el Señor envió su espada á los reales de Madián. *Immisit Dominus gladium.* El encontrar en la narracion de la Biblia esta sublime frase, tan rica de

sentido, verdad, energía y grandeza, es para mí un hallazgo muy precioso, porque expresa y confirma plenamente la idea, que llevo indicada al contar el terror y el espanto entre los guerreros de Dios. Lo que el Señor de los ejércitos envió al campo de Madián fué espanto, y ceguera, y confusion, y desórden, y á esto llama su espada.

Aunque prescindiera de las muchas bellezas é imágenes altamente poéticas, de que abundan las batallas de la historia del antiguo Testamento, el hallar en ella esta clase de guerreros de un órden tan elevado, me haria creer que sus guerras literariamente consideradas se aventajan muchísimo á cuantas puedan leerse en historias profanas.

Otra prenda muy preciosa tienen las guerras del pueblo de Dios: la de interesar el corazon. He tocado un punto difícil de explicarse, por lo cual lo que ahora necesitaba, mas que palabras y raciocinios, era que todos los lectores tuviesen un alma muy sensible, y que con ella mas que con los ojos leyeran la consternacion de aquel pueblo contínuamente afligido por los duros reveses de la guerra. El resultado de ésta no era el de mudarse únicamente las instituciones políticas del país, ó el personal del gobierno: tratábase de perder ó conservar la religion, la libertad, la hacienda, la patria y la vida. Sus enemigos le esclavizaban con bárbara ferocidad; era insoportable su tiránico dominio; las

naciones, cuyo inhumano yugo se proponia sacudir, tenian mucho de irracionales; los madianitas, los amalecitas, los filisteos, los ammonitas y tantos otros pueblos belicosos, con cuyo férreo brazo castigaba el Señor los pecados de la ingrata descendencia de Jacob, distaban infinito de la suavidad de costumbres introducida por el cristianismo, y su opresion era para los israelitas harto mas temible que para otros paises, cuyos usos, leyes y religion se pareciesen algo mas á las del vencedor. La sociedad judáica se hallaba con respecto á las otras en un estado excepcional. Tenia su corazon apegado, aun en las épocas de su mayor extravío, á ciertos intereses que pudieran llamarse del alma, y

que eran un legado de la Divinidad. Y no se crea que me refiero únicamente á su ley y á su templo querido, que tantas lágrimas les hizo derramar; hasta la tierra en que habian nacido, además del cariño y entusiasmo, que les merecia como patria, era para ellos una posesion, que Jehová les habia dado á fuerza de milagros, una heredad que el cielo habia prometido repetidas veces á sus célebres antepasados, una conquista debida en gran parte á las hazañas de sus mayores, y conservada con el heroismo y las oraciones de sus padres. ¿Cómo no habian de amar entrañablemente el suelo que habitaban, si todo él estaba como sembrado de gloriosos recuerdos? ¿Cómo no habian de

amarle, si sus montes, sus valles, sus campos, sus fuentes, sus rios y hasta sus piedras respiraban el celestial perfume y la santificadora majestad de un Dios tantas veces aparecido en aquellos lugares, donde con sus antiguos patriarcas y con sus profetas hablaba amorosamente?

CAPÍTULO XV.

Carácter religioso de las guerras de la Historia Sagrada.—Héroes.—Los Macabeos.

La historia de una guerra para interesar sobremanera y deleitar debe tener casi las mismas condiciones que el poema épico. La empresa acometida por una de las partes beligerantes ha de ser árdua y gigantesca; inmensos los obstáculos, que han de superarse; ha de haber un héroe de primer órden, de corazon invencible, de grandes ideas, de brazo formidable, de alma de fuego, de senti-

mientos nobles y generosos, de hazañas dignas de memoria eterna. Le rodearán otros héroes, pero él será el sol, y ellos los planetas, que giran al rededor del luminar del dia.

El autor, que con buena pluma escriba una guerra en que brille cuanto acabo de indicar, no podrá menos de vivir con ínclito renombre en las edades venideras. Así debe Solís su inmarcesible laureola al argumento verdaderamente épico de su obra. El heroismo es el imán de la admiracion y del encanto. Los horrores de la guerra son una noche tempestuosa, y el heroismo la antorcha que la ilumina. Los héroes reinan en el palacio de la inmortalidad; y entre ellos los de la sagrada Biblia llevan mejor diadema y el man-

to régio mucho mas esplendoroso.

Héroes hay, que sobre su vestidura de gloria tienen horribles manchas. Aquellos, cuya espada se ha ensangrentado en pueblos inocentes, aquellos, cuyos rayos ha vibrado una ambicion desmedida, aquellos, cuya carrera de triunfo va acompañada de una crueldad supérflua, aquellos, cuyo ímpetu belicoso tiene por blanco al oro y derriba por alcanzarlo la muralla enemiga, no merecen que al pasar por delante de ellos nos inclinemos con ademán reverente. Los verdaderos héroes son los que la religion inspira, los que se ostentan sin mancilla que los degrade, los que hacen estribar en la virtud el edificio de su gloria. La Escritura nos ofrece muchos modelos de heroicidad

verdadera; pero los que adecuadamente pudieran llamarse libros de los héroes son los que refieren las hazañas de los ínclitos Macabeos. Entremos en este magnífico templo del heroismo.

El imperio de aquel rey de Macedonia, ante quien muda se postró la tierra, cuando este vencedor del mundo cayó en el lecho y conoció que se moria, dividióse en cuatro monarquías, una de las cuales tocó á Seleuco, cuyos sucesores dueños de toda el Ásia vieron estrellarse su colosal poderío en lucha con el pequeño pueblo de Dios. Para que una guerra suscite sentimientos extraordinarios y produzca en el alma conmociones profundas, es preciso que se vea por una parte la violacion del

derecho, el poder de la injusticia, la crueldad y la barbarie, y por otra la oprimida inocencia haciendo denodados esfuerzos para romper sus cadenas y derribar al gigante que la atormenta. Tal fué la guerra de los invietos Macabéos contra los reyes de Siria, guerra venida del cielo, porque la iniquidad se habia enseñoreado de Israél á manera de una inundacion, guerra sagrada, porque en ella se defendieron la religion y la patria, guerra solemne y misteriosa, porque en ella se vieron prodigios del otro mundo.

La primer arremetida fué contra el tesoro del templo. Allí estaban las riquezas de todas las familias; y al oir que el extranjero Heliodoro ministro de un rey poderoso entra-

ba en el santuario á apoderarse de ellas, estremecióse toda Jerusalén. Y los sacerdotes postrados ante el altar, y el santo y venerando pontífice Onías, demudado el augusto semblante, trémulo todo él y convulso, retratada en sus ojos la agonía de su alma, y las mujeres vestidas de cilicios, y las vírgenes deshechas en lágrimas, unas y otras corriendo por las calles y muros de la ciudad consternada, y todos sus habitantes levantando las manos á los cielos, y arrancando del pecho mil suspiros, invocaban á Dios, y piedad le pedian con ardientes y repetidas plegarias. La oracion es buena arma de guerra: subió al cielo, y en aquel instante el espíritu del Dios omnipotente sobrecogió de ter-

ror y derribó á la guerrera comitiva del sacrílego Heliodoro: y apareció un caballo con un ginete terrible ricamente vestido; y el caballo con ímpetu puso sobre Heliodoro ambos pies delanteros. Y el que iba montado parecia traer armas de oro. Tambien aparecieron dos jóvenes de varonil hermosura, llenos de majestad y con preciosos vestidos de gran gala, y de pie junto á él le azotaron, llenándole de heridas. Y Heliodoro cayó luego en tierra, y le arrebataron cubierto de oscuridad, y echáronle fuera puesto en una silla de manos. Y muy luego este impío se curó milagrosamente de sus llagas por la oracion de Onías, cuando sin esperanza de vida yacia agonizando y reducido á mortal silencio.

Suceso tan extraordinario, pavoroso y sublime, es un preludio digno de la guerra que ha de seguirse. ¡Quién imaginaria mayor majestad y grandeza! La escena pasa en el lugar mas augusto, que en el universo habia: en el templo de Jerusalén: el irresistible ministro de un monarca dominador es quien profana el santuario del Excelso para con un solo robo sumir en la indigencia las indefensas familias de una nacion entera; universal y profundo es el dolor de la santa ciudad: infinitos los sollozos y los suspiros de oracion.... El sagrado texto dice: *sed spiritus omnipotentis Dei magnam fecit suæ ostensionis evidentiam.* (Lib. 2, cap. 3.) Que el espíritu del Dios Todopoderoso se

mostró allí de una manera inefable y tremenda. ¡Hé aquí que ya interviene la Deidad! ¿De qué modo? Algunos intérpretes parece que esquivan el explicarlo; esto denota mucho. ¿Se apareció allí el mismo Dios ó no hizo mas que mostrar su aterradora omnipotencia? En uno y otro caso la idea no puede ser mas alta: permítaseme decir que este mismo claro-oscuro de la grandiosa imágen es muy augusto; la respetuosa confusion, en que deja nuestra mente la divina Escritura, pone de manifiesto su venerable alteza y la pequeñez de nuestro entendimiento.

En lo que no hay ambigüedad es en la instantánea aparicion del caballo y de su formidable ginete y

en la de los dos hermosos jóvenes, que descargan sobre Heliodoro una lluvia de azotes hasta dejarle espirando. ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿En qué pais se han hecho sus admirables vestidos? ¿Quién les ha dado un corazon tan valiente? ¿Venirse con azotes á todo un ministro del rey de Asia cuando mas orgulloso atropellaba al Pontífice y á los sacerdotes de Israel? Esto no es dable sino á los príncipes del cielo. Y en efecto, los expositores no vacilan en decir que eran ángeles. Si Rafael de Urbino se hubiera propuesto pintarnos tan asombroso acontecimiento, aunque he visto el original del cuadro de la Transfiguracion, no alcanzo á concebir cómo hubiera expresado dentro de la magnificencia

del templo esta reunion de poderes sobrenaturales; omnipotencia divina, poderío de los ángeles, poder de la oracion, obrando todos ellos con rápida terribilidad, y produciendo en el derribado Heliodoro, en el sacerdocio, en las vírgenes, en las matronas, en los ancianos y en todo el pueblo una interesantísima peripecia.

Habiendo prometido hablar de batallas de héroes, no me he subido á las regiones de la mística con la fortaleza de la oracion para el quebrantamiento de enemigas potencias. Era indispensable nombrarla, pues hace un papel importante en este primer combate, que por cierto considerado literariamente es muy bello por lo mismo que nada tiene de comun con los cho-

ques de los ejércitos de este mundo, y los personajes que figuran en él son de un órden superior á la humana naturaleza. Sí, la oracion es la antigua guerrera del pueblo de Dios, y no se diga que esta santa amazona por ser invisible ha de carecer de belleza poética. La personifica su poderío, la personifican sus prodigiosos efectos, se personifica ella misma en los que la toman por arma y por escudo de la patria y de la religion. Lo diré, aunque se rian los hombres superficiales, ella es la madre de los verdaderos héroes. La que hizo invencible el corazon de los innumerables mártires, que derramaron su sangre por la fé, la que inspiró á la mayor parte de los esclarecidos héroes, que

en diversos siglos y naciones defendieron con su espada la religion civilizadora del mundo.

No es preciso subir al cielo y apelar á milagros para comprender cómo la oracion enciende el sagrado fuego del heroismo en los defensores de la causa de Dios: esto que parece un fenómeno, es sin embargo una cosa muy natural y sencilla. El alma se enaltece en la oracion, remontándose hasta unirse con su Hacedor; y es innegable que esta elevacion es muy conducente para todo lo grande y heróico. Quien ora debe estar convencido del valimiento y eficacia de la oracion; luego espera, y el esperar el triunfo predispone para conseguirlo. Quien ora recurre al auxilio de un poder

infinito; y con semejante aliado bien se puede desafiar á todos los ejércitos imaginables. Quien ora exalta su ánimo, y esta es disposicion excelente para acometer empresas sobrehumanas. Quien ora fija los ojos en la *verdad infinita*, se engolfa en el océano de la luz eterna, ve que todo lo que ha de perder muriendo es polvo, es vanidad, es lève sombra que pasa, y mas allá de esta vida descubre una felicidad inmensa. ¿Y no despreciará impávido cien peligros de muerte?

Ó santa oracion, por tí los Macabeos se hacen astros y gloria de su patria, baluartes de su ley, sostenedores de la nacional independencia, ministros de la divina venganza y rayos de Dios en guerra

contra la impiedad triunfante y la opresora tiranía.

Por los pérfidos amaños de los hijos de iniquidad, que el pais abrigaba, entró la desolacion en el templo, la muerte en la ciudad, la apostasía en el pueblo, y la ira del pagano rey Antioco consumia como el fuego á la arista, á cuantos no querian dejarse arrebatar por aquel torrente de prostitucion. El infierno con todos sus furores y con todos sus pecados y abominaciones ha sentado sus reales en Israél. Y Jerusalén, que ya no tiene ni sacerdote, ni profeta, ni pontífice, ve su horizonte preñado de una tempestad divina, de una tempestad de guerra: ve por espacio de cuarenta dias que corren por el aire guerreros de

á caballo vestidos de sacerdotes y cubiertos de fulminantes armas y combatiendo entre sí, y lleno el cielo de muchedumbre de hombres con morriones y espadas desnudas y tiros de dardos y resplandores de armas de oro y de toda especie de corazas. *Contigit autem per universam Jerosolymorum civitatem videri diebus quadraginta per aera equites discurrentes, auratas stolas habentes, et hastis quasi cohortes, armatos. Et cursus equorum per ordines digestos, et congressiones fieri cominus, et scutorum motus, et galeatorum multitudinem gladiis districtis, et telorum jactus, et aureorum armorum splendorem, omnisque generis loricarum.*

Espantoso presagio. En ningun poeta de la antigüedad recuerdo ha-

ber visto una imágen mas terriblemente fatídica y sublime. El que la veia era un pueblo á quien Dios hablaba con prodigios; un pueblo pecador y sumergido en un océano de infelicidad; un pueblo, que ha abandonado é irritado á su temible Jehová; un pueblo rico de extraordinarias promesas, de inefables recuerdos y de grandes vicisitudes suscitadas por las potestades del firmamento. Procuremos imaginarnos lo que pasaria en su fantasía y en su corazon viendo por cuarenta dias tan solemne, tan misterioso y aterrador augurio, y veremos arremolinarse en nuestra mente un turbion de ideas grandes. Guerra y guerreros en el cielo ¡de cuánto no es señal! ¿Cuándo han hablado mas claramen-

te los prodigios celestiales? « Guerra, guerra» nos gritan.

Pero no teniendo un solo soldado la causa del Señor de los ejércitos ¿quién será el héroe de ella? Un venerable sacerdote llamado Matathías lamenta así los males de su patria. *Væ mihi, ut quid natus sum videre contritionem populi mei, et contritionem civitatis sanctæ, et sedere illic, cum datur in manibus inimicorum?*

Sancta in manu extraneorum facta sum: templum ejus sicut homo ignobilis.

Vasa ejus captiva abducta sunt: trucidati sunt senes ejus in plateis, et juvenes ejus cæciderunt in gladio inimicorum.

Quæ gens non hæreditavit regnum ejus, et non obtinuit spolia ejus?

Omnis compositio ejus ablata est. Quæ erat libera, facta est ancilla.

Et ecce sancta nostra, et pulchritudo nostra, et claritas nostra desolata est, et coinquinaverunt ea gentes.

Quo ergo nobis adhuc vivere?

De lo íntimo de su alma se duele de haber nacido para presenciar la ruina de su pueblo y de su adorada religion, y enumerando con sentimental energía las desgracias, que ¡ay dolor! tiene delante de sus ojos horrorizados, concluye exclamando: ¿Y para qué aun vivimos? La fuerza de esta heróica resolucion de morir se comprende, pero no es fácil explicarla. Prueba de ello es que si de mil maneras se tradujese en nuestra lengua el valiente versículo en que está contenida, siempre se haria de él una traduccion incompleta: no se conseguiria expresar en una sola

frase todo lo que significa. Parece el mas heróico arranque, que ha salido de pecho humano. Considérese que no se funda en motivos personales. La ruina de la religion y de la patria es lo que le impele no solamente á morir, sino lo que aun es mucho mas en tales circunstancias, á guerrear con solo sus cinco hijos contra un monarca poderoso, que ha vendido por esclavos á cuarenta mil de sus conciudadanos, ha enviado cautivos á Antioquía á otros cuarenta mil de los mas nobles, y en menos de tres dias ha hecho correr de otros ochenta mil la sangre.

Al pronunciar Matathías las citadas últimas palabras de su elocuente monólogo, él y sus hijos rasgan sus vestiduras, se cubren de cilicios, y hacen

grande y sonoro llanto. Toda viva demostracion de dolor es muy poética, y esta costumbre de rasgar sus vestidos, que tenian los judíos para denotar un sentimiento vehemente de indignacion, de pesadumbre, de ira ó despecho, y que tantas veces y con tanta oportunidad se ve en los personajes de la sagrada Biblia, da ahora un realce maravilloso á la patética declaracion de guerra, con que los Macabeos principian la carrera de su heroismo.

Los satélites de Antíoco llegan á Modin, ciudad en que esto pasaba, intiman las órdenes de su rey, y al momento una multitud de judíos quema sacrílego incienso á los ídolos de la Siria. Los sagaces enviados del tirano se empeñan en do-

blegar con pomposas promesas y lisonjas la magnánima entereza del sacerdote Matathías; pero él firme en su propósito, como roca contra la cual es vano el ímpetu de los huracanes, en alta voz responde: «Aunque todas las gentes obedezcan á Antíoco, yo y mis hijos y mis hermanos obedeceremos á la ley de nuestros padres.» Dice, y viendo que un judío se acerca al ara del ídolo para sacrificar, siente un dolor vivísimo, y se estremecen sus entrañas, y se enciende su furor segun el mandato de la ley; arrójase al apóstata y le despedaza sobre el altar; mata con igual velocidad al comisionado de Antíoco, derriba aquel ara nefanda, y clamando por toda la ciudad que le sigan cuantos tengan

celo por la ley, él y sus hijos abandonando todo lo que poseen, huyen á los montes á formar la primera guerrilla.

Allí en el desierto se les reunen otros buenos israelitas con sus mujeres, sus hijos y sus ganados: mil de ellos mueren en las cavernas, que les servian de oratorio y de asilo, prefiriendo ser impunemente asaeteados al forzoso quebrantamiento del precepto del sábado. Pero así como cuando Dios ordena que baje de las alturas asoladora tempestad á castigar á los hombres, primero se ve en el horizonte una sola nubecilla negra, luego van apareciendo otras del mismo color, y por último juntándose todas ellas forman un pabellon espantosamente sombrío,

que se desploma con horrendo fragor de broncos truenos, resolviéndose en inundante aguacero, cuya destructora impetuosidad arrasa mieses, chozas y aldeas; no de otra suerte se congregan los fieles de Israél á las órdenes del valeroso Matathías, quien desprendiéndose de sus escarpadas montañas tala en su ira las vidas de los pecadores, de los hijos de la soberbia y de los incircuncisos, destruye todos los templos de la idolatría, ahuyenta á los inícuos opresores, y restablece por do quiera el culto del verdadero Dios.

Si me dieran á escoger entre la gloria de este héroe y la de los insignes conquistadores Sesostris, Ciro, Alejandro y Cesar, renunciaria á la laureola de estos cuatro monarcas

por coronarme con la del guerrero sacerdote. ¿Por dónde se quiere medir su heroismo? ¿Por la alteza del fin que se propuso? ¿Por la santa nobleza de sus sentimientos? ¿Por lo árduo y gigantesco de su empresa? ¿Por la celeridad con que la llevó á cabo? ¿Por lo glorioso del éxito? ¿Por la escasez de recursos? ¿Por lo inmaculado de la conducta? Sobre cualquiera de estos puntos que se entablára la discusion, el resultado habia de ser favorable al anciano israelita. Solo recordaré que el celo por la defensa de la religion, aunque se le considere humanamente, prescindiendo de todas sus íntimas relaciones con el órden sobrenatural, es un sentimiento mas noble y caballeroso que el deseo de enseño-

rearse de toda la tierra. El timbre de libertador de su patria vale mas que el de conquistador del universo. Finalmente, convendrá no olvidar que Matathías no habia seguido desde su niñez la carrera de las armas: la principió en su ancianidad: no tuvo bajo su mando un ejército disciplinado y aguerrido: su pequeña improvisada hueste se componia de algunos compañeros de su infortunio; y no al número ni á la pericia militar, sino á la magnanimidad y fortaleza de su corazon invicto debió las inmortales hazañas, que coronó una muerte digna del restaurador de su nacion. Murió exhortando á sus hijos á ser héroes y defensores de su ley sacrosanta.

CAPÍTULO XVI.

Judas Macabeo.

Fortes creantur fortibus et bonis. Dice Horacio en una de sus odas, los fuertes nacen de los fuertes. En Judas Macabeo, hijo de Matathías, es en quien mas cumplidamente se verifica esta sentencia del poeta venusino. Su padre le dejó trazada la senda de la gloria, y él vuela por ella llenándola del resplandor de sus hazañas. La Escritura nos dice que se ciñó la coraza como un gigante, que su espada protegia á todo el campamento, y que en sus em-

presas se hizo semejante á un leon.

Apolonio, general de Antíoco, reuniendo las tropas de muchas gentes circunvecinas, marcha con poderoso ejército contra el nuevo defensor de Israél. Judas lo sabe, le sale al encuentro, le da muerte en la batalla y disipa su ejército. La espada de este primer caudillo enemigo cuelga del cinto de Judas y en su robusta mano será rayo contra Siria. En esta nacion manda el ejército Serón, que ambiciona un gran nombre en el mundo: ardiendo en sed devoradora de vengar á los suyos, apoyado en belicosa muchedumbre de tropas auxiliares viene á la lid. Y Judas con pocos. Estos al ver la hueste enemiga tiemblan, comparando su número con

el contrario; pero su adalid les infunde valor y confianza en el Dios de las batallas, y arrojándose sobre el enemigo, en un instante lo hace desaparecer. Admirable es la concision enérgica con que el escritor sagrado traza de una sola pincelada el acometimiento y la victoria: *Ut cessavit autem loqui, insiluit in eos subito: et contritus est Seron, et exercitus ejus in conspectu ipsius.* Los literatos inteligentes en la lengua del Lacio, que conozcan la fuerza de estas palabras, sabrán apreciar su mérito.

Las naciones vecinas oyeron con estremecimiento el nombre del Macabeo, y en sus médulas se introdujo el terror. Exacerbóse la ira de Antioco al saber la destruccion

de su ejército, y para poner en campaña otro mas poderoso, abrió su erario, lo derramó con pródiga largueza, y viendo que no alcanzaba para el sostenimiento de la terrible lucha, resolvió ir á hacerse dueño de las riquezas de la Persia, dejando el gobierno del reino y la direccion de la guerra á Lisias, príncipe de real sangre, á quien dió órden de exterminar las fuerzas israelitas y de no dejar en Jerusalén vestigio alguno de que tal ciudad hubiese existido. Lisias eligió para mandar la hueste á Tolomeo, á Nicanor y á Górgias, generales de grande poderío y renombre, quienes al frente de cuarenta mil infantes y siete mil caballos, entraron en Judea. Al rumor

de su llegada acudieron al campamento muchos comerciantes de diversas naciones á comprar por esclavos á los hijos de Israél, para lo cual traian plata y oro abundante. Por tan segura contaban la victoria cuantos tenian noticia de lo formidable de aquella expedicion. En los batallones del caudillo judío hubo miedo y consternacion, pues de algunos se lee que se pusieron en fuga. Habló Judas, y la llama de su heroismo prendió en los corazones de sus tímidos soldados, de modo que estaban prontos á morir por las leyes y por la patria: *His verbis constantes effecti sunt, et legibus et patria mori parati.* (Lib. 2, capítulo 8, v. 21). Hay en la historia reyes y generales, á quienes ha he-

cho héroes el valor de sus tropas. El adalid israelita hace héroes con su ejemplo y su palabra á cuantos le ven ó le oyen, lo que quiere decir que su frente, sus ojos, su boca, su corazon y su fulmíneo brazo respiran heroismo.

Este general es el jefe de la nacion en lo civil y en lo militar, y al mismo tiempo el pontífice supremo. Tan augusto carácter realza extraordinariamente su persona, y aumenta la belleza, el interés y el grandor de sus heroicidades. Sí, porque los hombres constituidos en dignidad excelsa, por lo regular proceden con mayor cautela al frente del enemigo, llevando en cuenta lo mucho que perder pueden junto con la vida, mientras el Macabeo es en el campo

del honor el primero que se lanza á la muerte. Ni la arrostra por la conservacion de su mando ó dignidades: no se ve en sus discursos una sola palabra, que lo haga sospechar. Ni corre á los peligros por deseo de gloria, pues toda la de sus triunfos confiesa entusiasmadamente que es propia del Señor de los ejércitos. Quiere que sea suya la alabanza y en público se la tributa. Esta es una belleza de su carácter; un precioso distintivo de los héroes de la Historia sagrada. Prescindiendo de la sublimidad, que en los héroes llevan consigo los sentimientos de religion, no cabe duda en que un héroe de singular modestia es un objeto bellísimo. ¿No es mas que heróico desprен-

derse de la gloria, que como dice Chateaubriand, es la pasion de las almas grandes?

Pero séame permitido observar que la pasion de las almas verdaderamente grandes segun la religion es una gloria mas sublime, la de Dios. Desvivirse para aumentarla é inmolarse por ella en las aras de su amor y de las tribulaciones es la pasion de los Santos. Para esto se necesita una profunda abnegacion, á la cual tengo por heroismo. Y en efecto, la palabra abnegacion encierra la idea de una completa victoria no solo sobre las propias pasiones reprensibles, sino aun sobre las que por no oponerse á la ley eterna nos son en cierta manera permitidas y aun laudables,

pero cuyo dulce blanco es la satisfaccion y engrandecimiento de uno mismo. Este sagrado triunfo sobre el propio corazon y sobre sus mas íntimas y atractivas aspiraciones siempre ha sido á los ojos de una elevada filosofía mas sublime y heróico que las inmortales hazañas bélicas de los primeros capitanes del mundo. Si en la virtud consiste el verdadero heroismo, y el principio de las grandes virtudes es la abnegacion; esta es hija del contemplativo trato del alma con la Divinidad. Judas Macabeo es un hombre de oracion, y ved aquí la misteriosa fuente de su heroismo.

Él y sus hermanos al ver la inminente ruina de su patria con la aproximacion del gran ejército de-

vastador, y no teniendo que oponerle mas que unos seis mil valientes, acuden á la oracion, reuniéndose para esto expresamente en Maspha, ayunando, vistiéndose cilicios y cubriendo de ceniza sus cabezas humilladas. Se abren los libros de la ley, se traen los ornamentos sacerdotales, los diezmos y las primicias, se llama á los Nazarenos, y á voz en grito se envian á los cielos estos lúgubres clamores.

Et clamaverunt voce magna in cœlum, dicentes: Quid faciemus istis? et quo eos ducemus?

Et sancta tua conculcata sunt, et contaminata sunt: et sacerdotes tui facti sunt in luctum et in humilitatem.

Et ecce nationes convenerunt adver-

sum nos, ut nos disperdant: tu scis quæ cogitant in nos.

Quomodo poterimus subsistere ante faciem eorum, nisi tu, Deus, adjuves nos?

El que así ora es un ejército, que con la punta de su espada ha disipado las tropas superiores de Serón y Apolonio; y ora para prepararse á dar mas brillantes pruebas de su heroismo. Sabe de dónde le viene su valor invencible, y por eso se postra, llora y suspira para beberlo en su divina fuente. Que la oracion sea bella, puesto que es un suave elevarse el alma á hablar con el Altísimo, no lo negará nadie que se precie de fino tacto poético. Pero la de un ejército de héroes debe ser mas que

bella. Al contemplarla me hierven en la mente ideas de excelsitud grandiosa. Explicarlas es imposible. Esta especie de visiones de lo grande y de lo bello, repito que son incomunicables. Si pudiera, no seria avaro con mis lectores: se las daria á gozar. Algunos de ellos ó tal vez muchos me entenderán, y acaso gozarán mas que yo de estas delicias de la mente, y otros dirán que deliro. Entre tanto, no estará de mas indicar que este ejemplo y los de todos los héroes de la Historia sagrada y los de los invictos mártires del cristianismo y los de muchos Santos, como un Fernando III de Castilla, célebres en los fastos de la guerra por sus admirables heroicidades, prueban hasta la evidencia que

se engañan lastimosamente los enemigos de la piedad al decir que esta es propia de ánimos apocados. Abran la historia de los tiempos antiguos y modernos; abran la historia de todas las naciones, y si aun les queda un resto de buena fé, no podrán menos de reconocer su apasionado engaño.

El magnánimo Judas Macabeo hace que vuelvan á sus casas todos los que se hallan con menos ánimo para sacrificar sus vidas; y exhortando á sus valientes á pelear como leones, concluye diciéndoles que el morir en la guerra es mejor que ver las desgracias de su pueblo y de su religion; « pero cúmplase, añade, lo que en el cielo está dispuesto.»

Quoniam melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostræ, et sanctorum.

Sicut autem fuerit voluntas in cælo, sic fiat.

Á esta sublime conformidad del guerrero de Israél con el divino ordenamiento llamaria yo incomparable magnanimidad religiosa.

La victoria ciñe las sienes del héroe. Sus seis mil soldados dan muerte ó ponen en fuga á los cuarenta y siete mil sirios mandados por Nicanor y Górgias. Inmenso es el botin cogido al enemigo: inmensa la alegría de Israél; y los héroes vuelven cantando el himno de alabanza á Jehová, que misericordioso ha bendecido sus denodados esfuerzos.

El príncipe Lisias traspasado de dolor por el éxito funesto de la campaña, él mismo al frente de sesenta mil guerreros de á pie y cinco mil de á caballo penetra en la Judea con valeroso propósito de sanguinaria venganza. Judas con diez mil israelitas le vence y le hace huir. Para lograrlo habia hecho al Altísimo una oracion patética y arengado á los suyos con la elocuencia, que inspiran la virtud y la religion engendradoras de fortaleza y de sentimientos heróicos.

Cuanto llevo dicho acerca del Macabeo no es mas que el principio de una vida de hazañas. Estúdiense estas en los dos divinos libros que las contienen, y se formará una alta idea de ese corazon impertérrito,

cuyas respiraciones eran otras tantas llamaradas de portentoso heroismo. Perseverando en su santísimo empeño de libertar á su pátria y defender á su religion, fueron innumerables las batallas que dió, muchas las plazas fuertes que tomó por asalto, célebres y maestros en el arte de la guerra los generales que venció, infinitamente mas numerosos que el suyo los ejércitos que derrotó y deshizo. Voló su fama á las mas remotas regiones de la tierra, en las cuales si se admiraban los prodigios de su espada, mucho mas se alabaria la generosa caridad con que á pobres, viudas, huérfanos y ancianos enjugaba el llanto de la indigencia, repartiéndoles el botin y los despojos cogidos al enemigo. Hé

aquí lo que mucho embellece la imágen de este héroe. La religion le ha dado ese perfil de dulzura. Los héroes sin religion no son mas que una cosa terrible: con ella juntan á lo terrible lo bello y lo sublime.

CAPÍTULO XVII.

Belleza de las batallas.

He dicho que la historia de una guerra para ser interesante y deleitable debe tener casi las mismas condiciones que el poema épico. Una de las cosas á que mas atiende el poeta épico es á la belleza de las batallas: el historiador no puede inventarlas, se dirá probablemente al leer estas líneas, pero yo recordaré que no dicto preceptos para los escritores: lo que hago es indicar los requisitos que, á mi juicio, han de acompañar al argumento de una

historia de guerra para producir gratas sensaciones.

Si se me pregunta en qué consiste la belleza de las batallas, apelaré para salir del embarazo á los que hayan leido los poemas en que se pintan aquellas con galana fantasía. Decir en qué está cifrada su belleza seria lo mismo que limitar á muy reducido término el infinito círculo de lo posible. Son bellas casi todas las que se han inventado por los hijos de inspiracion, y debian serlo porque el intento de sus autores era producir bellezas literarias, y para ello forjaban embelesadoras circunstancias, las cuales, aunque deben la vida á una invencion del poeta, deben ser y en efecto son verosímiles y por consiguiente posi-

bles. Basta dicha posibilidad para que en general y en abstracto sea lícito hablar de la belleza de las batallas, trasladándonos del mundo de la poesía al de la mas estricta realidad. Para que se vea que no hay aquí ningun sofisma, pongo por ejemplo la lucha que se lee en el canto duodécimo de la Jerusalén del Tasso. El jóven Tancredo, uno de los principales paladines de la cruzada, estaba perdidamente enamorado de la hermosa Clorinda, que vestida de guerrero militaba en las banderas del Sultan, haciendo con su heróico brazo imponderables estragos en la hueste cristiana. En medio de la oscuridad de la noche y del horrendo barullo de un combate el adalid de la cruz perseguia

á la heroina, ignorando que fuese su amada la enemiga fantasma, que deteniéndose en paraje solitario lidiaba con él, le heria y era mortalmente herida por él. Sintiendo la musulmana que ya se entraba la muerte en su corazon, pidió el bautismo á su matador al mismo tiempo que asomaba el primer rayo de la aurora. El cristiano, aunque asaz desfallecido por la sangre que derramaba, fué á un arroyo á llenar de agua su yelmo, y al descubrirle la frente para bautizarle, la reconoció y cayó desmayado. Esta muerte de Clorinda, en la cual el poeta puso en juego delicada y patéticamente el amor y la religion, es para mí la obra maestra del Tasso. Sin embargo, no hay en ella

nada inverosímil, nada que no pudiera haber sucedido.

Pero concretándome á lo real y efectivo, calculo que de las batallas contenidas en las historias de todas las naciones una quinta, cuarta ó sexta parte serán las que merezcan el honroso epíteto de bellas. Á pesar de que mas arriba dejo indicado que era imposible determinar fijamente lo que constituye esta belleza, á mí me parece que es inseparable compañera de lo heróico, de lo tierno, de lo sentimental, de lo patético, de lo sublime y de lo religioso, que todo esto en las batallas se ha visto. Un amigo, que no cuidando de su propia defensa se ocupa en recibir el último suspiro de su amigo moribundo, un her-

mano que al ver caer prisionero á su hermano, corre por libertarle á encontrar la muerte en las filas enemigas, un general que llora sobre el cadáver del general enemigo, porque en él perdió la tierra un valiente, una compañía de granaderos, que rodeada por un ejército entero muere toda, ó se abre paso por entre volcanes de fuego, un jefe, que mutilado y desangrándose, todavía continúa mandando é infundiendo valor á sus soldados, son bellezas, que con bastante frecuencia se ven en las batallas. Bello es el terrible aspecto del dilatadísimo ejército rica y variadamente vestido; bello el rápido moverse y evolucionar de las columnas; bello el acompasado é impetuoso galope de los

escuadrones; bello el centelleo de las armas, y el horrísono estampido de los cañones. Cuando cerca de una ciudad se dá una batalla figurada, que es lo que se llama un simulacro, concurren á verlo infinidad de gentes y hasta muchas señoras. Prueba de la belleza de las acciones de guerra. Vamos á verla brevemente en la Biblia, sin salir para ello de los dos libros de los admirables Macabeos.

Nada mas grandioso y magnífico que la descripcion del ejército del jóven rey Antíoco Eupator, cuando entró en Judea y presentó batalla al héroe de Dios. (*Lib.* 1, *cap.* 6.)

Et iratus est rex, ut hæc audivit: et convocavit omnes amicos suos, et prin-

cipes exercitus sui, et eos, qui super equites erant:

Sed et de regnis aliis, et de insulis maritimis venerunt ad eum exercitus conductitii.

Et erat numerus exercitus ejus, centum millia peditum, et viginti millia equitum, et elephanti triginta duo, docti ad prælium.

Et venerunt per Idumæam, et applicuerunt ad Bethsuram, et pugnaverunt dies multos, et fecerunt machinas, et exierunt, et succenderunt eas igni, et pugnaverunt viriliter.

Et recessit Judas ab arce, et movit castra ad Betzacharam contra castra regis.

Et surrexit rex ante lucem, et concitavit exercitus in impetum contra viam Bethzacharam: et comparaverunt

se exercitus in prælium, et tubis cecinerunt:

Et elephantis ostenderunt sanguinem uvæ, et mori, ad acuendos eos in prælium.

Et diviserunt bestias per legiones: et astiterunt singulis elephantis mille viri in loricis concatenatis, et galeæ æreæ in capitibus eorum: et quingenti equites ordinati unicuique bestiæ electi erant.

Hi ante tempus ubicumque erat bestia, ibi erant: et quocumque ibat, ibant, et non discedebant ab ea.

Sed et turres ligneæ super eos firmæ protegentes super singulas bestias: et super eas machinæ: et super singulas viri virtutis triginta duo, qui pugnabant desuper: et Indus magister bestiæ.

Et residuum equitatum hinc et inde

statuit in duas partes, tubis exercitum commovere, et perurgere constipatos in legionibus ejus.

Et ut refulsit sol in clypeos aureos, et æreos, resplenduerunt montes ab eis, et resplenduerunt sicut lampades ignis.

Et distincta est pars exercitus regis per montes excelsos, et alia per loca humilia: et ibant cautè et ordinatè.

Et commovebantur omnes inhabitantes terram á voce multitudinis, et incessu turbæ, et collisione armorum: erat enim exercitus magnus valdè, et fortis.

Brillante cosa seria ver aquel espectáculo de batalla compuesto de mas de cien mil soldados de á pie de islas remotas y de diversas naciones, y de veinte mil de caballe-

ría con aquellos treinta y dos elefantes, que eran otros tantos castillos ambulantes escoltados cada uno por quinientos caballos y por mil de infantería con cotas de malla y con capacetes de metal en sus cabezas. Aquellas torres vivientes dirigidas por un indio en sus pesados movimientos llevaban dentro de sí treinta y dos guerreros valerosos. ¡Cuánta magnificencia! ¡Cuánta poesía! ¡Cuánta y cuán rica novedad para nosotros en esos montes de guerra cubiertos de maderas fuertes y de relumbrantes armaduras y planchas de preciosos metales! ¿No se diria que cada uno de ellos es el carro triunfal de la muerte? Sí, que estas montañas fulminantes desde sus cimas vibran centenares de muer-

tes, y donde llegan acompañadas del espanto y del estrago, derrumban murallas de gente armada. Adviértase que esta disforme bestia es por sí sola un objeto sumamente bello, porque es extraordinario. Su figura, su tamaño, la rareza de su inquieta y flexibilísima trompa, esa mezcla de pesadez, de enfado, de orgullo, de majestad y de sorna que en él se nota, hacen en quien la contempla una impresion sorprendente. Añádase á esto que para la guerra se buscarian los elefantes mas fornidos, mas altos, mas robustos, y mas bravos del Ásia.

Contra tal ejército se precipitó Judas Macabeo con su pequeña cohorte, hizo en él gran destrozo, y antes de retirarse su hermano Elea-

zaro, quiso morir con gloria de una manera nueva y extraordinaria. Vió un elefante mayor que todos los demás, y advirtiendo que la torre, que llevaba en sus espaldas, resplandecia cubierta de oro y de armas régias, creyó que el rey con sus principales generales estaba allí dirigiendo los movimientos de su ejército inmenso. Concibió la hazaña en su mente heróica, y su heróico corazon le dijo que estaba pronto al magnánimo sacrificio de su existencia. Salió pues de sus filas el que iba á oscurecer con la suya las hazañas de griegos y romanos, y lanzándose solo en las del ejército enemigo con la espada en la mano, matando á derecha é izquierda á infantes y á ginetes, se

abrió sangriento paso hasta donde estaba el agigantado elefante real, y sabiendo que solo por el vientre podia herirle, se metió debajo de él, y le introdujo su acero heróicamente. Aquel formidable animal, estremeciendo en derredor la tierra, cayó desplomado con su torre, sus armas y su gente, oprimiendo con su peso y dando muerte gloriosa al héroe elefanticida.

No me parece bien detenerme á descifrar la sublime belleza de esta heroicidad. No hay para qué. Quien no la vea grande y bella sobre todo humano encarecimiento, que no se empeñe en recrear su fantasía con el mental deleite que hallan en lo bello y lo sublime los entendimientos elevados, las imagi-

naciones privilegiadas y los corazones entusiastas y delicadamente sensibles.

Tambien seria gloria y encanto de los ojos el ver que cuando el pequeño ejército de Judas, despues de haber alentado en la oracion los fuertes corazones, marchaba en silencio meditabundo, aparecia en los aires corriendo delante de él un admirable caballo con celestial ginete cubierto de una hermosa y blanca túnica, con armadura de oro y vibrando una lanza. ¡Qué alborozo y qué sacro ardimiento no se levantó en los pechos de la preclara hueste con la maravillosa aparicion, presagio de victoria! Por valles y por montes resonaba la bendicion al Dios de misericordia.

Aquellos valientes de Israél segun la fortaleza, que de arriba con la vision les vino, ya podian haber acometido no solo á ejércitos de hombres sino tambien á regimientos de tigres y derribado murallas de bronce con el ímpetu de su valor; asi es que arremetiendo como leones, quebrantaron en un momento la pujanza del Ásia, destrozando la pavorosa muchedumbre de combatientes enemigos, cuyo caudillo, el aguerrido príncipe Lysias debió á la fuga no quedar entre los montes de muertos y heridos que cubrian el campo.

La intervencion del cielo presentando en los aires un caballero, que embelleció aquella gloriosísima jornada, no disminuye el mérito rele-

vante de aquellos campeones esforzados; lo que quiere decir es, que si hay que admirar en el aire una belleza magnífica, sobre la tierra ofrecen otra no menos grande las ínclitas hazañas de los descendientes de Jacob.

En otra ocasion se vió en una batalla un espectáculo mas hermoso. En lo mas reñido de la lid los enemigos con espanto vieron aparecer en el cielo cinco guerreros á caballo, brillando sus frenos de oro y mostrándose cual comandantes de los judíos. Dos de ellos, poniéndose á los lados del capitan Macabeo, le cubrian con sus armas para conservarle ileso: y al mismo tiempo lanzaban en los enemigos dardos y rayos, que confundiéndolos y cegándolos los hacian caer desma-

yados en tierra. Esto sucedia en el combate con Timoteo conforme se pinta en el siguiente pasaje de la egrégia traduccion de San Gerónimo, donde los verdaderos literatos hallarán mas con que recrearse, pues por ellos lo copio.

Ad Timotheus, qui prius à Judæis fuerat superatus, convocato exercitu peregrinæ multitudinis et congregato equitatu Asiano, advenit quasi armis Judæam capturus.

Machabæus autem, et qui cum ipso erant, appropinquante illo, deprecabantur Dominum, caput terra aspergentes, lumbosque ciliciis præcincti.

Ad altaris crepidinem provoluti, ut sibi propitius, inimicis autem eorum esset inimicus et adversariis adversaretur, sicut lex dicit.

Et ita post orationem, sumptis armis, longius de civitate procedentes, et proximi hostibus effecti, resederunt.

Primo autem solis ortu utrique commiserunt: isti quidem victoriæ, et prosperitatis sponsorem cum virtute Dominum habentes; illi autem ducem belli animum habebant.

Sed, cum vehemens pugna esset, apparuerunt adversariis de cælo viri quinque in equis, frenis aureis decori, ducatum Judæis præstantes.

Ex quibus duo Machabæum medium habentes, armis suis circumseptum incolumem conservabant: in adversarios autem tela, et fulmina jaciebant, ex quo et cæcitate confusi, et repleti perturbatione cadebant.

Interfecti sunt autem viginti millia quingenti, et equites sexcenti.

Timotheus vero confugit in Gazaram præsidium munitum, cui præerat Chæreas.

Machabæus autem, et qui cum eo erant, lætantes obsederunt præsidium diebus quatuor.

At hi, qui intus erant, loci firmitate confisi, supra modum maledicebant, et sermones nefandos jactabant.

Sed cum dies quinta illucesceret, viginti juvenes ex his, qui cum Machabæo erant, accensi animis propter blasphemiam, viriliter accesserunt ad murum, et feroci animo incedentes ascendebant.

Sed et alii similiter ascendentes, turres, portasque succendere aggressi sunt, atque ipsos maledicos vivos concremare.

Per continuum autem viduum præsidio vastato, Timotheum occultantem se in quodam repertum loco peremerunt: et

fratrem illius Chæream, et Apollophanem occiderunt.

Quibus gestis, in hymnis et confessionibus benedicebant Dominum, qui magna fecit in Israel, et victoriam dedit illis.

(Lib. 2, cap. 10.)

No insistiré en el grande encanto que los prodigios llevan consigo, bastando observar que el secreto de las hazañas de los héroes para cautivarse nuestra admiracion consiste en que las creemos semi-prodigiosas. No siendo, como los prodigios, raras por su magnitud y excelencia, extraordinarias y pertenecientes, si es lícito decirlo, á un órden extranatural, las mejores acciones pasan casi desapercibidas, por mucha que sea su intrínseca hermosura. Tal vez será esta una de las causas porque el divino

Remunerador de las virtudes ha querido que la santidad de sus siervos vaya muchas veces acompañada de milagros. El admirable ingenio de mi llorado amigo Balmes en la última de sus preciosas *Cartas á un excéptico en materias de religion*, demuestra que los enemigos de la fé manifiestan muy poca filosofía con su aversion á todo lo extraordinario que enseña el catolicismo. Si la importante materia sobre que trataba tuviese algun roce con las bellas letras, sin duda que el tan justamente celebrado escritor hubiera añadido que aquellos señores, además de insensatos, debian ser tenidos por hombres de malísimo gusto en lo relativo á bellezas poéticas. Cierto que si se quitaban del mundo los prodigios, la poesía debiera vestir el luto de la

viudez y llorar sin consuelo. Sin miedo de contradiccion atendible, se puede afirmar que no hay portento que no sea bello y sublime. Bellas son y sublimes las guerras de la Biblia, porque en muchas de sus batallas brilla lo sorprendente de los prodigios. No sin advertencia he usado de la palabra sorprendente, pues no hay milagro que no lo sea, dándose esta denominacion á lo que hace la divina Omnipotencia fuera del órden natural y de un modo superior á los esfuerzos humanos. De aquí es que los milagros son siempre inesperados y producen sorpresa en el público, y muchas veces aun en las mismas almas privilegiadas que con sus oraciones los alcanzan del soberano Árbitro de la naturaleza. ¡Producir sorpresa! Esta mágia es lo

que mas anhelan los escritores: el célebre Longino llega á decir: *que el fin que se propone el poeta es el asombro y la sorpresa.* (1) Si logran producirla se consideran felices los líricos, los épicos, los trágicos, los novelistas. Por una imágen, por una pincelada, por una frase sorprendente quién sabe lo que darian si fueran cosas venales, porque están bien penetrados de que hacen un efecto maravilloso en sus lectores. Lo que estos aplauden tanto en aquellos, se encuentra á cada paso en las guerras del Testamento antiguo, sorpresas, é inesperados desen-

(1) No suscribo plenamente á esta asercion tan general de aquel antiguo literato; pero tampoco puede de todo punto impugnarse. Es susceptible de largas discusiones.

laces por medio de sus frecuentes prodigios.

Sin salir de la esfera de lo humano, tambien admiro grandeza en esta misma contienda del Macabeo. Uno de los espectáculos mas terriblemente magníficos de los tiempos modernos es sin duda la quema de Moscou en 1812 á la vista del atónito ejército de Napoleon; pero á mi juicio, le excede en ese género de belleza terrible la del puerto de Jope incendiado por Judas Macabeo; veíase arder á un mismo tiempo la tierra y el mar: en aquella una ciudad entera con todas sus fortalezas, y en este una porcion de naves, que parecian islas de fuego. ¡Qué espantosa magnificencia! ¡Qué vista! Y el ser de noche aumentaba el horror y la belleza del tremendo

espectáculo. Otro tanto hizo el guerrero de Israél tambien de noche con el puerto de Jamnia y con sus muchos bajeles, y la altísima llama se veia desde Jerusalen á mas de veinticinco millas de distancia. Asaltó la ciudad de Casphin, guarnecida de muy fuertes murallas, fosos y contrafosos, y fué tal el estrago y tal el degüello, que un estanque inmediato parecia un mar de sangre, y la muerte devastó con igual ruina á la temible ciudad de Efron.

Este capítulo de ningun modo puede terminarse mejor que con la insercion casi íntegra del décimoquinto del segundo libro de los Macabeos, en el cual se reunen multitud de interesantes circunstancias, que embellecen la gloriosa campaña.

Nicanor autem, ut comperit Judam esse in locis Samariæ, cogitavit cum omni impetu die sabbati committere bellum.

Judæis vero, qui illum per necessitatem sequebantur, dicentibus: Ne ita ferociter, et barbarè feceris; sed honorem tribue diei sanctificationis, et honora eum, qui universa conspicit:

Ille infelix interrogavit, si est potens in cœlo, qui imperavit agi diem sabbatorum.

Et respondentibus illis: Est Dominus vivus ipse in cœlo potens, qui jussit agi septimam diem.

At ille ait: Et ego potens sum super terram, qui impero sumi arma, et negotia regis impleri. Tamen non obtinuit ut consilium perficeret.

Et Nicanor quidem cum summa

superbia erectus, cogitaverat commune trophæum statuere de Juda.

Machabæus autem semper confidebat cum omni spe auxilium sibi à Deo affuturum.

Et hortabatur suos ne formidarent ad adventum nationum, sed in mente haberent adjutoria sibi facta de cælo, et nunc sperarent ab Omnipotente sibi affuturam victoriam.

Et allocutus eos de lege, et prophetis, admonens etiam certamina, quæ fecerant prius, promptiores constituit eos:

Et ita animis eorum erectis simul ostendebat gentium fallaciam, et juramentorum prævaricationem.

Singulos autem illorum armavit, non clypei, et hastæ munitione, sed sermonibus optimis, et exhortationibus,

exposito digno fide somnio, per quod universos lætificavit.

Erat autem hujuscemodi visus: Oniam, qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum visu, modestum moribus, et eloquio decorum, et qui á puero in virtutibus exercitatus sit, manus protendentem, orare pro omni populo Judæorum.

Post hoc apparuisse et alium virum, ætate et gloria mirabilem, et magni decoris habitudine circa illum.

Respondentem vero Oniam dixisse: Hic est fratrum amator, et populi Israel: hic est, qui multum orat pro populo et universa sancta civitate, Jeremias propheta Dei.

Extendisse autem Jeremiam dextram, et dedisse Judæ gladium aureum, dicentem:

Accipe sanctum gladium munus á Deo, in quo dejicies adversarios populi mei Israel.

Exhortati itaque Judæ sermonibus bonis valde, de quibus extolli posset impetus, et animi juvenum confortari, statuerunt dimicare et confligere fortiter: ut virtus de negotiis judicaret, eo quod civitas sancta, et templum periclitarentur.

Erat enim pro uxoribus, et filiis, itemque pro fratribus, et cognatis minor sollicitudo: maximus vero et primus pro sanctitate timor erat templi.

Sed et eos, qui in civitate erant, non minima sollicitudo habebat pro his, qui congressuri erant.

Et, cum jam omnes sperarent judicium futurum, hostesque adessent, atque exercitus esset ordinatus, bestiæ,

equitesque opportuno in loco compositi.

Considerans Machabæus adventum multitudinis et apparatum varium armorum, et ferocitatem bestiarum, extendens manus in cœlum, prodigia facientem Dominum invocavit, qui non secundum armorum potentiam, sed prout ipsi placet, dat dignis victoriam.

Dixit autem invocans hoc modo: Tu, Domine, qui misisti angelum tuum sub Ezechia rege Juda, et interfecisti de castris Sennacherib centum octoginta quinque millia:

Et nunc dominator cœlorum, mitte angelum tuum bonum ante nos in timore, et tremore magnitudinis brachii tui.

Ut metuant qui cum blasphemia veniunt adversus sanctum populum tuum. Et hic quidem ita peroravit.

Nicanor autem, et qui cum ipso

erant, cum tubis et canticis admovebant.

Judas vero, et qui cum eo erant, invocato Deo, per orationes congressi sunt:

Manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes, prostraverunt non minus triginta quinque millia, præsentia Dei magnificè delectati.

Cumque cessassent, et cum gaudio redirent, cognoverunt Nicanorem ruisse cum armis suis.

Facto itaque clamore, et perturbatione excitata, patria voce omnipotentem Dominum benedicebant.

Præcepit autem Judas, qui per omnia corpore et animo mori pro civibus paratus erat, caput Nicanoris, et manum cum humero abscissam, Jerosolymam perferri.

Quo cum pervenisset, convocatis con-

tribulibus, et sacerdotibus ad altare, accersiit et eos, qui in arce erant.

Et ostenso capite Nicanoris, et manu nefaria, quam extendens contra domum sanctam omnipotentis Dei, magnificé gloriatus est.

Linguam etiam impii Nicanoris præcisam jussit particulatim avibus dari: manum autem dementis contra templum suspendi.

Omnes igitur cœli benedixerunt Dominum, dicentes. Benedictus qui locum suum incontaminatum servavit.

Suspendit autem Nicanoris caput in summa arce, ut evidens esset, et manifestum signum auxilii Dei.

Itaque omnes communi consilio decreverunt nullo modo diem istum absque celebritate præterire.

Grande es aquí la arrogante so-

berbia de Nicanor impío, que con desdeñosa altivez pregunta si hay un Dios en el cielo, que haya mandado santificar el sábado, y respondiéndosele que hay un Señor vivo y poderoso en las alturas del firmamento, se exaspera su descomunal jactancia, desafiando con su terreno poderío el de las potestades de lo alto. Grande y magnífica la excelsa magnanimidad del Macabeo, que muy lejos de mostrar el mas mínimo temor á las cien mil muertes, que vienen contra su pecho en las aguerridas espadas del inmenso ejército enemigo, arengando á sus pocos soldados, los inflama y los arma de heroismo mas que de dardos y escudos. Grandeza y magnificencia hay en la augusta solemnidad de

la majestuosa vision, que ha tenido en sueños el guerrero-Pontífice, en la oportunidad con que la refiere en momentos tan críticos, en el mágico efecto que produce su fidedigno relato; en aquel heróico anhelo de poner á salvo la santidad de su templo aun antes que la vida de sus hermanos, de sus hijos y esposas; y en la animosa confianza con que el príncipe de Israél recurre al auxilio del Omnipotente. ¡Y cuán hermosa aquella sublime circunstancia de estar los santos combatientes hablando con Dios dentro de sus corazones al mismo tiempo que sus manos daban golpes de muerte, haciendo morder el polvo á treinta y cinco mil sirios! ¡Y cuán trágico el fin del orgulloso Nicanor, y cuán horrendo

el espectáculo de su terrible castigo, dada á las aves su blasfemadora lengua, pendiente su cabeza de lo mas elevado del castillo y colgando su yerta mano frente del sagrado templo, contra el cual su arrogancia se habia atrevido á extenderla, amenazándole destruirlo! Sucédense rápidamente unos á otros en este capítulo una porcion de cuadros de mucha animacion y valentía. Todos ellos son entre sí muy diversos, y sin embargo forman una esplendorosa cadena de antítesis, no de palabras, que las de estas suelen ser algo empalagosas y muchas veces de mal gusto, sino de imágenes y pensamientos, las cuales usadas por escritores de primer órden hieren la fantasía con rayos de viva luz.

Á la altanera impiedad de Nicanor, descrita en los seis primeros versículos, se contrapone desde el séptimo la piadosa esperanza, que en Dios ponia el denodado defensor de su patria y de su templo; al formidable aparato de armas, á la fiereza de los elefantes y á la muchedumbre de los guerreros paganos la alta idea de la omnipotencia de ese Dios invocado por sus siervos, que sin atender al número y pujanza de los combatientes, dá la victoria á quien quiere (v. 21); al estruendo de las trompetas y á la espantosa voceria de las tropas de Siria la oracion de Judas y de los suyos (v. 25, 26). Y por último, al gigantesco orgullo y poderío de Nicanor, con que el capítulo empieza,

la desastrosa humillacion de su derrota, su muerte y la mutilacion de su cadáver, que involuntariamente recuerda estos versos de nuestro Melendez en la oda á la prosperidad aparente de los malos.

Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.

¿Y qué cosa mas poética que la nocturna aparicion de los dos célebres difuntos Onías y Jeremías al capitan-Pontífice? Si no hay en ella sublimidad y grandeza, no sé dónde vayan á buscarla los que no la vean. Las apariciones de los difuntos son en varios poetas eminentes el mas agigantado esfuerzo de su talento. En Klopstock las hay asombrosas, y Ossian debe á ellas una

gran parte de las bellezas de sus nebulosos poemas. Para ahorrarme el entrar ahora en elevadas consideraciones acerca de esta fatídica vision del adalid Macabeo, ruego á mis lectores que volviendo á leer el riquísimo capítulo que llevo copiado, al llegar á ella contemplen la solemne importancia de los personajes aparecidos, la veneranda majestad, con que los pinta el sagrado texto, y la diestra de Jeremías extendida dando una espada de oro al batallador de su nacion nada menos que á nombre de Dios, realzándola con el epíteto de santa, *sanctum gladium*, y prometiéndole que con ella desbaratará á los enemigos de Israél.

Si con fijar la vista en algunos

de los combates de un solo guerrero de Israél, encuéntranse tantas bellezas de batallas ¿cuántas no se hallarian en la historia de tantos héroes, cuyas singulares y extraordinarias guerras viven en las inmortalizadoras páginas de la Biblia? ¿Qué sería si recorriésemos los hechos de armas de tantos campeones, como tuvo el pueblo de Dios desde Moisés y Josué hasta el prodigioso Sanson, y desde Saul y David, exclarecidos guerreros, hasta la paz, que habia de preceder al nacimiento del Salvador divino? Los límites á que me he circunscrito apenas me permiten presentar alguno que otro ejemplo de cada género de belleza, tomándolo como al acaso de entre los innumerables,

que mucho mas que el diamante resplandecen en la inspirada historia del antiguo Testamento. Yo me doy por satisfecho con solo indicar el camino: seguirlo debe ser la delicia de los que habiéndose penetrado de estas breves observaciones, lean con buen gusto literario, mente despejada y corazon tranquilo aquel venerabilísimo libro del Espíritu Santo.

CAPÍTULO XVIII.

Episodios y otros caractéres del poema épico que se hallan en la historia de los Macabeos.

Al decir que la historia de una guerra para interesar y deleitar sobremanera ha de tener casi las mismas condiciones que el poema épico, no me he apoyado en la autoridad de escritor alguno; por consiguiente si hay en esta proposicion alguna inexactitud, yo solo soy el responsable de ella; pero, además de que la palabra *casi* pone mi asercion á cubierto de varias exigencias de los

que aun deseáran verla completamente probada, y de que supongo que no se olvidará que no para toda historia de guerra sino solo para la que ha de interesar y deleitar, requiero en el argumento la indicada semejanza con el poema épico, no temo seguir probando la verdad del principio literario, que me he atrevido á formular como basa de estas observaciones sobre la guerra escrita.

Es innegable que los Episodios son uno de los constitutivos del poema épico, porque no hay uno que no los tenga. Llámase episodio una accion secundaria en el plan del poema, sin la cual podria este subsistir; pero que tiene con él un enlace oportuno, aunque su argumento ha de diferenciarse por

lo menos en algo, haciendo al lector variar de objetos agradablemente. Por muy preciosas que sean las dotes de la historia de una guerra, si carece de bellos episodios, llegará á abrumar el ánimo de sus lectores con el incesante horror de las batallas y el redoblado choque de las armas. Por el contrario, si entre los cuadros pintados con humeante sangre se ven algunos otros de mas risueños colores, ó si al lado del heroismo de los campos de muerte se ostenta con interesante variedad el de las ciudades, la narracion será mas grata, mas recreativa y amena. El espíritu humano es muy propenso al cansancio: hasta en lo mas hermoso necesita variedad para no cansarse, porque su único ver-

dadero centro es aquella inefable Beldad divina siempre antigua y siempre nueva, que en la eternidad del cielo tiene absortos en un éxtasis de gloria á todos los bienaventurados. Mientras el hombre no llegue á la infinita contemplacion de la hermosura de Dios, es preciso que para su deleite busque variedad de bellezas. Así el Criador mostró su sabiduría misericordiosa diversificando mucho el aspecto de la naturaleza. La tierra no es toda montes, ni toda rios, ni toda ella se compone de inmensurables llanuras: los prados, los valles, los bosques y las colinas, todo está distribuido con esquisito gusto y encantadora maestría. La misma sábia mano divina trazó y con igual opor-

tunidad y artificio interpuso los episodios de la historia de sus Macabeos.

Como el asunto principal de ella son las contiendas bélicas entre los ejércitos de los tiranos y los fieles Assideos armados en defensa de sus leyes y de su pueblo, se puede considerar como episodio casi todo lo que pasa fuera de los campos de batalla, todo lo que no tiene una inmediata relacion con la guerra. Entre los varios sucesos de esta especie, que me embelesan en los libros de los Macabeos, es ciertamente uno de los mas brillantes y mas patéticos el de la gloriosa muerte del venerable anciano Eleázaro. Ya Jerusalen habia ardido, y sus muros y sus casas estaban con la fren-

te en el suelo llorando su destruccion. Las divinidades del paganismo recibian el sacrílego incienso de mil y mil apóstatas cobardes, que prostituyeron sus corazones por conservar sus vidas. Los constantes en la fé de sus mayores habian muerto acuchillados, y su vertida sangre era un aterrador testimonio de la bárbara crueldad de los tiranos. En tales circunstancias el rey Antíoco, queriendo desplomar una de las mas fuertes columnas de la perseguida religion, hace llamar á su mesa para obligarle á comer manjares prohibidos al respetabilísimo Eleázaro.

En la inocencia y en la santidad habian trascurrido noventa años de la vida de este anciano sacerdote,

en cuya frente señoreaba la majestad de los años, en cuyos ojos resplandecia la dulzura de la virtud, y cuyas canas con el respeto que infundian, parece que simbolizáran el augusto imperio, que sobre la nacion ejercia su antigua y consumada ciencia. El doctor de la ley puesto en la extremidad de quebrantarla ó de morir en un suplicio atroz, elige resueltamente lo último, y en vano, en vano los satélites del impio monarca se esfuerzan brutalmente por abrirle la boca é introducirle con violencia los vedados manjares. Él se levanta para ir al lugar del suplicio. Muchos amigos suyos movidos de una falsa compasion le ruegan que tenga piedad de sí mismo, y que para

no morir en el tormento, comiendo viandas permitidas por la ley, aparente que son de las ilícitas. Eleázaro sordo á los pérfidos ruegos de una amistad mal entendida, desecha valerosamente la peligrosa estratagema, y pronuncia palabras dignas de memoria eterna, y vestido de santo heroismo dá la vida por la religion en medio de los dolores del mas inhumano suplicio. Imposible es formar cabal idea de la belleza de este magnífico episodio si no se lee en el divino original. Helo aquí.

Igitur Eleazarus unus de primoribus scribarum, vir ætate provectus, et vultu decorus, aperto ore hians compellebatur carnem porcinam manducare.

At ille gloriosissimam mortem magis

quam odibilem vitam complectens, voluntariè præibat ad supplicium.

Intuens autem quemadmodum oporteret accedere, patienter sustinens, destinavit non admittere illicita propter vitæ amorem.

Hi autem qui astabant, iniqua miseratione commoti, propter antiquam viri amicitiam, tollentes eum secreto, rogabant afferri carnes quibus vesci ei licebat, ut simularetur manducasse, sicut rex imperaverat, de sacrificii carnibus.

Ut, hoc facto, à morte liberaretur: et propter veterem viri amicitiam, hanc in eo faciebant humanitatem.

At ille cogitare cœpit ætatis ac senectutis suæ eminentiam dignam, et ingenitæ nobilitatis canitiem, atque à puero optimæ conversationis actus, et secundum sanctæ et à Deo conditæ le-

gis constituta respondit cito, dicens, præmitti se velle in infernum.

Non enim ætati nostræ dignum est, inquit, fingere: ut multi adolescentium arbitrantes Eleazarum nonaginta annorum transisse ad vitam alienigenarum:

Et ipsi propter meam simulationem, et propter modicum corruptibilis vitæ tempus, decipiantur et per hoc maculam atque execrationem meæ senectuti conquiram.

Nam, etsi in præsenti tempore suppliciis hominum eripiar, sed manum Omnipotentis nec vivus nec defunctus effugiam.

Quamobrem fortiter vita excedendo, senectute quidem dignus apparebo.

Adolescentibus autem exemplum forte relinquam, si prompto animo, ac fortiter, pro gravissimis ac sanctissimis

legibus honesta morte perfungar. His dictis, confestim ad supplicium trahebatur.

Hi autem qui eum ducebant et paulo ante fuerant mitiores, in iram conversi sunt propter sermones ab eo dictos, quos illi per arrogantiam prolatos arbitrabantur.

Sed cum plagis perimeretur, ingemuit, et dixit: Domine, qui habes sanctam scientiam, manifesté tu scis, quia cum a morte possem liberari, duros corporis sustineo dolores: secundum animam vero propter timorem tuum libenter hæc patior.

Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

La religion embellece todas las edades. Á las ideas que ella nos dá de la divina eficacia del bautismo para ponerlos en gracia de Dios, deben los niños en primer lugar el hechizo, que tienen desde que los ángeles adoraron á su Rey pendiente de los amorosos pechos de una hermosa sin mancilla allá en el portalito de Belén. Esto es tan positivo como que antes del Hijo de la Santísima Vírgen, los poetas no se sentian inspirados por la vista de la hermosura de un niño. Ni Virgilio sacó de su Ascanio todo el partido que podia, ni creo que en la antigüedad se encuentre esa delicadeza con que ahora se considera en poesía á un niño, aunque se tenga presente el Astianactes de Homero

acariciado por su padre en brazos de la interesante Andrómaca, en cuyo pasaje ciertamente que hay bellezas de primer órden, pero es Hector y no el niño quien nos cautiva. Lo mismo ha de decirse con respecto á la vejez; Nestor es sábio, discreto y elocuente; no tiene empero aquel no sé qué de venerable y augusto que la virtud imprime en el semblante de un anciano. Para producir esa indefinible majestad se auxilian mútuamente la vejez y la virtud; y esta será la causa de que poetas y pintores para lucirse al retratarnos un monje ó un religioso nos le suelen pintar anciano. El sepulcro tiene cierta misteriosa solemnidad, y la aproximacion á él hace participantes de aquella á los muy

viejos. Ya en otro lugar de esta obra he descrito ancianos; ahora solo pido que se recuerde el efecto mágico, que causa con solo presentarse en el púlpito un sacerdote de ochenta años. ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! Lo he visto muchas veces, me he conmovido y no me era posible contener las lágrimas. ¡Eleázaro! Nonagenario Eleázaro! ¡Majestuosísimo y santo Eleázaro! ¿Qué seria el oirte y verte en el suplicio? . . . .

. . . . . .

Si despues del conmovente episodio de este anciano se quiere ver otro, en que unos tiernos niños mártires hablan á su tirano con un valor y una energía del cielo, exhalando sus heróicas almas en medio de los mas atroces suplicios,

léase el capítulo séptimo del segundo canónico libro de los Macabeos. En una época en que gran parte de la literatura, y muy en particular la trajedia, está nadando en sangre, y al furibundo Byron, poeta de la desesperacion, se le considera como el primer génio de la Inglaterra, no estaria de mas señalar á los apasionados de lo terrible y sangriento la estremecedora escena del viejo Razías, precipitándose desde lo alto sobre las turbas y arrancándose las entrañas y arrojándolas sobre el pueblo. ¡Qué horror! ¡Qué horror!

¡De cuán diverso colorido es el episodio de la purificacion y restauracion del templo! Nada de horrores. Todo en él respira el esqui-

sito aroma de la piedad triunfante y el vivo entusiasmo de la mas pura alegría. Todo él es vida y resurreccion y fiesta. Empero para que el cuadro tenga mas de patético, á la escena de júbilo solemne precede la de dolor profundo. Los héroes, que habian expuesto su vida en tantas lides por la defensa del templo, ¡ay Dios! le ven profanado, cubierto el pavimento de arbustos y de espinas, quemadas las puertas, y en el *Sancta Sanctorum* abominacion y desolacion, y como heridos por un rayo á la vista de semejante espectáculo, rasgan sus vestiduras, se cubren de ceniza las cabezas coronadas por la victoria, y hechos rios de lágrimas sus ojos, cosidos con la tierra sus guerreros

semblantes, envian á los cielos mil prolongados suspiros y tristes lamentaciones. Todo concurre á dar realce é interés á este religioso acto, al cual yo considero como un episodio, porque en un libro de guerras no tiene de marcial mas que la embellecedora circunstancia de verificarse casi al frente del enemigo contenido en una fortaleza inmediata por algunos compañeros de armas, que Judas Macabeo ha destinado al intento. Para columbrar algun tanto lo que aquello seria, es preciso traer á la memoria la majestad, la magnificencia de la excelsa casa, que Salomon edificó para el Altísimo, y el amor entrañable que los judios le tenian, y el sentimental recuerdo de haber celebra-

do aquellos campeones de Dios la fiesta de los Tabernáculos pocos meses antes en montes y en cavernas.

48. Y reedificaron el Santuario, y lo que estaba de la parte de dentro de la casa, y santificaron el templo y los átrios.

49. É hicieron vasos santos nuevos y colocaron en el templo el candelero y el altar de los inciensos y la mesa.

50. Y pusieron incienso sobre el altar, y encendieron las lámparas que estaban sobre el candelero, y alumbraban en el templo.

51. Y pusieron panes sobre la mesa, y suspendieron los velos, y acabaron todas las obras que habian hecho.

52. Y se levantaron antes de amanecer el dia veinte y cinco del mes nono (este es el mes de Casleu) del año ciento cuarenta y ocho.

53. Y ofrecieron sacrificio segun la ley sobre el nuevo altar de los holocaustos, que habian construido.

54. Segun el tiempo y segun el dia en que lo profanaron las gentes, en el mismo fué renovado con cánticos, y con arpas, y con liras, y con cimbalos.

55. Y se postró todo el pueblo sobre sus rostros, y adoraron y bendijeron hasta el cielo á aquel, que les dió prosperidad.

56. Y celebraron la dedicacion del altar por ocho dias, y ofrecieron holocaustos con alegría, y sacrificio de salud y de loor.

57. Y adornaron la fachada del templo con coronas de oro, y con escudetes: y dedicaron las puertas y las cámaras de los ministros, y les pusieron puertas.

58. Y hubo muy grande alegría en el pueblo, y fué quitado el oprobio de las gentes.

59. Y estableció Judas y sus hermanos, y toda la Iglesia de Israél que se celebrase el dia de la dedicacion del altar en sus tiempos, de año en año por ocho dias, desde el dia veinte y cinco del mes de Casleu, con alegría y gozo.

(Cap. 4 del lib. 1. *traduccion del P. Scio.*)

Que esto hicieran los sacerdotes nada tendria de particular; pero que lo hagan unos guerreros en el primer respiro de descanso, que les dá

la derrota del enemigo, y que se halle en un libro de guerras, para mí es muy precioso. Los furores de la guerra forman siempre un interesante contraste con los pacíficos actos de religion. Y así el autor de la *Jerusalen libertada*, podia haber dejado en el ánimo de sus lectores una impresion mucho mas alta y profunda dilatando su poema hasta presentarnos, siguiendo la verdad histórica, el ejército de caballeros héroes deshaciéndose en lágrimas por sus pecados y entrando con los piés descalzos en la iglesia del santo sepulcro, con sacos de penitencia en vez de los vestidos de príncipes y de las militares insignias, y repartiendo entre los pobres los tesoros merecidos por sus hazañas.

Grandioso bajo todos conceptos es el episodio de las desventuras del rey Antíoco. Toda trágica muerte conmueve profundamente los corazones humanos. Pero Antíoco, herido de muerte por la vengadora mano de Dios, es la leccion mas patética que el cielo ha dado á los tiranos y á los enemigos del Altísimo. Todo es en ella digno, tanto de la soberbia alteza del mónstruo coronado como de la justiciera omnipotencia de Jehová, que le castiga. Un profesor de bellas letras bien podria emplear un dia entero en detallar á sus discípulos las enérgicas bellezas de los capítulos sexto del primer libro y noveno del segundo de los Macabeos, en que se pinta la catástrofe memorable de

aquel impío. Antíoco habia ido á la Persia á saquear con su ejército la opulenta ciudad de Persépolis, conocida tambien por el nombre de Elimaida, la cual le opuso tanta resistencia que le obligó á huir de sus muros cubierto de confusion y vergüenza. Á la pesadumbre causada por este afrentoso descalabro vino á juntársele otra mayor, la de las noticias de la Judea, que le hacian sabedor del triunfo completo de los israelitas sobre sus mas famosos y amados generales, de la reparacion del templo de Jerusalén, y del irremediable destruimiento de sus divinidades, por cuyo culto idolátrico habia él inundado de sangre á toda aquella nacion aborrecida.

Los siguientes versículos son ad-

mirables por la profundidad del sentimiento. Refiérese en ellos el abismo de amargura en que cayó el perseguidor de la religion verdadera.

Et factum est ut audivit rex sermones istos, expavit, et commotus est valdé: et decidit in lectum, et incidit in languorem præ tristitia, quia non factum est ei sicut cogitabat.

Et erat illic per dies multos: quia renovata est in eo tristitia magna, et arbitratus est se mori.

Et vocavit omnes amicos suos, et dixit illis: Recessit somnus ab oculis meis, et concidi, et corrui corde præ sollicitudine:

Et dixi in corde meo: In quantam tribulationem deveni, et in quos fluctus tristitiæ, in qua nunc sum: qui jucundus eram, et dilectus in potestate mea!

Nunc vero reminiscor malorum, quæ feci in Jerusalem, unde et abstuli omnia spolia aurea, et argentea, quæ erant in ea, et misi auferre habitantes Judæam sine causa.

Cognovi ergo quia propterea invenerunt me mala ista: et ecce pereo tristitia magna in terra aliena.

La exhorbitante altivez y la hirviente ira del tirano, y luego su extremo abatimiento y el misérrimo estado á que le redujo la venganza del Todopoderoso, no pueden bosquejarse con mas viva hipotiposis en medio de la majestuosa sencillez de las siguientes pinceladas.

Elatus autem in ira, arbitrabatur se, injuriam illorum qui se fugaverant, posse in Judæos retorquere: ideoque jussit agitari currum suum, sine inter-

missione agens iter, cœlesti eum judicio perurgente, eo quod ita superbè locutus est, se venturum Jerosolymam, et congeriem sepulcri Judæorum eam facturum.

Sed qui universè conspicit Dominus Deus Israel, percussit eum insanabili et invisibili plaga: ut enim finivit hunc ipsum sermonem, apprehendit eum dolor dirus viscerum, et amara internorum tormenta.

Et quidem satis justè, quippe qui multis et novis cruciatibus aliorum torserat viscera, licet ille nullo modo á sua malitia cessaret.

Super hoc autem superbia repletus, ignem spirans animo in Judæos, et præcipiens accelerari negotium, contigit illum impetu euntem de curru cadere, et gravi corporis collisione membra vexari.

Isque qui sibi videbatur etiam fluctibus maris imperare, supra humanum modum superbia repletus, et montium altitudines in statera appendere, nunc humiliatus ad terram in gestatorio portabatur, manifestam Dei virtutem in semetipso contestans:

Ita ut de corpore impii vermes scaturirent, ac viventis in doloribus carnes ejus effluerent, odore etiam illius et fetore exercitus gravaretur.

Et qui paulo ante sidera cœli contingere se arbitrabatur, eum nemo poterat propter intolerantiam fetoris portare.

Hinc igitur cœpit ex gravi superbia deductus ad agnitionem sui venire, divina admonitus plaga, per momenta singula doloribus suis augmenta capientibus.

Et cum nec ipse jam fetorem suum ferre posset, ita ait: Justum est subditum esse Deo, et mortalem non paria Deo sentire.

Orabat autem hic scelestus Dominum, à quo non esset misericordiam consecuturus.

Et civitatem, ad quam festinans veniebat, ut eam ad solum deduceret, ac sepulcrum congestorum faceret, nunc optat liberam reddere.

Et Judæos, quos nec sepultura quidem se dignos habiturum, sed avibus ac feris diripiendos traditurum, et cum parvulis exterminaturum dixerat, æquales nunc Atheniensibus facturum pollicetur.

Templum etiam sanctum quod prius expoliaverat, optimis donis ornaturum, et sancta vasa multiplicaturum, et

pertinentes ad sacrificia sumptus de reditibus suis præstaturum.

Super hæc, et Judæum se futurum, et omnem locum terræ perambulaturum et prædicaturum Dei potestatem.

Sed non cessantibus doloribus (supervenerat enim in eum justum Dei judicium) desperans scripsit ad Judæos in modum deprecationis epistolam hæc continentem:

Optimis civibus Judæis plurimam salutem, et bene valere, et esse felices, rex et princeps Antiochus, etc., etc....

Igitur homicida et blasphemus pessime percussus, et ut ipse alios tractaverat, peregrè in montibus, miserabili obitu vita functus est.

Para concluir este análisis de los dos libros de los Macabeos, observaré que su argumento es tan bello

y poético que para convertirse en un magnífico poema épico casi no le falta mas que ponerse en brillantes y sonorosos versos. Accion grande, heróica, extraordinaria, llena de maravillosos incidentes, de batallas bellísimas, de interesantes episodios tan enlazados con ella que son hijos de sus entrañas; personajes de alta esfera y de notables y encontrados caractéres; horrendas escenas de arruinamiento y de gigantesca crueldad; heroismo de niños y de mujeres, de guerreros y de sacerdotes ancianos; cortesanas intrigas, apostasías, castigos celestiales, conflictos y tempestuosas vicisitudes de ambos reinos beligerantes; máquina, ó sea intervencion de séres sobrenaturales; virtudes asombrosas,

alianza sublime de religion y patriotismo; ejemplos de iniquidad y ejemplos de suma edificacion, y la sobresaliente imágen de un Judas Macabeo como principal héroe del poema, forman el rico fondo de un cuadro épico extenso y admirable. Verdaderamente es lástima que este asunto preciosísimo cayese por desventura en manos de un Silveira, que hizo un libro inlegible para servir de prototipo cuando en la posteridad se hablase del corrompido gusto de su tiempo.

Quién sabe si en adelante habrá algun ingenio, que acometa la noble empresa de emplear su númen en hacer poema épico la sagrada historia de Judas Macabeo. No sin advertirlo he omitido recordar las

hazañas de sus dignos é ínclitos hermanos Jonatás y Simon, héroes tambien y sucesores suyos en el mando del pueblo y de los ejércitos y en el pontificado supremo; queria que se fijára la atencion en solo Judas; sus hermanos se prestarian á ocupar á su lado un lugar muy distinguido y muy importante en el plan del futuro cantor de su gloria, si alguno en lo sucesivo le depara la Providencia. Pero convendria que muchos de los jóvenes y noveles poetas, que sin ningun miramiento y con tanta precipitacion ofrecen al público sus inmaturos frutos, se persuadieran de que para una obra poética de esta naturaleza, no basta un mediano talento y mucho menos la facilidad

de versificar; es preciso que el buen gusto se haya formado de una manera segura y estable; sobre todo es menester mucho juicio, aun mas que para la prosa, porque en esta no hay tanto peligro de extraviarse. Por falta de prenda tan inestimable se han malogrado y ahora mismo se están malogrando varios talentos, que no tienen paciencia ni buscan direccion. Á muchos ciega la efímera laudatoria de sus amigos, que siendo en literatura poco mas que pigmeos, pasan á los ojos de ellos por medio gigantes. Yo no juzgo la época actual con la terrible severidad que el Sr. Mora en su *prólogo á los Ensayos literarios de D. Alberto Lista*; pero desearia que si alguna vez estas indicaciones llegá-

ran á excitar la idea de aprovechar alguien para una epopeya la imponderable riqueza de la historia de los Macabeos, no olvide que la dignidad de la poesía sagrada requiere mas conocimientos y mas circunspeccion que la profana. Las nociones de religion aprendidas en la infancia no son suficientes para componer en verso sobre asuntos sagrados. En esta materia el defecto capital de nuestros dias es el escribir composiciones sagradas sin el caudal necesario de ciencia y de verdadera piedad. ¿Qué precision tenian de ponerse en ridículo manifestando su ignorancia en este punto autores, que hablando de otras cosas acaso son apreciables? Pero si se apoderára del recomendado ar-

gumento un verdadero vate, que al vuelo de su fantasía, á la delicadeza de su gusto, y á la correcta hermosura de su lenguaje juntase una sólida instruccion religiosa y un alma nutrida á los pechos de la santa piedad; ¡cuán encantadora epopeya daria al mundo! ¿Cuál otra se le podria comparar en la fecunda abundancia de sus bienhechoras enseñanzas, puesto que una de las principales dotes de todo poema épico es que sea altamente instructivo y útil al humano linaje? Sobre lo cual para dar alguna idea del tesoro de doctrina contenido en la historia de los Macabeos, me parece muy oportuno traducir aqui algunos trozos del piadoso Vence acerca de lo mismo.

«No solo, dice en su Biblia, todo es maravilloso y á manera de milagro en los dos libros canónicos de los Macabeos, porque Dios es quien suscita por medio de una vocacion extraordinaria aquellos generosos defensores de su ley y de su alianza; él es quien los guia con una particular asistencia de su espíritu; él quien los sostiene con la visible proteccion de su brazo y quien combate por ellos y para ellos en todas las batallas; sino que tambien se encuentran allí por do quiera grandes lecciones para todos los estados, grandes ejemplos de toda especie de virtudes.

Allí aprendemos á obedecer á las autoridades en todo lo que es justo y conforme á la ley de Dios; pero

no hasta el punto de temer incurrir en su desgracia cuando sus mandatos están en oposicion con aquella ley divina: porque en tal caso debe decirse lo que el padre de los Macabeos y despues de él el príncipe de los apóstoles: «Se ha de obedecer á Dios primero que á los hombres.»

Allí aprendemos á perderlo todo antes que faltar á la fé, que hemos prometido á Dios; á sufrir todos los tormentos antes que contravenir á sus órdenes; á confesar su nombre sin ambigüedad ni tergiversaciones, aunque esta confesion nos costase la vida, antes que conservarla con el artificio de un disimulo cobarde y vergonzoso, pues la sinceridad del culto que se cree

tributar á Dios en lo recóndito del corazon, jamás justificará el homenaje que se aparenta rendir á Belial, porque semejante modo de contemporizar en público con la iniquidad es fruto de una prudencia carnal, que ocasiona la muerte.

Allí se aprende á mirar todos los males temporales mas bien como regalos de la misericordia del Señor que como azotes de su ira; á besar respetuosamente la mano que castiga; á recibir sus golpes con hacimiento de gracias, muy lejos de desatarse contra ella en rebeldes murmuraciones; á temerlos menos que la profanacion del santuario interior, que estamos obligados á erigir al Autor de nuestra vida en nuestros corazones para quemar dentro de ellos

en su honra una víctima de humildad con el fuego del amor divino.

Allí se aprende á purificar aquel santuario con las lágrimas de una sincera penitencia, cuando por desgracia lo ha profanado el ídolo de alguna pasion detestable; á destruir en él el altar, que ha tiznado un fuego extranjero; á fabricar otro de piedras enteramente nuevas, es decir, á formarse con el auxilio de la divina gracia un nuevo corazon, cuya consagracion no solo se renueve todos los años con solemne fiesta como la del templo de Jerusalén, sino que en cierto modo se perpetúe en todos los instantes de la vida por medio de una ardorosa gratitud, la cual jamás pierda de vista aquel inmenso benefi-

cio de la misericordia del Altísimo.

Allí se ve que si Dios por una parte se declara vengador de su templo en pro de los que le sirven con fidelidad, por otra se ve tambien que no deja por largo tiempo impune el abuso de las cosas santas, cuyo castigo no difiere sino para hacerlo mas ruidoso y terrible; pero que sobre la tierra su mas formidable modo de vengarse es permitir en su enojo la profanacion de su mismo templo, la pérdida de la fé y la ruina de la religion.

Finalmente, se halla por donde quiera en esta historia de las persecuciones de la Sinagoga, una imágen de las que padeció la Iglesia en tiempo de los emperadores paganos y de las que al concluirse

los siglos tendrá que sufrir bajo el dominio de los enemigos del cristianismo en el reinado del Antecristo. Tambien se ve allí la prueba de esta verdad terrible del Evangelio: *muchos son los llamados y pocos los escogidos.* Allí se advierte que mientras una multitud de hombres pérfidos é ingratos abandona la ley del Señor, pocos son los fieles que guardan su alianza, y la tentacion sirve para darlos á conocer.

Allí no solo nos edifican las virtudes de los Santos pintadas con tan vivos colores, sino hasta las pasiones de los mas inicuos pecadores, las cuales tambien vemos desbordadas en estos sagrados libros, nos instruyen, porque inmediatamente se les sigue el castigo. La

pronta caida de los Jasones, de los Menelaos, de los Alcimos, que compran con oro el pontificado para dominar sobre la fé de los pueblos y para pervertirla, enseña á los ambiciosos que tanto en la Iglesia como en el siglo dolores eternos son el término de su pasajera prosperidad. La interna llaga que postra y humilla al soberbio Antíoco hasta hacerle implorar la clemencia del Dios de Israél, á quien habia insultado con arrogancia tanta, pero que no le convierte hasta el punto de hacerle digno de la divina misericordia, enseña á los pecadores inveterados que no hay que burlarse de Dios impunemente; pues este soberano Juez se rie muchas veces de las lágrimas de los moribundos que

durante su vida han menospreciado sus amenazas, y el morir en pecado es una consecuencia casi inevitable de una vida pasada en la impenitencia, porque un arrepentimiento tardío, nacido únicamente de motivos humanos, no llegará á reconciliar á Dios con un corazon que permanece enemigo de la justicia.

Todo esto no es mas que una pequeña parte de las instrucciones derramadas con indecible profusion en estos divinos libros para fortalecer la fé y arreglar en general las costumbres de los cristianos. ¿Qué seria si se quisiese recoger todas las que pueden convenir á cada condicion en particular en los actos heróicos de mil diversas virtudes, que allí por todas partes resplandecen?

Por ejemplo, ¡qué instruccion para los príncipes, conquistadores y guerreros, no se encierra en el proceder de aquellos grandes héroes, que allí vemos vencedores en los combates cubriendo el enemigo campo de innumerable muchedumbre de muertos, pero á los cuales tambien vemos preparándose siempre á las batallas con la oracion, prolongándola á veces por espacio de algunos dias, y juntando á ella un ayuno voluntario, guardando aun en medio del ardor de la lid el ayuno prescrito por la ley, no confiando sino en el omnipotente brazo del Señor en lo mas reñido de la pelea, no proponiéndose en ello mas fin que la gloria de Dios, no atribuyendo mas que á Dios todo el triunfo con so-

lemne hacimiento de gracias, que siempre seguia á la victoria, no aprovechándose de los despojos del enemigo sino para ornato del templo, cuyo restablecimiento era su primer afan, ó para distribuir aquellos frutos de la guerra entre los menesterosos y enfermos, que cual ellos no habian podido exponerse á morir por la patria!»

Entre las observaciones del piadoso Vence, que dejo de copiar, se indica tambien lo mucho que los padres podian aprender de los consejos, que al morir da Mathatías á sus hijos, y las madres del magnánimo valor de aquella, que á los siete santos y preciosos frutos de sus entrañas animaba á entrar en la gloria, sufriendo heróicamente los tormentos, que les abrian el cielo.

Tantas virtudes, tantos ejemplos dignos de imitacion, tantos discursos llenos de la mas alta doctrina religiosa, tanto y tan puro patriotismo y tan encantador tejido de heroicidades no podrian menos de presentarse en los cantos de un eminente poeta épico como un sol, que sobre los hombres difundiria mil rayos de luz. Sí; semejante epopeya debia ser sobremanera instructiva, útil en extremo á la moral de los pueblos y de los gobernantes, y por sus enseñanzas una gran bienhechora de la humanidad.

Y pues así con tal riqueza, holgura y facilidad se brinda á convertirse en épico poema la historia de los Macabeos, yo afirmo que es magníficamente bella, sublime y admirable.

CAPÍTULO XIX.

Mujeres.

El principio de la mujer está en la Biblia, está su historia toda, su degradacion, sus desgracias, y su recuperada dignidad y ennoblecimiento. Sin la noticia que el sagrado Génesis nos dá de su creacion, era imposible que el talento mas ingenioso y empeñado en favorecerla, le hubiese atribuido un orígen mas bello, alto y encantador. Dios formó á Adán de un poco de lodo y fuera del paraiso; para la creacion de nuestra primera ma-

dre escogió el jardin de las delicias y una materia mas fina y delicada, mas sensible, hermosa y noble. ¿Quién concebiria un sér en hermosura y nobleza comparable con el Adán de la inocencia recien salido de las manos de su Hacedor amoroso, mundo de sus maravillas y obra maestra de su infinito poderío y de su sabiduría inmensa? Pues Adán plácidamente embebecido en delicioso sueño, bajado del cielo, suministró al Señor, de la parte mas próxima á su corazon, la preciosa porcion de sí mismo, con que Eva fué formada. Hízola Dios con tanta delicadeza y blandura, que el primer hombre no despertó de su apacible adormecimiento, aunque la divina Omnipotencia es-

taba convirtiendo una costilla suya en una bellísima esposa, que le enagenára de hechizo y de amor. Así la Iglesia, entrañable esposa de Jesucristo, salió de su abierto costado con el agua y la sangre de la redencion, que fluyeron de aquella divina herida, cuando el celestial Esposo ya dormia en la cruz el sueño de la muerte ó el rapto de su amor por la humana naturaleza. Si ésta despues de su pecaminosa degradacion enamoró de tal manera al Príncipe de la eternidad que por ella se hizo inmolacion y víctima de amor en el Calvario, ¡cuál seria el delicioso arrobamiento de Adán cuando el comun Padre divino le presentó al dispertar y le dió por esposa y dulce compañera

á Eva, vestida de inocencia y de angelical belleza, y acabada de salir de sus entrañas! Rompió en una exclamacion sumamente afectuosa: hueso de mis huesos, y carne de mi carne, le dijo en su primer saludo de inefable ternura; y así expresó del modo mas cumplido las eternas relaciones de todo hombre con la mujer, para las cuales no hallo palabra que explicarlas pueda, por cuya falta yo las llamaria *intimidad de sangre entre el hombre y la mujer*. Baste recordar á las almas tiernas que no es posible concebir la idea de una mujer, que no haya tenido padre, ni la de un hombre, que despues del que hizo Dios con sus propias manos, no se haya formado y recibido la vida en

el vientre de una mujer, á quien dá la dulce denominacion de madre.

Otra relacion hay entre el hombre y la mujer no menos tierna ni menos sagrada, pues el mismo Dios la instituyó estableciendo en la primera efusion de su paternal bondad el admirable vínculo del matrimonio, hoy estado de cuitas y de satisfacciones, como todos los demás en que pueden vivir los descendientes de un padre desterrado de la region de ventura á un pais de infortunio. ¡Ay! Se enluta el corazon al traer á la memoria la cabal felicidad conyugal, que Adán y Eva disfrutaron y perdieron para ellos y para nosotros allá entre las flores del Eden, donde nacer debimos. Allí la primer esposa entre la armonía

de las festejadoras avecillas, que la saludaban por su reina, y el murmullo de los arroyos, que le mostraban su hermosura reverberada en sus cristalinas aguas, bajo el florido pabellon formado por las ramas de mil árboles, que la regalaban con su fresca sombra, su aroma y frutas esquisitas, al regalado ambiente de céfiros celestiales, y extendido en derredor el sonrosado manto de inmortal primavera, como un ángel de gracia y de belleza, derramando delicia en el alma de su feliz marido, gozaba la purísima placidez del matrimonio.

¡Ay! ¡Ella sola la gozó! Para sus hijas no hay matrimonio sin dolor. Desde el instante en que la futura esposa consiente en dar su

corazon al futuro compañero de su vida, entra en ella el sentimiento de separarse de una madre y de unas hermanitas queridas, y el dia del desposorio es tambien dia de lágrimas. No sabe que tiene un hijo en sus entrañas sino cuando empieza á sentir crueles incomodidades, que duran nueve meses: la hora de darle á luz se la anuncian agudísimos dolores, y no le verá nacido sino cuando haya llegado á lo sumo el suplicio de la maternidad. No, no haré la enumeracion de los pesares, que acompañan á los mas afortunados matrimonios: son tantos y tan diversos que seria vana pretension aun para los mas experimentados en semejantes trabajos la de quererlos siquiera clasificar. Hijas de Eva, decid cada

cual los vuestros: decid las torturas de vuestra alma cuando vuestros ternezuelos hijos, ídolos de vuestro amor, reclinan en vuestro seno ó sobre vuestras maternales rodillas la cabeza lánguida y abrasada por devorante calentura. Decid el abismo de vuestra amargura cuando el Árbitro de la vida os arrebata el encanto de vuestros ojos, el imán de vuestra alma y la dulcísima esperanza de vuestro porvenir, encerrando en la tumba alguno de los idolatrados frutos de vuestro conyugal amor. Yo sé que todas vosotras al iros de este mundo á la eternidad, ó viendo caer la losa del sepulcro sobre el cadáver de vuestro esposo, habeis de sentir despedazarse vuestros íntimos lazos

matrimoniales con imponderable dolor al filo de la guadaña de la muerte. ¡Ay! la muerte es la herencia que Eva os dejó en vez de su felicidad. Ella en la paz de su inocencia tenia una vida de embeleso delicioso, porque su pecho estaba puro como la luz y puro el pecho de Adán, y amor divino era la llama que unia y hacia una sola alma á los felices esposos. La desvaneció el torrente de tanta dicha, y por el ciego imperio que sobre Adán ejercia el amor de aquella embelesadora, recibió el complaciente marido la fruta de letal ponzoña, y se turbó y tembló, se demudó su rostro, y murió para siempre la ventura de los esposos y la de su desconsolada descendencia.

Desde aquel momento fué Eva misérrimo ejemplo de formidables infortunios. Para contarlos seria preciso tener su lengua y su corazon nuevamente sumergido en horrorosa noche de dolor y agonía con la trágica muerte de su Abel y con el caliz de amargura con que Cain la embriagó. ¡Ay triste madre! ¡Ay triste esposa! ¿Adónde está tu dicha? ¿Dónde la antigua placidez de tu apacible matrimonio? Solo volviendo con el arrepentimiento á la gracia y misericordia de Dios hallas consuelo á tu desventura inmensa. Solo la virtud, que renace en tu pecho y en el de tu infeliz esposo, puede restituirte una sombra de tu perdido bienestar y de la melíflua suavidad de tu vida conyugal.

Solo en ella encontrarán tus hijas un imán permanente para el corazon de sus maridos, y una garantía casi segura de que jamás se turbará con tempestades de discordia la placentera apacibilidad de su mútuo cariño. Mayor será de éste la placidez y dulzura cuanto mas se funde en la virtud; pues no en la turbia embriaguez de la sensualidad, sino en la tranquila efusion de purísima ternura se halla la verdadera y mas suave satisfaccion del alma.

En los primeros capítulos del Génesis se presentan á la imaginacion cuatro mujeres sobremanera interesantes, las de Noé, Sem, Cam y Japhet. Fueron gratas á los ojos del Omnipotente indignado contra

el corrompido linaje humano. Los ángeles las contemplarian con regocijo. Vieron ellas la ruina del antiguo mundo en el diluvio... se salvaron de él... navegaron por largo tiempo de un modo muy peregrino y patético... ¡Cómo estarian sus corazones!... ¡Qué dolor por la tremenda desgracia de sus amigas, de sus parientes y de todo el universo! ¡Qué gozo por la salvacion propia y por la de sus queridos esposos! ¡Qué inquietud por el término de aquella situacion tan extraordinaria y por su suerte futura! Ellas fueron las que repoblaron el mundo. Noé tenia por entonces seiscientos años: poco menos debia tener su esposa. Contemplad á esa mujer de mas de quinientos años

subiendo á las estrellas y descendiendo precipitada y formidablemente á los abismos del mar en el navío fabricado por órden de Dios al empuje de las embravecidas olas, que saltando sobre los montes habian sumergido el mundo. ¿En qué otra historia hallaremos una anciana que ni remotamente se le pueda comparar?

CAPÍTULO XX.

Piedad de las mujeres.

En el Exodo tenemos brillantes muestras de la bienhechora y valerosa piedad, que á las mujeres merece el infortunio. El monarca Egipcio manda á las parteras de su reino que den muerte á todos los niños de los hebreos, y ellas desobedecen heróicamente, exponiéndose á la temible ira del tirano. El coronado infanticida ordena que los recien nacidos israelitas sean arrojados al rio por sus propias madres; y la de Moisés con gravísimo

peligro de su vida le esconde, y luego no pudiendo ocultarle por mas tiempo, confia su salvacion á la divina Providencia, y la hermanita del niño tiene una parte muy principal en la libertadora empresa. La hija de Faraon llega al Nilo á bañarse; una de sus camaristas descubre al precioso infante en su cestilla de juncos, y encantada de su hermosura y movida á compasion de su aparente abandono, se lo lleva á su señora, quien al momento resuelve salvarle, tomarle bajo su amparo, cuidar de su infancia y de su educacion, y mantenerle, en una palabra, adoptarle por hijo. No puede ignorar la órden bárbara de su inhumano padre, y cabalmente por que la sabe, ex-

clama al instante que le ve en aquel sitio: ¡de los hijos de los hebreos es este! En el acto aparece su solícita hermana, ofreciéndose á buscarle una nodriza, que le crie, y trae corriendo á su propia madre. Dulce es imaginarse el júbilo, la ternura y las amorosas lágrimas, con que Jocabed estrecharía á su palpitante seno el salvado fruto de sus conmovidas entrañas; y aquella intrépida piedad encantadora de la princesa, que arrostra el enojo de su padre; y aquella oportuna presteza, con que la niña María coadyuva á salvar la vida á su querido hermanito.

No es menos ingeniosa la caritativa y prudente industria, con que la afortunada Rahab libra de mo-

rir á toda su familia y á los dos espías, que Josué envia á Jericó. Los acoge y hospeda en su casa cuando corrian inminente peligro. El rey lo sabe, y le hace intimar que se los entregue. Ella los oculta en un desván, y los cubre con paja que allí habia, y engaña á los comisionados del rey diciéndoles: «aquí han estado, lo confieso, pero yo no sabia de dónde eran. Ya se han ido: corred en su seguimiento y los cogereis.» Los satélites del monarca le dan entero crédito, y emprenden el viaje en balde por el camino del Jordán. Rahab sube apresuradamente al escondite en que ha salvado á los dos exploradores, y con una fé digna de quien ya hubiese abrazado la verdadera reli-

gion, les dice: «Yo sé que el Señor os ha entregado este país; porque todos nosotros estamos penetrados de terror, y todos los moradores de esta comarca han caido de ánimo. Hemos oido que el Señor secó las aguas del mar Rojo para que por él pasáseis á pié enjuto cuando salísteis de Egipto, y que habeis muerto á los dos reyes de los Amorrheos, Sehon y Og, que estaban al otro lado del Jordán. Y al oir esto nos sobrecogimos de espanto, y desmayó nuestro corazon, y no quedó aliento en nosotros á vuestra entrada; porque el Señor Dios vuestro, él mismo es el Dios allá arriba en el cielo y acá abajo en la tierra. Ahora pues juradme por este Señor, que del mismo modo

que yo he tenido misericordia con vosotros, tambien vosotros la tendreis con la casa de mi padre; y me dareis una prenda segura de que salvareis á mi padre y á mi madre, á mis hermanos y hermanas y todas las cosas que son de ellos, y libertareis nuestras almas de la muerte.» Ellos se lo prometen con lealtad y encarecimiento. Descuélgalos ella con una soga desde una ventana inmediata á la muralla, á la cual está contigua su casa; y díceles: «Subid hácia el monte, no sea que á su vuelta den con vosotros los que han ido en vuestra persecucion, y escondeos allí tres dias hasta que vuelvan, y despues seguireis vuestra ruta.» Quedan convenidos en la señal, que

su libertadora ha de poner en su casa para que esta y toda su familia sea respetada y permanezca ilesa en la ruina de aquella ciudad y en el exterminio de sus enemigos moradores, y escondiéndose en el monte segun el consejo de Rahab, y repasando el Jordán cuando sus perseguidores estaban ya de vuelta, llegados felizmente á los reales de Josué, le dan cuenta de todo lo ocurrido.

De allí á poco tiempo los muros de Jericó se ven caidos, sus casas han sido presa de las llamas, todos sus habitantes, las mujeres, los niños y los ancianos están reducidos á cenizas. Todo lo han devorado las espadas y el fuego. La muerte se ha sentado con espan-

tosa majestad y fúnebre melancolía sobre el campo donde estuvo Jericó. Solo Rahab y su familia quedan de aquella exterminada muchedumbre, y con el gozo de la admirable conservacion de sus vidas y con el de su incorporacion al predilecto pueblo del Altísimo huélganse mucho de su felicidad y extraordinaria fortuna. Rahab se desposa con un israelita; y es dicha suya que el orbe cristiano lea su nombre en la genealogía de su divino Salvador entre los de sus esclarecidos ascendientes. Premio de su piedad, con que salvó las vidas de los dos exploradores, y de la filial solicitud y ternura, con que imploró misericordia para sus padres y hermanos.

Parece en las mujeres una especie de propiedad hereditaria el sacar á los suyos de conflictos peligrosos. Recuérdese cómo salvó Micol la vida de su esposo David cuando fueron á prenderle los esbirros de su furibundo padre. La hija de Saul desplegó mucho ingenio, mucho celo y muy gracioso atrevimiento para poner en salvo á su marido y burlar el homicida intento de su perseguidor.

No fué Abigail menos diligente en librar de la muerte á toda su familia cuando corrió al encuentro del airado guerrero, á quien su marido Nabal, no contentándose con negarle las pocas provisiones que tan amigablemente le pedia, se atrevió á menospreciar con altivez

insultante. Nabal era un opulento propietario y rico en ganados y en frutos: David hombre de guerra, que habia protegido á su ganadería y pastores, se hallaba en un desierto al frente de seiscientos de sus partidarios, y no tenia que darles de comer: dijo, pues, á diez de sus soldados: «Subid al Carmelo, id á casa de Nabal, y saludadle cortesmente de mi parte. Y direis: sea á mis hermanos y á tí paz, y á tu casa paz, y á todas las cosas que tienes sea paz. He oido que esquilan las ovejas tus pastores, que estaban con nosotros en el desierto: jamás les hemos sido molestos, ni nunca les faltó cabeza alguna del ganado todo el tiempo que con nosotros estuvieron en el

Carmelo. Pregúntalo á tus criados, y te lo confirmarán. Ahora, pues, hallen tus siervos gracia en tus ojos: puesto que en tan buena ocasion hemos venido; dá á tus siervos y á tu hijo David cualquier cosa que tuvieres á mano.» ¿Qué respuesta merecia el adalid valeroso, que considerándose rey de Israél corria por los campos con gente armada? ¿La que le dió el avaro, insolente y desagradecido Nabal? No por cierto: aunque David fuera un pobre mendigo, que no tuviese para con el hacendado motivo alguno de ser tratado con particular miramiento, siquiera por la manera de pedir tan humilde, tan dulce y afectuosa no debia esperar insultos y menosprecio además de la dura negativa.

Á castigar la ingratísima insolencia vuelan muerte, desolacion y exterminio. David y su cohorte, respirando fuego de asoladora venganza, corren á convertir en luto, en lágrimas y sangre, en escombros y mutilados cadáveres la hacienda toda, la casa, y toda la familia de Nabal. Pero á lo lejos se divisan varias acémilas cargadas, y con ellas vienen criados y una mujer, que por su traje parece matrona rica. ¿Será que Nabal arrepentido de su bárbaro proceder, y previendo sus funestas consecuencias, envie á su esposa á aplacar al ofendido príncipe con presentes magníficos? Sí, es la bella consorte de Nabal, ya se apea al descubrir á David, ya le saluda con profundo

acatamiento, y lo que trae son abundantes y esquisitas provisiones de todo género para calmar su enojo, desagraviarle y hacérsele propicio; pero no viene por órden de su marido, que ignora su resolucion y su partida; ella misma fué quien al momento que supo la infausta imprudencia de su esposo, concibió la idea de remediar tanto daño, y ella sola llevó á cabo la salvadora empresa. Abre sus lábios humildes, y de ellos brota la irresistible elocuencia de un corazon de mujer, donde tiene la virtud su trono de luz y su santuario de hechizo. Puede estar casi segura de su triunfo mujer, que apela á las celestiales razones y á los nobles sentimientos de la religion, como Abigail, que

persuade á David á admitir benignamente su donativo, á perdonar á su esposo y á su inocente familia, y á no manchar con sangre de hermanos aquella mano, á la cual de justicia se debe el cetro de Judá, y á añadir con la clemencia nuevo lustre á su fortaleza invicta. «Bendito sea, le responde David, trocada ya su ira en apacible bondad, bendito sea el Señor Dios de Israél, que hoy te ha enviado á mi encuentro, y benditas tus palabras, y bendita tú, porque hoy me has impedido teñirme en sangre humana.»

Á los diez dias habia sucumbido Nabal, no ya al filo de la espada del guerrero, á quien ofendió, sino arrebatado por improvisa muerte. Luego que David lo supo, envió á

Abigail una embajada proponiéndole dejar el luto de la viudez para subir á su real tálamo y poseer su corazon de nuevo esposo, conquistado por ella cuando plácidamente salvó al primero, á toda su casa y á toda su familia. Abigail agradecida aceptó la mano del insigne caudillo, rey belicoso y poeta divino de inspirada fantasía y dulcísima ternura.

Otra mujer se presentó llorando á un soberano, y vestida con el traje del dolor, imploraba piedad para un hijo suyo, que habia dado alevosa muerte á su hermano, y conjuraba al rey que no permitiese que la infeliz madre tuviera que llorar á ambos hijos. El monarca profundamente conmovido le prome-

tia una y mil veces que no temiera por la vida de aquel hijo, que él haria cesar la persecucion de sus parientes. Aquella escena habia llegado á lo mas patético. La mujer tenia en sus manos el corazon del rey. Conoció que era llegado el momento de asaltarle mas de frente, y dando á su discurso un giro mas elevado, penetró y sorprendió su alma, declarándole que él mismo se hallaba en aquella amarga situacion de haber perdido un hijo asesinado por otro hijo suyo, á quien podia considerarse como igualmente perdido. Púsole delante el ejemplo de Dios, que perdona á los pecadores, y recordándole la rapidez con que se hunde en el sepulcro la vida del hombre, y como asiéndose

de sus paternales entrañas, arrancó de ellas el perdon y la gracia para su hijo fugitivo y desterrado. Este se llamaba Absalón, asesino de su hermano Anmón: el rey era David su padre. La elocuente abogada era una mujer de Técua, á quien con solo este fin habia hecho venir desde aquella ciudad á la corte el célebre general Joab, que valiéndose de tal medio, dió una prueba de su talento y de que estaba bien persuadido de que para el arte de abogar por los desdichados y poner término al infortunio, son mas á propósito y mas diestras las piadosas mujeres, que sepan poner en juego los recursos y resortes de su ingenio y de su apasionado corazon.

No transcurrió mucho tiempo sin

que otra mujer librára de la muerte á Jonatás y á Aquimaas, partidarios de David en la civil discordia, que movió el ingrato Absalon. Iban estos á comunicar al rey lo que habia pasado en el consejo del príncipe rebelde. Súpolo éste, y los hizo perseguir: ellos se metieron en un pozo, y la mujer del dueño de la casa tendió una manta sobre la boca del pozo como si secase cebada mondada. Desesperanzados de encontrarlos volviéronse á Jerusalén los de Absalon, creyendo lo que les dijo para engañarlos la mujer, que así salvó la vida de Jonatás y Aquimaas, contribuyendo con esto eficazmente al venturoso éxito de la guerra, á la pacificacion del reino, y al resta-

blecimiento del órden y de la legítima autoridad del Salmista-Rey.

Estos ejemplos de bienhechora piedad los han imitado las mujeres de todos los siglos, como consta por las historias sagradas y profanas y como nos lo enseña la esperiencia. Pero aunque así no fuera, Esther que expuso su vida por salvar la de toda su nacion, bastaria para la gloria de su sexo. Recordad las patéticas circunstancias del caritativo heroismo de aquella reina. Loado sea y bendito el inefable Autor de nuestra vida y humana naturaleza, porque á la mayor parte de las mujeres ha dado entrañas de compasion y de misericordia para con los desdichados, que se hallan menesterosos de su auxilio ó valimiento.

CAPÍTULO XXI.

Las mujeres son objeto de compasiva predileccion.

Nuestro divino Criador, que para bien del hombre hizo á las mujeres naturalmente amorosas y compasivas, por ello las premia con inefable providencia constituyéndolas especial objeto de amor y de compasion; sentimientos ambos, que dirigidos y santificados por la religion vienen á ser virtudes las mas dulces y bienhechoras. No parece sino que habiendo Dios hecho sus corazones fuentes de amor y com-

pasion, quiso que amor y compasion cual si los atrajera un poderoso imán, corriesen hácia ellas como á su propio centro. Creo que no seria temerario decir que el mismo soberano Legislador de la naturaleza se ha dejado llevar con respecto á ellas de una especie de compasiva predileccion: las hizo por lo general mas hermosas que los hombres, les dió una organizacion mas fina y delicada, un corazon mas ardiente, afectuoso y sensible, una imaginacion mas viva, una índole mas suave y mas plácida: las destinó á ocupaciones mucho mas apacibles, y mucho menos molestas y trabajosas que las de sus padres, hijos y maridos: las preservó de la intemperie del campo,

encargándoles el cuidado maternal de su casa y familia: las libró de las fatigas y peligros de muerte que hay en la guerra: las eximió de las grandes inquietudes, de los solícitos desvelos, de los terribles compromisos y de los graves cargos de conciencia que consigo traen las magistraturas, las administraciones de la hacienda pública, los mandos de los ejércitos y los consejos de los reyes.

No se me oculta que algunas mujeres, lejos de ser muy agradecidas á Dios cual debieran, desconocen las ventajas de su sexo; pero las confesarian al instante si á un extravagante y caprichudo monarca, á cuya voluntad fuera imposible resistir, se le ocurriese la

singular idea de que las mujeres de su reino cambiasen con los hombres los oficios, incumbencias, obligaciones y ocupaciones de todo género, enviando á unas á las fraguas á ablandar el hierro y darle nueva forma, á otras á los talleres á aserrar toscos leños, á otras á los mares á desafiar las tempestades haciendo de pilotos y marineros y luchando con las embravecidas olas y viendo venir en cada una de ellas la muerte. Pero no seria preciso tanto para disuadirlas de su error, ni que se cometiese la crueldad de formar con ellas ejércitos que anduviesen un invierno entero sobre la nieve, comieran poco y mal y se alimentáran con el humo de las batallas y con el contínuo

sobresalto de no dormir un momento sin la idea del implacable enemigo. Bastaba que trocáran las señoritas el regalado mimo de sus madres por la vida que hacen sus hermanos bajo la férula ruda de un adusto preceptor de fastidiosa é interminable gramática latina, ó que se las condenára á no poder figurar en el mundo sino despues de quince años de estudios, para los cuales habian de dejar la casa de sus padres. Dirian: «No, no queremos ni saber ni mandar á tanta costa: para lo que nosotras debemos aprender no es necesario trasnochar sobre el libro, ni sufrir el mal genio de tantos maestros impertinentes. Sin ir á campaña ni asistir á tribunales, entramos

en el goce de las rentas, de las dignidades, honores y títulos de nuestros maridos: si ellos se encaraman en el gobierno á encumbrados puestos, con ellos subimos nosotras sin trabajo alguno y recibimos las enhorabuenas y el honorífico tratamiento correspondiente á su nueva dignidad con la misma satisfaccion que si la hubiéramos alcanzado con nuestro heroismo en los combates ó con la sabiduría de nuestros dictámenes y la severa rectitud de nuestro proceder en la judicatura, ó en las secretarías de los monarcas.»

No desconozco que las predicadoras de las desventajas de su débil sexo podrán hacer algunas observa-

ciones, que oscurezcan el brillo de este lisonjero cuadro de los motivos de la gratitud que deben á la divina Providencia; pero por larga que sea la enumeracion de lo mucho que les falta para su completa felicidad sobre la tierra, las afortunadas exenciones y privilegios, que muy por encima he mencionado, nunca dejarán de ser exenciones y privilegios sumamente apreciables.

La sagrada Escritura está en contra de las que quisieran trocar su suerte por la de los hombres, pues en ella se ve y me propongo indicar en este capítulo el privilegio de amorosa compasion, con que Dios las favoreció en el antiguo Testamento. Así por via de ejemplo

se lee en el libro de los Números, que en el exterminio que para vengarse á sí mismo y vengar al cielo hizo el pueblo de Israél en sus enemigos Madianitas, Moisés asistido por los consejos de la Divinidad mandó que se respetáran las vidas de todas las mujeres doncellas y de todas las niñas en la universal matanza de los varones, niños y ancianos de aquella nacion abominablemente pecadora.

El Altísimo tenia determinado que su pueblo conquistador fuese vara de justicia y rayo de ira para las iniquidades de los habitadores de la tierra de Canaán, y así ordena en el Deuteronómio que si oponen resistencia en alguna ciudad, se los pase á cuchillo. ¿Y las mujeres y

las hijas de ellos no habrán de perecer y ahogarse en el lago de la vertida sangre de sus padres y maridos? No; para ellas hay clemencia y salvacion. Mas si solo á ellas se librára de la muerte ¿cómo quedarian sus desolados corazones si no se les guardáran sus ternezuelos hijos? La piedad del Señor tenia en cuenta su maternal ternura, y por lo mismo ha dispuesto que se les conserven los niños.

Al israelita estaba prohibido bajo las mas severas penas casarse con mujer extranjera; sin embargo el Señor hizo una excepcion en favor de las desdichadas cautivas, permitiendo (*Deuterom. cap.* 21) á los hijos de Israél que si ellas eran gratas á sus ojos, las tomasen por espo-

sas, despues de haberles hecho dejar el vestido con que fueron hechas prisioneras, y dádoles un mes de término para que se desahogasen llorando á sus padres y á sus madres, y se instruyeran en la religion verdadera, que en tal caso habian de abrazar precisamente. Bella peripecia, de gemir cautivas pasar á ser esposas de sus amos y á enseñorearse de sus corazones. Todas las veces que esto se verificase, se ofreceria un espectáculo sobremanera interesante. ¿Y quién me veda figurármelo, y exclamar que en las mas ínfimas mujeres de la Biblia hay un género de belleza indefinible, no corpóreo, sino mas bien perteneciente á la elevada region de las ideas y de los sentimientos?

Tambien mandaba la ley que el hombre recien casado no saliese á la guerra y que no se le impusiera carga alguna pública, sino que habia de estarse en su casa un año entero alegrándose con su consorte. *Sed vacabit absque culpa domi suæ, ut uno anno lætetur cum uxore sua,* (Deuteron. cap. 24, v. 5.) Gran dolor es el que en la guerra arrebate la muerte á una jóven recien desposada la cara mitad de su alma, dejándola en viudez y desolacion terrible. De tamaña desgracia quiso el piadoso Legislador divino que viviesen seguras las hijas de Jacob en el primer año de su matrimonio, en el cual sin mas que las apacibles ocupaciones domésticas eran sus maridos enteramente para ellas

cual sino fuesen miembros del Estado, que no podia interrumpir su conyugal regocijo llamándoles al desempeño de cualquier cargo ó comision en servicio del público.

Así el mútuo amor de los esposos echaba hondas raices con el contínuo trato, así se alejaban las zozobras, así eran mas apetecibles los desposorios; porque traian consigo á lo menos un año de plácido sosiego y de seguridad de no morir sangrientamente, así con tanta compasion y regalo trataba Dios á las mujeres en el período de la vida para ellas mas dulce y bonancible.

Bastante habia declarado el Señor con semejantes estatutos cuánta compasion le merecian las mujeres;

pero además le plugo manifestarles su infinita bondad para con ellas, transfundiéndola en sus mas esclarecidos siervos, en sus ángeles y en sus profetas. Sobre todo me embelesa y me admira ver que el Espíritu Santo se ha dignado emplear todo un libro, aunque pequeño, en ponernos delante de los ojos con un pincel tan suave como celestial la amorosa compasion, que tuvo de una pobrecilla viuda extranjera un hombre de buen corazon. Sucedió que en la campiña de Belén iba aquella infeliz recogiendo espigas en pos de unos segadores en una hacienda, que era de Booz, anciano rico en misericordia. Para quien tiene en su alma tal tesoro es un hallazgo ver una pobre. El propie-

tario opulento al encontrarse en su campo con aquella joya de pobreza, preguntó quién era y se le diria: mujer Mohabita es que ha venido con su suegra Noemí, de la cual, á quien ama con entrañable ternura de verdadera hija, no han podido separarla las mas vehementes instancias ni las mas fuertes reflexiones, pues ella á todo replicaba: Yo iré contigo do quiera que tú fueres, y habitaré donde quiera que tú habitares. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Yo quiero morir y enterrarme en la tierra en que tú mueras. El Señor me castigue si otra cosa que la muerte me separare de tí.

Noemí había salido de Israél en un año de hambre con su marido

Elimelech y sus dos hijos Mahalón y Quelion, los cuales se casaron en el pais de Moab, y estuvieron allí diez años, y el sepulcro, que ya habia devorado al padre de ellos, los devoró tambien, quedando sin hijos y sin marido Noemí y sus nueras Orpha y Ruth. Esta última era en su mísero infortunio la fiel é inseparable compañera de la anciana viuda israelita, la cual á las mujeres que al volver ella á Belén decian: esta es aquella Noemí, respondia con suspiros de dolor: no me llameis Noemí, esto es, hermosa, sino llamadme Mara, esto es, amarga, porque de extrema amargura me llenó el Todopoderoso. Salí rica de bienes, con marido y con hijos. ¡Y ay de mí que vuelvo po-

bre, sin hijos y sin marido! ¿Por qué, pues, me llamais Noemí cuando el Señor omnipotente me ha afligido tanto y me ha quebrantado tanto?...

Ruth era, pues, el nombre de la jóven viuda, que para socorrerse en su desvalida pobreza con el permiso, que pidió al capataz de aquella cuadrilla de segadores, recogia, siguiendo tímidamente sus huellas, algunas desperdiciadas espigas de cebada.

Booz, luego que se enteró de su virtud y de su triste situacion, desplegó en su favor una caridad dulcísima, próvida, consoladora y amable. Ella se lo agradecia con toda la efusion de su pecho sencillo y con la humildad mas profunda. Si la sagrada Escritura nada mas dijera

de Ruth y de Booz, solo esto sería muy bello en un libro en que se pintan el principio y el fin del mundo, las apariciones de los ángeles, los mas extraordinarios prodigios, el levantamiento y la ruina de las mayores monarquias del universo, las guerras y las tribulaciones de un pueblo célebre hasta la consumacion de los siglos, las figuras que representaron al Mesías, la venida de este divino Redentor, su infancia, la predicacion de su doctrina, sus virtudes, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, su resurreccion, su gloriosa subida á los cielos, el establecimiento de la Iglesia, y sus triunfos y combates hasta el último dia del tiempo descritos en el Apocalipsis. Repito que en medio

de este cúmulo de portentosas y deslumbradoras grandezas, la apacible, campestre y compasiva caridad de Booz para con la pobrecita espigadera, sería para mí una belleza y un encanto; pues si yo viese una humilde florecilla del campo entre los diamantes de que va vestida majestuosa reina, creo que me habia de embelesar aquella florecilla.

Ruth muy contenta dijo á Noemí la caritativa compasion que habia hallado en Booz, y Noemí al oir este nombre, acordándose que el buen anciano era pariente de su difunto hijo marido de su pordiosera Moabita, la animó á declararse con el virtuoso viejo, descubriéndole su parentesco. Conforme se lo insinuó Noemí, lo hizo la jóven viuda, y

el feliz resultado fué tomarla por esposa el opulentísimo Booz. ¡Prodigio de compasion!...

No por hipérbole, sino por convencimiento aseguro que semejante matrimonio fué un prodigio de compasion. ¿Pues qué otra cosa pudo mover al virtuosísimo Booz á contraerlo? Era un señor poderoso, que de nada necesitaba, y Ruth una miserable, aunque de excelente índole y de unas costumbres y de un candor como de paloma. Él era un anciano, en quien ya hacia mucho tiempo que habia dejado de hervir la sangre, y al cual por sus riquezas, su noble cuna, sus virtudes y su buena fama no hubieran faltado mujeres de su misma patria, ricas y hermosas si las hubiera pretendido.

Y Ruth, además de no ser del pueblo de Dios y de hallarse en estado de mendicidad, no era bella, pues si lo hubiese sido no lo callaria el sagrado texto, por ser esta una circunstancia muy vital en el asunto de que se trata, y necesaria para la cabal inteligencia de este suceso, que extraordinario es, aunque no sale del círculo de una familia, así como expresamente dice que fueron hermosas Sara, Rebeca, Raquel, Bersabé, Judith, Esther, Susana, y Noemí. Ni la conveniencia de tener una mujer humilde, que le sirviera y cuidára en su vejez, aconsejó á Booz su casamiento con la pobre Moabita, pues se sabé que tenia muchas criadas en su hacienda, y él estaba tan poco me-

nesteroso de mujeril asistencia, que su salud y su ninguna delicadeza le permitian dormir en su era sobre un monton de haces.

Fácil es preveer que los versados en la sagrada Escritura al momento señalarán la causa de este matrimonio, alegando la ley acerca de las segundas nupcias de los parientes. Sí, esa ley fué para Booz una ocasion de obrar el admirable prodigio de su caritativa piedad; pero nada mas que ocasion, pues podia haber renunciado al derecho que aquella le daba para desposarse con Ruth, como lo hizo otro pariente mas cercano, que rehusó horrorizado la mano de una viuda tan pobre. ¿Y quién se atreveria á motejarle por no usar de aquel dere-

cho, si el nonagenario anciano para eximirse de todo compromiso hacia presente que ya su edad no era para desposorios, y en segundo lugar que aquella mujer habia nacido fuera de Israél y que mediaba infinita distancia entre su opulencia y la pobreza de Ruth?

Booz y Ruth fueron abuelos de David, y aquel uniéndose con esta por amorosa compasion representó la inefable caridad con que el omnipotente Señor de cielos y tierra se junta con nuestras almas pobrecillas en el Sacramento de su amor con un desposorio de misericordia infinita, sin reparar en nuestra mísera bajeza, ni en su excelsa majestad y poderío, ni en el asombro que en los ángeles causa tamaña

dignacion. Así como su amable ascendiente Booz se sobrepuso á cuanto podia decir de su compasion heróica su amor propio, el cual si no le sofocára otro sentimiento mas generoso, habia de levantar el grito contra lo que parecia desmedida humillacion, á cuanto podia decir el público al verle entregar su corazon á una hambrienta espigadera, que se tenia por dichosa con que sus segadores le dejasen recoger algun desperdicio de cebada, y mucho mas con que él la convidase á comer entre sus criadas, á cuanto podian decir aquellos y estas cuando él les presentase á la humilde Moabita como señora de la casa y de la hacienda, á quien habian de respetar y obedecer en

adelante si hasta entonces creyeron que hacian una gran cosa en no mirarla con desprecio. Hablando de las cautivas que pasaban á ser esposas de sus vencedores israelitas, me acuerdo que mas arriba no pude menos de decir: ¡bella peripecia! y ahora me violentaria para no repetir: bellísima peripecia y prodigio de la compasion, que Dios inspira en favor de las mujeres.

CAPÍTULO XXII

Compasion de los Profetas para con las mujeres.

El Señor, que es infinitamente justo y pródigo de bondad y misericordia, ha compensado á los pechos mas débiles, mas pobres y mas cuitados con mayor tesoro de agena compasion, á medida de su debilidad, pobreza y desamparo. Por eso mientras mas débil es el sér que padece, mas acreedor le ha hecho á compasion; por eso el hombre atribulado no mueve á compasion tanto como la mujer atribulada; por eso el misericordioso Jehová

en el antiguo Testamento por medio de sus profetas insignes obró tantos prodigios de piedad con mujeres, que se hallaban en tribulacion; por eso suscitó á Daniel para proteger la inocencia calumniada de la acongojada y bellísima Susana.

Esta heroina de conyugal fidelidad rodeada de toda su familia dolorosamente atónita, de sus padres deshechos en lágrimas, de su tierna prole sumergida en un abismo de sentimiento, y de su esposo cubierto de lastimosa confusion, comparece acusada de adulterio en un tribunal de iniquidad, en el cual son jueces y al mismo tiempo delatores y testigos del supuesto crímen dos ancianos, que venera el pueblo allí reunido. Susana es de

la familia mas rica y noble que hay entre los judíos cautivos en Babilonia. Su virtud es notoria, pero ya la tiene por estrella caida del firmamento el consternado y numeroso concurso de gentes, que está esperando oir su acusacion y su sentencia de muerte segun la ley contra el feo delito que se le imputa. Ella temblando cual mujer que espera morir apedreada de un instante á otro, cubre la vergüenza y encendimiento de su hermosísimo semblante con un velo caido sobre sus ojos hinchados de llorar, que de rubor no se atreven á mirar mas que al suelo, y son dos astros de pureza oscurecidos por la angustia. ¡Ay; ay que se le manda descubrirse! ¿Qué pecho no se rompe

de compasion? Los inícuos jueces, cumpliendo la imponente ceremonia, que ordenaba la ley que hiciesen los testigos en cualquiera causa criminal, levantándose con sus canas en medio del pueblo, ponen las manos sobre la cabeza de la infeliz inocente. Ella llorando alza los ojos al cielo, pues su inmaculado corazon tiene puesta su confianza en el Señor.

Los dos ancianos curtidos en la maldad pronuncian jurídicamente el falso testimonio, que le ha de acarrear la muerte, la cual prefirió Susana al crímen, cuando habiéndola sorprendido sola en su jardin, no pudiendo lograr que se rindiera á la torpeza de sus deseos, la amenazaron con la atroz calumnia, que la haria morir

apedreada. Aunque con horror y extrañeza, les dá crédito la muchedumbre como á viejos y jueces del pueblo; y la fiel esposa, verdadero modelo de matrimonial castidad, es sentenciada á mortífero apedreamiento. Con espanto é indignacion de los cielos, pero por nadie defendida ya llevan á Susana al lugar del suplicio; y ella en medio del océano tempestuoso de su desolacion y amargura, levantando el alma hasta el trono de la justicia y misericordia del Eterno, dice en patético lamento acompañado de sollozos: ¡Dios inmortal, para quien nada hay oculto, tú sabes que es falso el testimonio que han dado contra mí! ¡Sabes que muero inocente! *Et ecce morior!*...

Me place la brevedad, la senci-

llez, el fervor, la resignacion y la enérgica protesta de inocencia, que cualquiera notará en estas exclamaciones de una mujer, que sin culpa ya va á morir como una delincuente en horroroso suplicio. Para mí es este un sublime arranque de dolor santo, purísimo y divino, no un *grito de desesperacion* como se lee en el tomo primero de la *Biografía católica* escrita bajo la direccion de Mr. de Genoude (pág. 445). Para que se vea con cuánta ligereza procedió el autor frances al calificar de aquella manera la oracion de Susana, pongo aquí el sagrado texto.

Exclamavit autem voce magna Susanna, et dixit: Deux æterne, qui absconditorum es cognitor, qui nosti omnia antequam fiant.

Tu scis quoniam falsum testimonium tulerunt contra me: et ecce morior, cum nihil horum fecerim quæ isti malitiosé composuerunt adversum me.

Exaudivit autem Dominus vocem ejus. (Daniel. cap. 13, v. 42, 43, 44.)

Los gritos de desesperacion bajan naturalmente al infierno: no conocen mas camino que el del reino de Satán. No fué éste el rumbo que llevó la oracion de Susana, por consiguiente nada hubo en ella de desesperaciones románticas. Atribuirlas como lo hace el filósofo y poeta Mr. Eduardo Alletz en su *Nueva Mesiada* con la Santísima Vírgen pintando sus dolores al pie de la cruz, atribuirlas, digo, á los modelos de perfecta resignacion, que nuestra adorable religion nos propo-

ne para imitarlos, contradiciendo la verdad histórica, es un extravío insufrible, y téngase bien entendido, es prueba de malísimo gusto literario.

Cierto que en tal naufragio solo su excelsa virtud pudo preservar á Susana de estrellarse en el escollo de la desesperacion. El cielo no se desplomaba sobre sus asesinos jueces: la tierra sin abrirse para devorarlos y sin estremecerse consentia tan bárbara injusticia; solo Dios era testigo de su calumniada inocencia, y no volvia por ella.

El inícuo juicio se habia cerrado; la sentencia de muerte está á punto de ejecutarse; ya el pueblo tiene en la mano las piedras, que contra ella va á lanzar; tan terrible

tormento segun la ley lo merecen por duplicado los jueces acusadores por la calumnia y por el pecado que ellos intentaron cometer; y ellos son creidos, y respetados, y el mundo ignora su abominable delito, y triunfan y cumplen su amenaza de vengarse con apariencias legales, disipando para siempre el buen olor de su virtud y cubriendo de ignominia su nombre y de negra confusion y agudo pesar á su esposo, á sus padres y á sus hijos, y ella en tanto ya va á morir apedreada como adúltera infame. ¿Qué hace la víctima Susana, qué hace? ¿Se queja de que duerme la justicia de lo alto? No. ¿Rompe en impetuosas imprecaciones contra aquellos ancianos execrables? No.

¿Descubre al menos que sorprendiéndola en su jardin fueron ellos mismos los que trataron de violarla, y que ella pidiendo auxilio esforzó el grito, y se libró de esta suerte, y ellos viéndose perdidos, dieron mayores gritos para sofocar el suyo é inventaron para cubrir su crimen la calumniosa trama, que con su autoridad hacian prevalecer? No. Conténtase con declarar que muere por un falso testimonio y que muere inocente. Esto era justo, era obligatorio, era preciso, era indispensable. Todo lo demás lo calla. ¡Qué admirable silencio! ¡Cuánto no se violentaria para guardarlo! Explicando el suceso tal como habia pasado, acaso hubiera logrado disipar aquella tempestad, haciéndola

caer sobre sus calumniadores, ó cuando menos hubiera conseguido suscitar en su favor entre la muchedumbre algunas fuertes dudas. Pero ¡ah! su silencio es prudente, es pudoroso, es casto, es caritativo con sus mortales enemigos, es resignado, es sublime, es santo!

Mujeres atribuladas, madres, esposas, hijas, si alguna vez sois blanco de vil calumnia, ó al menos de siniestra y punzante equivocacion, mirad y remirad á esta heroina del antiguo Testamento; seguid con vuestro corazon llagado el vuelo del corazon de Susana al sólio del omnipotente Consolador; y mezclando vuestras lágrimas con las suyas, levantad los ojos á donde ella los levanta. ¿Quedará burlada

vuestra esperanza? No, mil veces no. ¡Mirad, mirad! La multitud de los apedreadores se detiene á la voz de un niño. Dios ha obrado un milagro en favor de la mártir: ha despertado el santo espíritu de un profeta: quiere darlo á conocer por un prodigio de su compasion á una mujer, cuyo confidencial gemido penetró los cielos. Daniel, el profeta de las extraordinarias visiones, el profeta que será asombro de sábios y temblor de grandes reyes sobre sus tronos, ahora viene, ahora se muestra, ahora se acredita, ahora defiende á Susana con su prematura sabiduría y con la autoridad de su ardimiento sobrenatural, ahora vuelve á abrir el juicio, ahora patentiza la inocencia de la acusada,

ahora convence de impostura á los depravados testigos, cuyas almas descienden á los abismos, dejando sus viejos cuerpos fracturados y oprimidos bajo un monton de piedras teñidas de su sangre.

Un asombroso profeta sale de la soledad en que es milagrosamente alimentado. ¿Dónde va? Á buscar fuera de Israél por mandato de Dios la caridad de una viuda. En las inmediaciones de Sarepta, pais de los Sidonios, está recogiendo un poquito de leña una mujer pobre: un venerable peregrino con la santidad en su celestial rostro se acerca á ella, y le dice: «Dáme un vaso de agua:» la mujer corre al instante á traerlo, dejando lo que haciendo estaba: mas no pasa un minuto sin que vuel-

va la cara al oir que el forastero le grita: «Tráeme tambien, te ruego, un bocado de pan en tu mano.» Ella responde con sencilla ingenuidad: «Vive el Señor Dios tuyo, que no tengo pan; solo me queda un puñadito de harina, y una alcucita de aceite; recogia estos dos palos para ir á cocerlo con ellos para mí y para mi hijo, y comérnoslo y despues morir.» Sí, la infeliz está ya resignada á morir; tal es la carestía y el hambre, que aflije al territorio de los israelitas y á los países comarcanos. Sin embargo, en su respuesta no hay acritud, ni reconvencion, porque se le pide con demasiada franqueza, ni resuelta negativa, ni asomo de enfado; no hay mas que la natural y apacible ex-

presion de un alma poseida de melancolía tranquila y profunda, de la melancolía que trae consigo la aproximacion de una muerte inevitable. El desconocido viajero, cuyo aspecto debia indicar algo extraordinario, no solo insiste en su peticion, sino que pretende que se le dé el pan, antes que lo prueben aquella triste madre y su hijo; pero añade una cosa muy particular y muy grande hablando así: «Porque esto dice el Señor Dios de Israél: no faltará tu poquillo de harina, ni menguará el aceite de tu alcuza hasta el dia en que el Señor envie lluvia sobre la haz de la tierra.»

Al principio como que se extraña que nada replique la mujer, y que obedezca con tanta prontitud cuando

en su situacion se requiere para obedecer un heroismo, un prodigio de obediencia. Pero muy luego dejará de extrañarlo quien sepa adivinar lo que es connatural al corazon humano en este ó aquel estado crítico. Y esto de presentar á primera vista alguna inverosimilitud en las circunstancias de los sucesos es muy frecuente en la Sagrada Escritura. Mas pronto se echa de ver con un poco de reflexion, que en aquello mismo que parecia mas extraño y sorprendente hay una admirable conformidad con las tendencias y con los profundos y delicados secretos de nuestro corazon, y se halla un esquisito placer en descubrir esa misteriosa armonía. Así por ejemplo, se comprende la veloz y ciega obediencia de esta mujer,

atendiendo á cómo estaba su alma, y contemplando que todo lo del mundo es indiferente para quien espera morir en un término próximo. Además, aquí mediaba una promesa divina salida de la boca del siervo de Dios, y en las mujeres por lo regular hay mas predisposicion que en los hombres para dar crédito á lo extraordinario y sobrenatural. Suelen tener mas fé, y por lo mismo Dios, que se complace en mostrarse á las almas de purísimo candor, las distingue con especiales favores y dulces prendas de su bondadoso aprecio; como sucedió con esta viuda de Sarepta, la cual habiéndose portado piadosamente con el profeta, que el Señor le enviaba, y amparándole bajo su propio techo, tuvo la dicha

de ver cumplirse con diario prodigio la palabra de su santo huésped. Era este el taumaturgo Elías. Feliz casa la que encierra á tan prodigioso siervo del Altísimo, y que abunda en harina y aceite, mientras en todas las regiones del contorno hay carestía, hambre y desolacion.

¿Y ya no hallará el dolor entrada en este dichoso albergue de las bendiciones del cielo? ¿Se le habrá cerrado toda puerta? No; el dolor no está reñido con los justos, objeto de los carismas y de la predileccion de Dios, pues por serlo no dejan de habitar una tierra que brota espinas. Antes bien los visita para que en medio de sus tristes sombras la virtud de ellos se acrisole, y luego al disiparlas resplan-

dezca con mayor claridad el sol de la divina misericordia.

Murió el ternezuelo hijo de la viuda de Sarepta, y cual si Elías tuviera la culpa de esta muerte, la madre desolada le reconvino ágriamente en el primer ímpetu de su dolor. Consternado el profeta le pidió el cadáver del infante, lo tomó de su maternal seno, se lo llevó á la habitacion en que él dormia, lo puso sobre su cama, y clamando al Señor dijo: ¡Señor Dios mio! ¿aun á la viuda que me dá de comer has afligido quitando la vida á su hijo? Y tendióse y púsose tres veces sobre el niño, y clamó al Señor, y dijo: Señor Dios mio, vuelva te ruego el alma de este niño á sus entrañas. Y oyó el Señor la voz de

Elías; y volvió el alma del niño á entrar en él, y revivió. El profeta coge en brazos al niño, se le lleva á su madre, y se le entrega diciéndole: aquí tienes vivo á tu hijo: *En vivit filius tuus.*

De ningun otro muerto se sabe que hubiese resucitado antes que este niño. El estupendo milagro de la resurreccion se obra por vez primera para consolar á una madre. Se debe á la compasion inmensa con que Dios y su siervo Elías miran la llaga abierta en el pecho de una mujer, y de una mujer sidonia, que no pertenece al pueblo escogido, de una mujer, que aunque digna de indulgencia por el exceso de su amargura, desmerece el portento por su falta de conformi-

dad con las disposiciones del soberano Árbitro de la vida, y por su injusto enfado con el venerando profeta, de una mujer que no se vuelve á Dios en su afliccion, de una mujer que no pide el prodigio y hasta ignora que pueda hacerse. ¿Quién sino el portentoso poderío de la compasion hácia una madre sumergida en desolante duelo impele al Santo de formidable palabra á tenderse sobre un muerto, á juntarse con él, estrechando sus brazos con los suyos, su cuerpo con el suyo difunto, su rostro con el suyo helado, su boca con la suya yerta, y á respirar dentro de ella su vivificante aliento?

Por compasion á otra pobre viuda, cuyos hijos le iban á ser arrancados

por deudora insolvente, el profeta Eliseo multiplica de tal suerte un poquito de aceite, única cosa existente en la casa de aquella desventurada, que con él tiene para pagar sus crecidas deudas y para mantenerse ella y sus hijos. Este prodigio se refiere en el capítulo 4.° del libro 4.° de los Reyes. Allí mismo se lee otro bastante parecido al que hizo Elías con el hijo de la viuda de Sarepta. Es otra resurreccion de un niño, debida tambien á la compasion que inspira al profeta Eliseo una virtuosa madre. La pintura que se nos hace de esta mujer excelente es muy interesante y delicada. Parece que la naturaleza y la virtud se han juntado para dibujar ambas con una misma mano

el sencillo, hermoso cuadro. Todo en él respira una gracia, una naturalidad, una belleza, un encanto: lo componen cinco personas, un profeta y su criado, una señora, su marido y su niño. El profeta es Eliseo, su criado Giezi, Sunamitis la señora; no se dicen los nombres de su esposo y su niño. Ya es viejo el marido de Sunamitis. Ella rica, noble y buena, goza de consideracion en Sunam, por donde suele pasar el siervo de Dios: convídale á comer en su casa, propone á su marido disponerle en lo alto de ella un aposentillo para hospedarle, su esposo condesciende, Eliseo acepta el hospedaje, quiere mostrarse agradecido, hace llamar á Sunamitis y preguntarle en qué podrá servirla.

Ella en su apacible respuesta se presenta cual dechado de modestia y desinterés; insiste el profeta en querer manifestarle su agradecimiento, y no sabe qué merced será mas de su agrado; Giezi con donosa prontitud hace á su amo una indicacion acertada, que envuelve en sí una inocente malicia: «No lo preguntes, le dice, no tiene hijo.» Pasa un año, y Sunamitis se ve inundada de alegría, estrechando á su seno el niño que ha dado á luz.

¡Pero ay! ya crecidito va un dia al campo, adonde estaba su padre, quéjase de la cabeza, se lo traen á su madre, ésta le sienta sobre sus rodillas, y así le tiene con la cabecita calenturienta reclinada sobre su maternal pecho hasta que espira. ¡Qué

imágen! ¡Qué viva y cuán natural imágen de la ternura de una madre con su niño enfermo! Si se me preguntára de qué modo se habia de pintar al amor materno, yo al momento diria: pintad á Sunamitis con su moribundo niño sobre su falda... Contémplala, pintor, y si tienes corazon poético y destreza para expresar lo que tu corazon te dice de ella, harás un cuadro admirable.

Al instante que el niño exhala el último aliento, se lo lleva su madre al cuarto de Eliseo, y lo pone sobre la cama del profeta, allí lo deja encerrado, y ocultando á su marido el tristísimo suceso, llena de confianza en su santo huésped, se va al Carmelo en busca de él. Suplico á los lectores que cuando lle-

guen á este paso en el divino original, que voy á copiar traducido por el Padre Scio, miren por dentro y por fuera á la dolorida Sunamitis corriendo en su enjaezada borriquita, es decir que le observen lo interior del alma y lo exterior tambien, notando sus ojos, su rostro encendido, su impaciencia, su esperanza, la priesa con que se mueve sobre su animal, que va á todo trote, el solícito afan que la devora por llegar á la presencia del profeta, el ningun caso que hace de Giezi contestándole cualquier cosa por no detenerse, y la actitud y efusion de dolor profundo, con que estrecha y baña con sus lágrimas los pies del venerable amigo del Altísimo. Giezi quiere apartarla;

Eliseo, que comprende mejor el sentimiento de una madre, hace que su criado respete mas su angustia, dejándola con indulgencia desahogarse segun los vehementes movimientos de su alma atribulada. ¡Cómo insiste la madre! ¡Cómo se rinde á todo la compasion de Eliseo! ¡Cuán tierna, cuán activa se muestra! ¡De qué modo tan patético obra el prodigio de la resurreccion del niño!

8. Acaeció asimismo que pasaba Eliseo un dia por Sunam, y habia allí una mujer de consideracion, que le hizo detener para comer; y como pasase por allí muchas veces, se entraba á comer en su casa.

9. Y ella dijo á su marido: Veo que este hombre que pasa frecuen-

temente por nuestra casa es un hombre santo de Dios.

10. Hagámosle pues un aposentillo, y pongámosle en él una cama y una mesa, y una silla, y un candelero, para que cuando viniere á casa se recoja en él.

11. Acaeció pues que un dia vino él, y entróse en el aposento, y descansó allí.

12. Y dijo á su criado Giezi: llama á esta Sunamitis. Y habiéndola él llamado, y puéstose ella delante de él,

13. Dijo á su criado: Dile: Yo veo que nos has asistido con esmero en todo, ¿qué quieres que haga yo por tí? ¿Tienes algun negocio, y quieres que hable al rey ó al general de las armas? Ella respondió:

Yo vivo en medio de mi pueblo.

14. Y dijo: ¿Qué quieres pues que haga por ella? Y respondió Giezi: No se lo preguntes: ella no tiene sucesion, y su marido es viejo.

15. Mandóle pues que la llamase; y habiéndola llamado, y parándose ella á la puerta,

16. Le dijo: En este tiempo y en esta misma hora, si Dios te diere vida, tendrás un hijo en tus entrañas. Y ella respondió: No quieras por tu vida, Señor mio, hombre de Dios, no quieras engañar á tu sierva.

17. Y concibió la mujer, y parió un hijo en el mismo tiempo y en la misma hora que habia dicho Eliseo.

18. Y el niño creció. Y habiendo salido un dia para ir á su padre, que estaba con los segadores,

19. Dijo á su padre: Me duele la cabeza, la cabeza me duele. Y él dijo á un criado: Tómale, y llévale á su madre.

20. Y habiéndole él tomado y llevado á su madre, túvolo ella sobre sus rodillas hasta el mediodia, y murió.

21. Mas ella subió, y púsole sobre la cama del hombre de Dios, y cerró la puerta; y habiendo salido,

22. Llamó á su marido, y díjole: Envia conmigo, te ruego, alguno de los criados y una asna, que iré corriendo hasta donde está el hombre de Dios y me volveré.

23. Él le dijo: ¿Por qué quieres ir á él? Hoy no son calendas ni sábado. Ella respondió: Quiero ir.

24. É hizo aparejar el asna, y dijo al criado: Guíame, y dáte priesa, y no me hagas detener en el camino: y haz lo que te mando.

25. Partióse, pues, y fuése en busca del hombre de Dios al monte Carmelo; y cuando la vió el hombre de Dios que venia á encontrarle, dijo á Giezi su criado: Mira: aquella es la Sunamitis.

26. Sal pues con diligencia á recibirla, y dile: ¿Te va bien á tí y á tu marido y á tu hijo? Ella respondió: Bien nos va.

27. Y como hubiese llegado al monte al hombre de Dios, arrojóse á sus pies, y llegóse Giezi para

apartarla. Y díjole el hombre de Dios: Déjala: porque su ánima se halla en amargura, y el Señor me lo ha encubierto, y no me lo ha manifestado.

28. Ella le dijo: ¿Acaso te pedí yo un hijo, Señor mio? ¿No te dije yo: Que no me engañáras?

29. Y él dijo á Giezi: cíñete, y toma mi báculo en tu mano y marcha. Si te encontrare alguno, no le saludes: y si alguno te saludare no le respondas: y pondrás mi báculo sobre la cara del niño.

30. Mas la madre del niño dijo: vive el Señor, y vive tu alma que no te dejaré. Con esto se puso él en camino, y fuéla siguiendo.

31. Mas Giezi habia ido delante de ellos, y habia puesto el báculo

sobre la cara del niño, y no tenia voz, ni sentido: y volvióse en busca de Eliseo, y dióle aviso, diciendo: No ha resucitado el niño.

32. Entró, pues, Eliseo en la casa, y vió el niño muerto, que estaba tendido sobre su cama.

33. Y habiendo entrado, cerró la puerta sobre sí, y sobre el niño: é hizo oracion al Señor.

34. Y subió, y echóse sobre el niño: y puso su boca sobre la boca de él y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos: y encorvóse sobre él, y entró en calor la carne del niño.

35. Y él descendiendo, se paseó por la casa una vez de acá por allá: y subió, y se tendió sobre él: y el niño bostezó siete veces, y abrió los ojos.

36. Entonces él llamó á Giezi, y le dijo: llama á esa Sunamitis. Y habiéndola llamado entró á donde él estaba. Y él le dijo: toma tu hijo.

37. Llegó ella, y arrojóse á sus pies, y le veneró postrada en tierra: y tomó su hijo, y se salió.

CAPÍTULO XXIII.

Sucesos extraños de las mujeres.

Leyendo la Sagrada Escritura y reflexionando sobre sus bellezas, he observado que lo que es bueno y aun excelente en literatura, muchas veces no lo es fuera de lo escrito. Así en una obra literaria son en alto grado interesantes las mujeres de singulares aventuras, que al hombre de juicio no suelen agradar para esposas. Y en efecto, parece que para el matrimonio son preferidas por los varones sensatos aquellas, cuya vida se asemeja á un arro-

yuelo manso y cristalino mas que á un torrente, del cual se cuenten hazañas de desbordacion, aunque este ofrezca á la memoria recuerdos mas poéticos y sublimes. Pero como quiera que los lectores de la Biblia no han de buscar en ella esposas para sí, cuantas mujeres encuentren pertenecerán al órden literario, y por consiguiente serán para ellos tanto mas bellas cuanto mas extraordinarios y singulares sean los sucesos de su vida y mas raras las imágenes con que se pinten en su fantasía.

En este supuesto me limitaré á indicar que además de las esclarecidas mujeres, de que hasta ahora he hecho mencion, hay en la Biblia una muchedumbre de ellas, que

aun prescindiendo de otras consideraciones, solo por este título forman y constituyen una de las grandes bellezas de aquel sagrado libro. Y á la verdad, ¿á qué imaginacion no se presenta como un cuadro interesantísimo y sorprendente ese millon y medio de mujeres israelitas, que salieron de Egipto para dirigirse á la tierra de promision por un camino sembrado de prodigios, lleno de escenas maravillosas, y como henchido de sublimidad y de asombro? He dicho millon y medio, porque la mayor parte de los expositores convienen en que el pueblo escogido cuando salió de Egipto, se componia cuando menos de tres millones de almas, supuesto que eran seiscientos mil los que podian llevar

las armas. Natural es que por lo menos una mitad fuese de mujeres, como sucede en toda provincia ó reino; pero aquí aun habia de subirse el número de mujeres, pues el de los hombres debió haberse disminuido notablemente tanto con la órden bárbara del monarca de Egipto, que obligaba á echar al Nilo á todos los recien nacidos niños hebreos, como porque no podia menos de ser grande el de los que pereciesen al rigor de los trabajos insoportables con que se les abrumaba en aquel pais de cautiverio y de inhumana tiranía.

De tal modo aquel ejército del Señor, lo que nunca se ha visto, marchaba con muchas mas mujeres que combatientes. Solo esta idea por

lo particular é inaudita es bella, muy bella. Considérese cuánto mayor movimiento y agitacion habria en los corazones si los soldados, los capitanes, los coroneles, los generales, y en una palabra, cuantos entran en combate tuvieran que pelear, ser heridos y morir á la vista, ó cuando menos á poquísima distancia de sus madres, de sus hijas y esposas: esto sucedia en aquellos cuarenta años de batallas y campamentos, en los cuales al lado de los guerreros iban por el desierto madres, hijas y esposas, niñas y ancianas decrépitas. Las habria de ocho años, de doce, de quince, de veinte, de veinte y cinco, de treinta, de treinta y seis y cuarenta, y de cincuenta, y de sesenta y de setenta y ochen-

ta y mas años, pues consta que María, hermana de Moisés, que fué una de las que hicieron aquella memorable peregrinacion, murió á la edad de ciento y treinta.

De ellas muchas eran niñas muy tiernas cuando al salir de Egipto pasaron por en medio de las dos murallas de agua en que se dividió el mar Rojo, y llegadas al otoño de la vida no se acordaban de la tierra en que nacieron. De ellas, muchas vinieron á la luz del mundo en el prodigioso viaje, en medio del interminable desierto, tal vez en los mismos dias en que el pueblo-ejército luchaba con los reyes y las naciones que se oponian á su tránsito, acaso á la falda del Sinaí, cuando los campos circunvecinos re-

temblaban al pavoroso estampido de los truenos anunciadores de la presencia de Dios, acaso cuando sus padres y una gran porcion de sus parientes perecian por las mordeduras de las mortíferas sierpes, acaso cuando los muros de Jericó caian al estruendo de las trompetas sacerdotales, ó cuando granizo y piedra del cielo desbarataba las tropas coligadas contra Gabaon. De ellas, infinitas quedaron muertas antes de entrar en el territorio de su esperanza y de la posesion de sus hijos. Muerte triste seria la suya viendo frustrado el vehemente deseo de la mayor parte de su vida, y dejando todavía de viaje y sin hogar ni asiento y con peligros y mil y mil obstáculos que superar á su amada familia,

antes de que llegase al prometido puerto de su descanso. Siempre es doloroso el morirse una mujer, porque siempre ama y deja en el mundo alguna persona querida; pero morir en un desierto cual morian las israelitas, cuyos vínculos de amor necesariamente habian de ser por las circunstancias en que se hallaban muy fuertes y muy tiernos, ¡ay! es cosa cruel sobre toda ponderacion. ¡Cuántas Raqueles en aquellos cuarenta años de camino cerrarian los ojos á la luz del dia entre dolientes suspiros, dejando abandonados Benjamines recien nacidos y ahogadas en un mar de sentimiento otras queridas prendas de su corazon!

Las que al fin de la jornada larguísima contaban cinco lustros, con

toda verdad podian asegurar que sus ojos y su boca no se habian alimentado mas que de prodigios y de escenas grandes y magníficas, que no se habian sustentado sino con un manjar llovido de los cielos y con milagrosas codornices. Vieron los portentos de la vara de Moisés, y bebieron las aguas sacadas prodigiosamente del peñasco, y asistieron á la solemne y aterradora promulgacion de la ley escrita, y ante sus ojos se desplegó el nuevo aparato y las nuevas solemnidades y ceremonias del culto y religion, que habia de durar hasta que el velo del templo se rasgase en la muerte del divino Mesías, y se estremecieron con las horrorosas matanzas con que por sus pecados é infidelidad, el furor

del Altísimo diezmó varias veces á aquel pueblo peregrino.

No hay duda en que el corazon de la mujer por lo regular se exalta mas que el del hombre, y en ella el asombro es mayor, mas penetrante el terror, mas viva la compasion, mas hervorosa la alegria, mas estremado el sobresalto en las situaciones muy patéticas. ¡Pues cuánta no seria la diversidad casi infinita de afectos y de ardientes sentimientos, que como las olas del mar, ya en tempestad, ya en plácida bonanza, se fuesen sucediendo en los conmovidos corazones de esas innumerables israelitas, doncellas y matronas, viejas y niñas, que por tantos años viajando en pos de la milagrosa columna de fuego fueron

objeto de los mas asombrosos portentos de la Omnipotencia! Vieron ellas y tocaron la manifestacion sublime de las magnificencias divinas, y gozando de la pompa celestial, de las revelaciones y de la intimidad del Excelso, á quien servian los elementos cual humildes vasallos y aguerridos soldados, secándose los mares, abriéndose en las rocas las fuentes de las aguas donde no las habia, volando las tempestades al socorro del pueblo escogido, las pestes á devorarlo cuando pecaba, un fuego oculto á consumir las entrañas de los sacrílegos, y el sol y toda la naturaleza obedeciendo á los lugar-tenientes de Dios! Todo esto mas es para contemplado que para dicho. En el desierto corazo-

nes de mujeres tan pronto culpables como arrepentidos, ora blanco del furor devorante del Eterno irritado, ora vaso predilecto en que el Señor derramaba los inmensos raudales de su misericordia admirable y magníficamente pródiga y ostentosa...

El capítulo duodécimo del libro de los Números refiere un suceso singular de una mujer célebre. Yo admiro en él lo mas solemne y misterioso del verdadero sublime y una novedad extraordinaria. Hélo aquí en la traduccion del P. Scio.

1. Y habló María y Aaron contra Moisés á causa de su mujer la Ethiopisa,

2. Y dijeron: ¿Pues qué ha hablado el Señor por solo Moises? ¿No

nos ha hablado á nosotros tambien del mismo modo? Lo cual oido por el Señor,

3. Porque Moisés era el hombre mas manso de todos los que moraban sobre la tierra,

4. En el mismo punto le habló á él y á Aaron y á María: venid vosotros tres tan solamente al Tabernáculo de la alianza. Y luego que llegaron,

5. Descendió el Señor en la columna de nube, y paróse á la entrada del Tabernáculo llamando á Aaron y á María. Los cuales luego que fueron allá,

6. Díjoles: oid mis palabras: Si alguno fuere entre vosotros profeta del Señor, yo le apareceré en vision, ó le hablaré por sueños.

7. Mas no así á Moisés, que es el siervo mas fiel que tengo en toda mi casa:

8. Porque le hablo boca á boca: y él claramente y no bajo de enigmas y figuras ve al Señor: ¿Pues cómo no habeis temido hablar mal de mi siervo Moisés?

9. Y enojado contra ellos, retiróse:

10. Se apartó tambien la nube, que estaba sobre el Tabernáculo: y al instante compareció María toda cubierta de lepra blanca como la nieve. Y cuando Aaron la miró, y la vió cubierta toda de lepra,

11. Dijo á Moisés: ruégote, Señor mio, que no cargues sobre nosotros este pecado que neciamente hemos cometido,

12. Y que esta no sea hecha como muerta, ó como un aborto que es arrojado del vientre de su madre. Ved que la lepra ha devorado ya la mitad de su carne.

13. Y clamó Moisés al Señor, diciendo: ruégote, ó Dios, que la sanes.

14. Respondióle el Señor: ¿Si su padre le hubiera escupido en la cara, no debiera quedar cubierta de vergüenza siquiera por siete dias? Que esté apartada fuera del Real por siete dias, y despues se la hará volver.

15. Fué pues echada María fuera del Real por siete dias; y el pueblo no se movió de aquel lugar, hasta que se hizo volver á María.

Dios mismo bajando de la excel-

situd de su trono á castigar la murmuracion de una mujer, apareciéndosele y llamándola aparte, y reprendiéndola enérgicamente y desapareciendo indignado, la capitana de las doncellas de Israél, que al otro lado del mar Rojo entonó el cántico de victoria, cubriéndose de lepra repentinamente por castigo divino, toda una nacion viajera detenida en su marcha siete dias por una sola mujer arrojada del campamento por órden del supremo Juez de los cielos, y que hasta volver ella no se pone en movimiento, son imágenes tan grandes como extrañas y singulares, y que de María hermana de Moisés hacen una mujer incomparable á su modo. Mujeres murmuradoras, que dentro de la

boca teneis en vez de lengua una maligna tijera, plugo á Dios poner en su divina Biblia esa imágen tan sorprendente para que os llamase la atencion...

No transcurrió mucho tiempo sin que sucediese entre las mujeres del pueblo de Dios el caso mas raro que imaginarse pueda en materia de matrimonios. Las once tribus, justamente coligadas contra la de Benjamin, le habian hecho la guerra de un modo tan bárbaro y atroz, que exterminaron hasta los niños y todas las mujeres, sin haberse salvado de su inhumano furor mas que seiscientos hombres puestos al abrigo de la roca de Remón en el desierto, donde permanecieron por espacio de cuatro meses. Toda la demás gente

de aquella tribu fué pasada á cuchillo sin perdonar ni aun á las bestias, ni á las inofensivas paredes de sus aldeas y ciudades, pues todas ellas cayeron reducidas á pavesas por la voracidad de las llamas. Consumada la destruccion, lloró la nacion israelita la muerte de una de sus tribus, y quiso reparar en lo posible tan espantosa calamidad, obra de sus propias manos; y para ello enviando mensajeros de paz á los seiscientos Benjamitas guarecidos en el peñasco de Remón, se propuso darles otras tantas mujeres á fin de que repobláran el devastado territorio de Benjamin. ¿De dónde empero sacar tantas esposas mediando un solemne juramento hecho por todas las tribus en aquella guerra, por el cual se

obligaron á que ninguna de sus hijas se casára con hombre de la de Benjamin? Otro inconsiderado y crueliísimo juramento, producto lastimoso de la ciega exacerbacion de los ánimos, les sugirió el medio de salir de tantas dificultades: tambien habian jurado dar muerte á cuantos no concurriesen á aquella guerra fratricida: los únicos que faltaron fueron los moradores de Jabes-Galaad, y las once tribus, para cumplir sus temerarios juramentos, tomaron la resolucion de hacer por fuerza esposas de los Benjamitas á las doncellas que se hallasen en Jabes-Galaad y acuchillar al resto de sus habitantes. Así se hizo. Diez mil feroces guerreros encargados de la sangrienta ejecucion, introdujeron

horriblemente las puntas de sus espadas en los pechos y entrañas de las ancianas matronas, de las niñas y de los niños, de las jóvenes casadas, de los indefensos viejos y de todos los varones robustos ó enfermos de aquella desventurada ciudad, sin dejar con vida mas que á las doncellas casaderas, á las cuales llevaron consigo para entregarlas á maridos, cuyas caras nunca habian visto. Cuatrocientas eran las infelices.

¿Es buen dia para casarla el dia que una tierna jóven llorosa ve morir sangrientamente á sus hermanos y hermanas, á su padre querido y á su madre idolatrada? ¿Y con quién se la casa? Con un hombre desconocido, que perdida su fa-

milia y su fortuna, llora sobre las cenizas de su casa paterna, sobre la desolacion de su pueblo destruido é incendiado, y sobre los mutilados cadáveres de todos sus amigos y de todos sus parientes. ¡Ó mujeres, á quienes Dios, de esta ó de aquella manera, os pone en los lábios el cáliz del dolor para que lo probeis, sea cual fuere vuestra desgracia, sea cual fuere la porcion de amargura que os embriaga, mirad, considerad! No sois tan desdichadas como esas cuatrocientas jovencitas de Jabes-Galaad. Bendecid al Señor, porque no es tan grande ni tan acerbo vuestro infortunio.

Sin embargo, un consuelo, un desahogo, un bien se proporcionaba á aquellas jóvenes, abismo de

desolacion, el de mezclar su llanto con el de sus nuevos esposos, su indecible sentimiento, su profundo duelo, la inmensidad de su tribulacion, la agonía de sus almas con el sentimiento, con el duelo, con el océano de tribulacion en que los corazones de ellos estaban sumergidos. Quien conozca la naturaleza del dolor apreciará debidamente lo que serian aquellas inefables efusiones de dolor entre los nuevos esposos. Ellas cayendo desmayadas entre los brazos de los Benjamitas, á quienes las entregaban por esposas, en vez del vínculo del amor hallarian el del dolor, sintiendo los latidos de angustia, que daban los corazones de sus nuevos esposos junto á los corazones de ellas, correspondiéndose

con ayes, con suspiros y con fuertes vibraciones de agudo sentimiento... Á tan patética imágen, mas lúgubre que el final abrazo de Niso moribundo al sangriento cadáver de su querido Eurialo, acompaña una idea graciosa, extravagante, singular en toda la extension de la palabra. ¡Cuatrocientos casamientos!... Cuatrocientos en un mismo dia y entre personas que ni se quieren ni se conocen, y á la fuerza, debiéndo ser este el acto mas espontáneo de la vida. Sería de ver cuatrocientas novias en la ceremonia de su desposorio, todos ellas con los tristes ojos hinchados y enrojecidos de llorar la destruccion de sus familias y la vertida sangre de sus padres y madres. ¡Cómo estarian sus pechos en aquel

solemne momento para otras de tanto regocijo y dicha! No obstante, eran ellas las únicas de su pueblo á quienes se habia conservado la vida, las únicas que habian sobrevivido á tanto estrago, y este pensamiento de salvacion propia, que al fin la vida es un bien aun en medio de los mayores infortunios, formaria en sus almas un maravilloso contraste con su imponderable pesar. No pensaban en ser esposas tan pronto y ¡ay! que han venido á serlo repentinamente por un camino de sangre y desolacion.

Como los Benjamitas eran seiscientos, y no pasaban de cuatro centenares las jóvenes de Jabes; quedaron doscientos sin casarse, los cuales por mandato de la pública

autoridad de la nacion, se proveyeron de mujeres emboscándose en unas viñas á las inmediaciones del Silo, en ocasion de celebrarse gran fiesta en dicha ciudad, donde estaba por entonces el tabernáculo del Señor; y saliendo de repente y sorprendiendo á una muchedumbre de doncellas, que alegremente bailaban en el campo con motivo de la solemnidad, arrebataron doscientas, llevándose cada uno por esposa á la primera que pudo haber á las manos, ó á la que le pareció mejor en aquel pronto. Dejo á la consideracion de los lectores las reflexiones morales y religiosas, que condenan la conducta del senado de Israél; y por lo mismo que este es un suceso, que por mas que se le quiera

justificar, siempre conserva mucho de escandaloso, no quiero decir nada del cuadro divertido que ofrece á la fantasía, prescindiendo de su moralidad. Aunque yo lo calle, cualquiera tiene derecho para figurarse el modo extraordinario con que se acabó el inocente baile de las doncellas de Silo, y todo lo trágico-cómico de tal escena compuesta de mas de doscientas escenas, que aunque sucedian á un mismo tiempo y en un mismo sitio y á un mismo propósito, presentarian una graciosa variedad de circustancias.

Nada hay en la sagrada Escritura que algo no envuelva de grande. De estos seiscientos matrimonios improvisados renació la tribu de Benjamin.

No creo que en ninguna historia

profana se halle cosa parecida á lo que se cuenta en el libro tercero de los Reyes: un viaje científico de una reina opulenta. La reina Sabá deja su trono y su corte y las muelles conveniencias de su palacio, sin que la arredren ni las incomodidades de un dilatado camino, ni lo que podrán decir de ella las gentes de dentro y fuera de su reino, por ir á larga distancia á cerciorarse por sí misma de la sabiduría de Salomon, por conocer y oir á un sábio. Esto es bello. Yo quiero á la reina Sabá. Esta reina merece una composicion poética. Digo que la merece: quédese para otro el cantarla, que yo ahora voy á admirar el silencio de otra reina.

1. En aquel tiempo enfermó Abía, hijo de Jeroboam.

2. Y dijo Jeroboam á su mujer: ve, y muda de vestido, para que no te conozcan que eres la mujer de Jeroboam: y ve á Silo, en donde está Ahías profeta, el que me anunció que habia de reinar sobre este pueblo.

3. Toma tambien en tu mano diez panes y una torta y una botija de miel, y vete á él; porque él te dirá lo que ha de acaecer á este niño.

4. La mujer de Jeroboam lo hizo como se lo habia dicho: y levantándose partió á Silo, y llegó á casa de Ahías: mas él no podia ver, porque se le habian oscurecido los ojos por la vejez.

5. Mas el Señor dijo á Ahías: Ahí tienes á la mujer de Jeroboam que entra á consultarte sobre su hijo que está enfermo: esto y esto le dirás:

Entrando pues ella y disimulando ser la que era,

6. Oyó Ahías el ruido de sus pies cuando entraba por la puerta y dijo: entra, mujer de Jeroboam: ¿por qué te finjes ser una otra? mas yo soy enviado á ti para darte una dura nueva.

7. Ve, y di á Jeroboam: esto dice el Señor Dios de Israél: por cuanto te ensalcé de en medio del pueblo y te puse por caudillo sobre mi pueblo de Israél:

8. Y dividí el reino de la casa de David, y te lo di, y no fuiste como mi siervo David, que guardó mis mandamientos, y me siguió de todo su corazon, haciendo lo que era agradable á mis ojos:

9. Sino que has obrado el mal sobre todos cuantos hubo antes de tí,

y te hiciste dioses agenos y de fundicion para provocarme á enojo, y me has echado á las espaldas:

10. Por tanto mira que yo traeré males sobre la casa de Jeroboam, y destruiré de la casa de Jeroboam hasta los perros, y lo encerrado, y lo postrero en Israél: y barreré los resíduos de la casa de Jeroboam, como suele barrerse el estiercol hasta que no queda rastro.

11. Los de la casa de Jeroboam que murieren en la ciudad, serán comidos de los perros: y los que murieren en el campo serán devorados por las aves del cielo, por cuanto el Señor ha hablado.

12. Tú pues levántate y vete á tu casa; y en el punto mismo en que entrarás tú en la ciudad morirá el niño.

13. Y llorarle ha todo Israél, y lo enterrará: porque solo este de la casa de Jeroboam será puesto en sepulcro, por cuanto ha hallado en él cosa buena el Señor Dios de Israél entre los de la casa de Jeroboam.

14. Y el Señor se ha escogido un rey sobre Israel, que arruinará la casa de Jeroboam en este dia, y en este tiempo.

15. Y el Señor Dios agitará á Israél, como suele moverse la caña en las aguas; y desarraigará á Israél de esta buena tierra que dió á sus padres, y los aventará á la otra parte del rio; por cuanto se han consagrado bosques para irritar al Señor.

16. Y el Señor entregará á Israél por los pecados de Jeroboam, que pecó, é hizo pecar á Israél.

17. Levantóse pues la mujer de Jeroboam; y fuése, y vino á Thersa, y cuando ella puso el pié en el umbral de la casa murió el niño.

(Lib. 3. de los Reyes, cap. 14, *traduccion del P. Scio.*)

El silencio de la sagrada Biblia acerca del dolor inconcebible, que partiria el alma de esta madre reina y de lo que ella pudo exclamar sollozando al oir las terribles y fatídicas palabras del profeta anciano y ciego no es propio de hombres; es cosa del adorable Espíritu divino, que dictaba las páginas de ese libro, que los siglos admiran sin poderlo analizar ni penetrar completamente aun entre todos juntos. Ora enmudeciese de dolor la reina esposa de Jeroboam, en cuyo caso tal enmudecimiento seria patético en una madre,

y lúgubremente sublime en una princesa reinante, ora habiendo ella prorumpido en ayes y suspiros de mortal angustia, no haya hecho el historiador inspirado ni una breve mencion de los gemidos de una madre y de una reina en semejantes circunstancias, este silencio es grande, majestuoso y divino. ¿Qué otro escritor lo hubiera guardado? Lejos de aquí, profanos, los que no teneis penetracion bastante para introduciros con la mente asombrada en el santuario de las misteriosas bellezas del libro de la Divinidad. No olvideis que una obra divina ha de tener muchos caractéres exclusivamente suyos, que en gran manera la distingan de las producciones del ingenio y corazon de los mortales. Si quisiéseis pintar este pa-

sage de la historia santa con vuestra pluma terrena, y poner en boca de la esposa de Jeroboam lo mas tierno, lo mas expresivo, lo mas doloroso, lo mas vehemente, lo mas sentimental que se os pudiera ocurrir figurándoos al trazar tales líneas de fuego que érais la madre, á quien el profeta anuncia la muerte de su hijo y el tremendo castigo que el Excelso guarda para toda su familia en los tesoros de su ira omnipotente, yo cerraria vuestro libro para releer el capítulo catorce del libro tercero de los Reyes, viendo con los ojos de la exaltada fantasia al profeta ciego y á la reina, á quien habla en nombre de Dios. ¿Qué pintor me representaria á esa madre en la actitud en que yo la concibo? ¿Cómo expresaria lo que

pasaba en su alma y en su corazon? Hay ocasiones en que el pincel mas admirable es el silencio.

Verdaderamente que en la Escritura santa se encuentra con frecuencia eso que yo llamo majestad de su silencio. Otra prueba de esto es el capítulo primero del libro de Esther. La repentina caida de la reina Vasthi desde una excelsa cumbre de gloria y poderío ni una sola palabra le merece, como que las cosas mas dignas de asombro son pequeñas, son nada delante de Dios. Pero á mí, que soy un mezquino mortal, amigo de observar y notar lo magnífico y lo bello de la Biblia, me place embellecer esta obra copiando el citado capítulo, como que puede servir de ejemplo la reina

Vasthi entre las mujeres, que en el antiguo Testamento se distinguen por extraña singularidad.

1. En los dias de Asuero, que reinó desde la India hasta la Etiopia sobre ciento y veinte y siete provincias:

2. Cuando se sentó sobre el solio de su reino, fué Susán la ciudad capital de su reino.

3. Y en el año tercero de su imperio hizo un grande convite á todos los príncipes y gentes de su córte, á los mas valerosos de los Persas, é ilustres de los Medos, y á los gobernadores de las provincias asistiendo él mismo.

4. Para ostentar las riquezas de la gloria de su reino, y mostrar la grandeza de su poder por mu-

cho tiempo, es á saber, de ciento y ochenta dias.

5. Y cuando se cumplian los dias de este convite, convidó á todo el pueblo que se hallaba en Susán, desde el mayor hasta el menor: y ordenó que por siete dias se aparejase el convite en el átrio del jardin, y del bosque que estaba plantado de real mano y con magnificencia real.

6. Y pendian por todas partes pabellones de color celeste y blanco y de jacinto, sostenidos de cordones de finísimo lino y de púrpura que pasaban por anillos de marfil, y se sostenian en columnas de mármol. Habia tambien dispuestos lechos de oro y de plata, sobre el pavimento solado de esmeraldas y de

mármol de Paros: embutido en variedad admirable de figuras.

7. Y los convidados bebian en vasos de oro, y las viandas se servian en vajillas siempre diferentes. Se servia asimismo vino en abundancia, y excelente, como correspondia á la magnificencia de un rey.

8. Y ninguno forzaba á beber á los que no querian, sino como el rey lo habia ordenado, haciendo asistir uno de sus grandes á cada mesa para que cada uno tomase lo que gustase.

9. La reina Vasthi habia hecho tambien un convite á las mujeres en el palacio, en donde solia residir el rey Asuero.

10. Y el dia séptimo, estando

el rey mas alegre, y en el calor del mucho vino que habia bebido, mandó á Maumán y Bazatha y Harbona y Bagatha y Abgatha y Zetthar y Carcas, siete Eunucos que asistian á su servicio,

11. Que hiciesen venir á la presencia del rey á la reina Vasthi con la corona puesta sobre su cabeza, para hacer ver su hermosura á todos los pueblos y magnates; porque era en extremo hermosa.

12. Ella lo rehusó, y con toda la órden del rey que le habia enviado por los Eunucos, no quiso ir. Por lo que indignado el rey, y encendido en grande cólera,

13. Preguntó á los sábios que le asistian siempre segun uso de los reyes, y por su consejo se gober-

naba en todo, por cuanto sabian las leyes y los derechos antiguos.

14. Y los principales y mas cercanos eran Carsena y Setár y Admatha y Tarsis y Mares y Marsana y Mamucán, siete príncipes Persianos y Medos que veian la cara del rey, y que solian tener asiento los primeros despues de él,

15. Á qué pena estaba sujeta la reina Vasthi por no haber querido obedecer la órden del rey Asuero, que le habia enviado por los Eunucos.

16. Y respondió Mamucán en presencia del rey y de los grandes: la reina Vasthi no ha ofendido solo al rey, sino tambien á todos los pueblos y príncipes que hay en todas las provincias del rey Asuero.

17. Porque lo que ha hecho la

reina llegará á noticia de todas las mujeres, para que tengan en poco á sus maridos, y digan: el rey Asuero mandó que se presentase á él la reina Vasthi, y ella no quiso.

18. Y con este ejemplo todas las mujeres de los príncipes Persianos y Medos desdeñarán los mandamientos de los maridos: por lo cual es justa la indignacion del rey.

19. Si lo tienes á bien, haz que se publique un edicto, y que se escriba segun la ley de los Persas y de los Medos, que no es permitido violar, que la reina Vasthi no vuelva á entrar ya mas á la presencia del rey, sino que reciba su reino otra que sea mejor que ella.

20. Y esto sea publicado por todo el dominio de tus provincias que

es muy dilatado, y todas las mujeres tanto de grandes como de pequeños darán honra á sus maridos.

21. Pareció bien el consejo al rey y á los grandes: y lo hizo el rey conforme al consejo de Mamucán.

22. Y envió cartas á todas las provincias de su reino en diversas lenguas y caractéres, segun cada nacion lo podia entender y leer, diciendo que los maridos son los dueños y los superiores en sus casas: y que esto se publicase por todos los pueblos.

(Traduccion del P. Scio.)

CAPÍTULO XXIV.

Heroísmo de las mujeres.

Ilustres mujeres tuvo el pueblo de Dios, que con belicoso esfuerzo despedazaron su yugo de extranjera tiranía. Tal vez en una época en que ocupan tres señoras los tronos de Inglaterra, España y Portugal, no parecerá tan extraño ver á Débora gobernando á la nacion israelita; profunda empero es la diferencia, pues aquí rige la máxima de que el rey reina y no gobierna, por lo cual las princesas constitucionales no hacen mas que poner su firma

al pie de los decretos y leyes, que sus ministros les presentan; mientras que la profetisa Débora con celestial sabiduría juzgaba por sí misma al pueblo á la sombra de una palmera. Bella y encantadora imágen. Contempladla, poetas, porque bien merece vuestras atentas miradas la excelsa poetisa, cuyo sublime cántico hoy admiramos como uno de los mas preciosos monumentos de la sagrada inspiracion del Oriente.

Gemia su patria bajo la opresion de Jabin, poderoso rey de Asor. Sus caminos lloraban su soledad, porque los de Israél, por miedo de la muerte no se atrevian á salir de sus propias casas, ó iban temblando por escondidos senderos. Los

campos que cultivára ¡ay en vano! el sudor del labriego hebreo, daban su fruto á las rapaces manos de sus crueles opresores. No habia ni una lanza ni una espada, que levantarse pudiera contra el comun enemigo. Pero el espíritu del Señor estaba con Débora bajo la palma del monte de Efraím. La profetisa llama á Barac y le dice: Levanta un ejército de diez mil hombres, condúcelo al Tabor y deshaciendo con él el poderío de Sísara, pon término á la opresion de nuestra patria.»

Barac es hombre de valeroso ardimiento; mas el mandato que oye, le parece superior á todo esfuerzo, y así no se atreve á acometer por sí solo la heróica empresa. Para aceptar el cargo de libertar á su

patria pone una condicion, que denota el altísimo concepto en que tiene á Débora todo el pueblo, y la esperanza que funda en su ánimo sobrehumano. « Si tú vienes conmigo, le responde, iré, si no, no voy.—Yo marcharé contigo, replica Débora, pero esta vez no se atribuirá á tí la victoria, porque en manos de una mujer será Sísara entregado.» Diríjense al monte Tabor, monte escogido para grandes prodigios. Sísara, al oir que allí se reunia alguna gente contra él, junta su numeroso ejército compuesto de doscientos cincuenta mil hombres, segun pretenden varios autores, y reforzado indudablemente con novecientos carros de guerra, pues así lo dice la sagrada Escritura. Trábase

el combate á la márgen del gran torrente Cison: los hijos de Zabulón y de Neptalí se precipitan á la muerte, y la fulminan á las huestes contrarias como tempestad de rayos. No hay resistencia á su brazo. Las ondas del inmediato torrente enrojecidas con la sangre de los vencidos ora absorben en sus profundidades muchedumbre de cadáveres, ora los arrojan á su orilla, ora los arrastran en su violento curso, y ora juegan con ellos sumergiéndolos y levantándolos sobre su voraginosa corriente. No cuidan los vencedores de recoger los ricos despojos de los bárbaros ya fugitivos: no tienen sed sino de sangre; y corren en pos de ellos hasta sepultar en sus corazones las vengadoras espadas.

En esta fiera lid el mismo cielo es soldado de Débora: las estrellas pelean en su favor y hacen guerra á Sísara, quien desesperado huyendo solo á esconderse en la cueva de algun monte ó en la enramada espesura de alguna selva, halla una casa hospitalaria, donde se entra á tomar algun poco de aliento, mientras á su madre inquieta por su tardanza en volver se le dice que estará entretenido en despojar á los enemigos de sus mas preciosas joyas ó en escoger para sí la mas linda de las doncellas cautivas. Jael es el nombre de la mujer que le ha hospedado bajo su techo. El general del rey Jabin rendido de cansancio y de fatiga le pide agua para sus secos y ardorosos lábios: ella le alcanza una

taza de leche: él se la sorbe ávidamente toda; su descaecimiento le hace arrojarse al suelo con torvo abandono, y el sueño cerrando sus espantados ojos, se derrama por sus lasos miembros.

Jael, esposa de Haber Cineo, considera dormido bajo su tutela al tirano opresor de su pueblo: el Dios de las justicias le habla al corazon: ella obedece, coge en una mano un enorme clavo y en la otra un martillo; ya aquella está casi tocando la cabeza del general dormido con el hierro sobre una sien, y esta se ve levantada en alto con la maza y á punto de descargar el golpe de muerte. La ejecutora de la divina venganza se estremece un momento; pero bien luego afirmándose en su hostil

ademán, baja impetuosamente el brazo del martillo, é introduciéndose el clavo por el celebro del caudillo enemigo, le traspasa ambas sienes y le hace arrojar el alma despavorida. En dos ó tres horribles convulsiones se azota contra el suelo y se revuelca en su hirviente sangre el polvoriento cuerpo del tirano á los pies de Jael. Así la Esposa del justo José de Nazaret quebranta la cerviz del príncipe de las tinieblas, y así mortalmente herido se agita en vano el caudillo del infierno bajo su virginal planta, que el serafin adora y besa.

No fueron Débora y Jael las únicas heroinas, á cuya inmortal valentía debió Israél su salvacion y suspirada libertad. Desolábalo un mónstruo de fiereza: el protervo Abimelec, hijo

del prodigioso Gedeon, para mas asegurar su corona usurpada habia vertido sobre una misma piedra la sangre de sus sesenta y ocho hermanos, y aun no harto con tan atroz carnicería, agitado por infernal espíritu de discordia tenia convertida la tierra de promision en misérrimo teatro de fratricidas combates, de horrores y de espanto. Entró vencedor en Sichem, que le vió nacer en su seno y le levantó en sus hombros para que tiranizára á la infortunada descendencia de Jacob, y á nadie, á nadie dejó con vida en ella, y la arruinó con tan feroz encono que sobre su arrasado territorio hizo echar sal para que allí no volviera á habitar alma viviente. De Sichem llevó el exterminio á Mello, donde se habian refugiado infini-

tas familias de otras comarcas, y despues de haber talado las selvas circunvecinas, la redujo á cenizas junto con sus innumerables moradores. En seguida voló con su devastador ejército á sembrar igual estrago y ruina en Tebes, pequeña ciudad de Judea, y ya al pie de sus murallas, estremeciéndolas al estruendo y empuje de sus máquinas de guerra, y despidiendo de sus ojos centellas de furor, se disponia á incendiarlas y á reducirla en breve á carbonizados escombros, cuando herido de muerte por mano de una mujer cayó en tierra, y suplicó á su escudero que le acabára de arrancar una vida que ya le era aborrecible, porque un brazo mujeril habia desplomado con una piedra la torre de su ferocísima altivez. De

tal manera por la hazaña de esta mujer, cuyo nombre calla la divina Escritura, se libró la ciudad de Tebes de su inminente ruina, de la próxima muerte sus ciudadanos, de la guerra civil todo el reino, la patria de un tirano y la tierra de un mónstruo.

Debió tener un corazon grandemente generoso y magnánimo esotra mujer, que en el reinado de David evitó la ruina de Abela cuando Joab que la sitiaba estábase afanando en derribar sus muros. Encaramóse en ellos, y tuvo el intrépido atrevimiento de dirigirse en voz alta y sonora al general sitiador, reconviniéndole con admirable sagacidad y energía porque intentaba destruir una ciudad que era madre de sábios, adonde se venia á tomar consejo. Joab le res-

pondió que no la destruiria si se le entregára á Seba, hijo de Bochri del monte de Efraim, quien acaudillando la rebelion de las diez tríbus contra su rey, se habia hecho fuerte en ella. Á cuya proposicion contestó la valerosa mujer: «Ahora mismo te será arrojada su cabeza.» Y cumplió su palabra. Dice el sagrado Texto que para lograrlo habló sábiamente al pueblo reunido: *Et locuta est sapienter*.

Á los pocos instantes esparciendo sangre aun caliente la cabeza del caudillo de la sedicion volaba por el aire desde el muro al inmediato campamento de Joab, habia tocado á su término la civil guerra, que amenazaba devorar el reino, toda la nacion obedecia á su legítimo soberano, la

ciudad de Abela se habia librado de su inminente ruina, las madres ya no tenian que temblar por la vida de sus hijos ni las esposas por las de sus maridos, y los leales y valientes de Judá habian vuelto á ser hermanos de los conjurados de todas las demás tríbus, á los cuales un momento antes daban muerte. Para lograr tanto una sola mujer con su audacia salvadora y su elocuencia de rayo ¡cuánta autoridad é imperio tendria sobre su pueblo por sus virtudes, por su heróica grandeza de alma y por la superioridad de su talento y de su saber, pues era llamada sábia!

La divina Escritura ha consagrado todo un libro á la inmortal hazaña de Judith. Bien lo merece la heroina, así como el que nadie ignore

que cortó la cabeza á Holofernes y libertó á Betulia. El hecho pues por tan sabido no necesita contarse. Me parece que lo he visto representado en uno ó mas cuadros de valiente pincel en todas las galerías y museos de pintura, que he visitado en diversos paises y particularmente en Italia. Extenderse en su narracion, aunque fuera intercalándola con algunas reflexiones acerca de su belleza, seria copiar en su mayor parte el sagrado Texto, quitándole empero aquella augusta sencillez de la Biblia. Mejor está en su venerando original, cuya lectura jamás me cansaré de recomendar á los corazones capaces de experimentar el sentimiento de lo bello y el nobilísimo embeleso del verdadero sublime. No decir algo de la

incomparable Judith al fijar la vista en las ilustres mujeres del antiguo Testamento, fuera grave injusticia, y no lo consentiria la celebridad de su heroismo, y faltaria á mi propósito y se resentiria esta obra de semejante olvido, y la imponente sombra de la divina Amazona podia venir en las horas de la alta noche á interrumpir mi sueño con justas reconvenciones.

¿En esta especie de conflicto literario cuál partido ha de tomarse? ¿Qué preferiria el lector, el silencio ó la repeticion de un suceso en que está bien enterado? Ni con lo uno ni con lo otro debo ofender su buen gusto y delicadeza: expondré sencillamente que me sorprenden y admiran, me entusiasman y me arrebatan las si-

guientes imágenes de extraordinaria novedad y grandeza, que hallo en los diez y seis capítulos del libro de Judith.

1.ª La historia de una jóven viuda, que aunque noble, no es de real estirpe, y hace una vida privada en el retiro á que la inclinan su modestia y su virtud, empieza hablando de un rey de los Medos, subyugador de muchas naciones, que edifica una asombrosa ciudad, y de otro rey de los Asirios, que venciendo al mencionado de la Media, se apodera de su imperio y crece de tal modo en soberbia que se propone avasallar la tierra toda, declarando en un consejo de sus magnates su pensamiento devorador del mundo.

2.ª Holofernes saliendo á la con-

quista del universo por mandado de su rey Nabucodonosor al frente del ejército de los Asirios, que con sus armas, sus bagajes y su muchedumbre cubren la faz de la tierra, y enseñoreándose de todas las plazas fuertes de la Cilicia, y arrasando ciudades opulentas, y saqueando á los hijos de Tharsis y á los de Ismaél, y á los de Madián, haciéndolos cautivos á todos y rindiendo á la Mesopotámia, y degollando á todos los que le resistian y descendiendo á las campiñas de Damasco en el tiempo de la siega, é incendiando todos los sembrados, y por último, cayendo su terror sobre todos los moradores de la tierra. *Et cecidit timor illius super omnes inhabitantes terram.*

3.ª El pavor y la consternacion

de todas las naciones amenazadas de muerte van á postrarse delante del general Asirio, y le dicen: Todas nuestras ciudades, y todas las posesiones, todos los montes y los collados y los campos, y las vacadas y rebaños de ovejas y de cabras y de caballos y de camellos, todas nuestras riquezas y familias están rendidas á tus pies. Nosotros y nuestros hijos esclavos tuyos somos. El pavor y la consternacion con el disfraz de un júbilo fingido y de un rendimiento voluntario se presentan en los caminos y en las puertas de las ciudades á recibir al devastador con diademas y antorchas en las trémulas manos de sus nobles, de sus vírgenes y matronas danzando al son de flautas y tambores; y el indoma-

ble Holofornes á los festejos de los pueblos humildemente postrados corresponde con el asolamiento de sus bosques y ciudades. *Nec ista tamen facientes ferocitatem ejus pectoris mitigare potuerunt: nam et civitates eorum destruxit, et lucos eorum excidit.* (Capítulo 3, v. 11, 12.)

4.ª Todo Israél temblando con la proximidad del exterminio que trae Holofernes, y desplegando una extraordinaria energía y actividad de angustia para ocupar las cumbres de los montes y las gargantas de los desfiladeros á fin de hacer cruel guerra de montaña al tirano conquistador, á quien ninguna nacion resiste, y al mismo tiempo clamando á su Dios con fervor grande, y humillándose en ayunos y ora-

ciones, deshechas en lágrimas las mujeres, los niños prosternados delante del templo del Señor, los sacerdotes vestidos de cilicios y cubierto de cilicio el altar del Altísimo, y polvo y ceniza sobre las cabezas de los que ofrecian las víctimas y holocaustos.

5.ª La nube de destruccion sobre Betulia. Son ciento veinte mil guerreros de á pie y veinte y dos mil de á caballo, y otros innumerables de las provincias cautivas, los que al mando de Holofernes la angustian con un cerco de muerte. Dentro hay llantos, hay suspiros, hay gemidos de agonía, hambre, sed devoradora, desfallecimiento y palidez, plegarias de dolor, arranques de desesperacion, y se ruega y se insta

á los magistrados que entreguen la ciudad al enemigo, pues el morir pronto al filo de su espada se prefiere al insoportable tormento de ver los ciudadanos cómo se va acabando por instantes la vida de sus hijos y de sus esposas con el rigor de la sed.

6.ª En medio de tanta desolacion y estruendo de guerra es muy bello y extraordinario encontrarse con la apacible pintura de las domésticas virtudes, del fervor santo, de las riquezas y de la buena fama de una matrona jóven y muy hermosa. ¿Y es algun episodio de amor, ó algun rasgo de compasiva piedad quien la introduce en esta magnífica escena de espanto y de consternacion? No. Yo la veo como inspirada sa-

cerdotisa del Altísimo llamar á su presencia á los ancianos de la ciudad y reprenderles cual divina maestra, porque han consentido en abrir las puertas á los Asirios si no los socorria el cielo dentro de cinco dias. De sus lábios llenos de uncion sale un torrente de sagrada elocuencia y de enseñanza celestial: arguye, exhorta, anima á la confianza, aconseja lo que se debe hacer, recuerda la historia de lo pasado, habla patéticamente al entendimiento y al corazon, convence, persuade, y sobre todo edifica con la santidad de su agigantado espíritu. Les hace vislumbrar una misteriosa hazaña que ella medita, y védales indagar su proyecto.

7.ª La rica y bellísima Judith

vestida de cilicio y cubierta de ceniza su cabeza sublime, encerrada en su oratorio, puesta en el suelo su frente, implorando del Señor salvacion para su pueblo, y pidiéndole heróica virtud para salir bien de la peligrosa empresa en que ella sola por la libertad de su patria va á exponer su honra y su vida.

8.ª La santa Judith enjugando las lágrimas de sus ojos, deponiendo el traje de su viudez, ungiéndose con aromáticas esencias, vistiéndose como para nuevas bodas, y engalanándose con sus mas brillantes aderezos y preciosas joyas, como un jardin en primavera con sus delicadas flores de esquisita fragancia, que arrebatan la vista con su hermosura y la inimitable variedad de sus colores vivísimos.

9.ª Una señora jóven, noble y opulenta abandonando su casa para ir al campo enemigo, no huyendo del hambre y sed de la ciudad sitiada, ni para congraciarse con aquel por medio de una cobarde felonía, sino para obrar un prodigio de heroismo, desafiando el pavor de las sombras nocturnas por sendas solitarias ó llenas de peligro, mientras en la redondez de la tierra á tal hora las de su sexo y edad, sueltos los cabellos y dadas á un dulce sueño, reposan plácidas en blandos lechos.

10.ª Judith cautivando el corazon del implacable Holofernes con su hermosura empleada en un ardid de guerra, postrándose rendida y cortesmente ante el feroz caudillo, á quien lisonjea y en cierta

manera engaña con palabras de verdad, aunque de doble sentido; sobre las cuales, sea dicho de paso, que extraño mucho el que varios expositores hayan suscitado dificultades para conciliarlas con la santidad de la heroina, pues me parece que basta leerlas con alguna atencion para cerciorarse de que no hay en ellas embuste, envolviendo en sí todas una verdad absoluta y proféticamente relativa á otros tiempos y situaciones, aunque dispuestas con una economía y una discrecion y finura muy propias para alucinar al general Asirio.

11.ª Una mujer jóven y hermosa saliendo de un campamento de doscientos mil infieles á hablar con el verdadero Dios en fervorosa oracion á media noche; y en el silen-

cio de la naturaleza con las rodillas en tierra y el semblante bañado en dulce llanto, extasiarse en inefables coloquios con el Señor, pidiéndole la salvacion de su pueblo, inmolándose por conseguirla, y revistiéndose de una fortaleza traida de los cielos para el fulminante golpe que anhela dar. Creo que los literatos de buen gusto convendrán conmigo en que Judith orando en solitario campo, mientras en el mundo no velan mas que la luna y las estrellas majestuosamente prendidas en el inmenso manto de la noche, es una imágen que yo no tengo lengua para encarecer cuanto merece.

12.ª ¿Quereis ver otra imágen sorprendente? Una jóven, que al hechizo de su belleza ha añadido para

cautivar á un hombre cuantos artificios puede inventar su ingenio, despues de haber logrado su designio, habiendo cogido á Holofernes en su red de amor, está sola con él, y le contempla dormido en su lecho de oriental magnificencia, donde cayó derribado por la embriaguez. Aun suenan en su oido las dulces promesas de hacerla gran señora en el imperio de Nabucodonosor; dueña ya del corazon de su amante, y venida al campamento enemigo á salvar á su pueblo con una hazaña de heroismo, ó á alcanzarle perdon y clemencia del general Asirio, aunque fuera resignándose á ser su esposa, pues la ley no le prohibia dejar el luto de la viudez por un nuevo marido, sabe que no le negaria la misericordia que le

pidiese en favor de su nacion; es mujer y es sensible... Mas Dios la inspira... Profunda es su conmocion: mueve los lábios en silencio hablando con el Rey del cielo, sus ojos se bañan en lágrimas, y su brazo se extiende á coger el alfange pendiente de uno de los pilares de la cama, lo desenvaina, y aferrando con una mano la cabellera del tirano, y levantando la otra sobre su cuello descubierto, clama á Dios que le dé brio, descarga el mortal golpe, y estremecida de horror al mismo tiempo que enagenada de gozo, rápidamente le fulmina otro sablazo, con el cual cortada la cabeza se divide del tronco... De aquella y de éste está saliendo un rio de hirviente sangre... Judith envuelve en el rico pabellon de la

cama la espantosa cabeza del general, y sale de la tienda á media noche con direccion á Betulia.

13.ª Judith antes de amanecer en Betulia, subida á un lugar alto, todos los ciudadanos atónitos de asombro y de alborozo en su rededor con hachas encendidas, y ella mostrando la ensangrentada cabeza de Holofernes y diciendo á voz en grito: «Ved aquí la cabeza del príncipe del ejército de los Asirios, y ved aquí su pabellon, dentro del cual estaba acostado en su embriaguez, donde por esta mano de mujer hirióle el Señor nuestro Dios. Pero vive el mismo Señor, que su ángel me ha guardado, ya al ir de aquí, ya estando allí, y ya al volver de allá para acá, y que no ha permitido que yo su sierva me

manchase; sino que me ha vuelto á vosotros sin mancilla de culpa trasportada de júbilo por su victoria, por veros libres de la inminente ruina, y á mí misma fuera de tanto peligro. Confesadle todos, porque es bueno y misericordioso en los siglos. *Confitemini illi omnes, quoniam bonus, quoniam in sæculum misericordia ejus.*

Dije que no iba á seguir el hilo de la historia de la ínclita Judith; y por lo mismo he omitido todo cuanto en ella no formaba una imágen extraordinaria. Al divino original remito á los lectores que gustaren recordar la parte que tuvo Aquior en tan memorable suceso, el espanto que se apoderó del ejército Asirio al ver degollado á su general, las alabanzas que los magnates y el pueblo de Betulia

tributaron á su libertadora, el acometimiento, persecucion y destrozo que hacen los israelitas en las despavoridas huestes enemigas, los tres meses de fiesta en celebridad de la victoria, la ida del pueblo á Jerusalén á cumplir con mil acciones de gracias sus votos y promesas, la entrega á la inmortal heroina de todo lo perteneciente á Holofernes, la ofrenda que la misma hizo de ello al templo, la gloria que la rodeaba cuando salia en público los dias festivos, la venida del sumo sacerdote Eliazim á Betulia con todos sus ancianos á verla y á felicitarla cuando bendiciéndola todos á una voz le decian entre otros muchos encomios entusiasmados: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegria de Israél, tú la honra de nuestro pueblo.

Esta señora, que en sus cien años de vida fué el ídolo y la delicia de Israél, no cesó un momento de atribuir á Dios todo el triunfo y la gloria de que tan rica estaba, como lo prueba su cántico admirable.

Una antigua criada la acompañó al campamento asirio, y con ella volvió á Betulia trayendo la cabeza del inhumano conquistador. Valiente debió ser y fidelísima para seguir á su ama en aquel viaje de heroismo.

¡Y tú, Madre de los siete niños Macabeos, perdóname si hablando de las mujeres fuertes de tu pueblo enmudezco al llegar á tí, aunque mereces que la primer corona de santa valentía se destine á tus gloriosas sienes!...

CAPÍTULO XXV.

Males causados por las mujeres.

Con razon se me podria tachar de parcialidad en favor de las mujeres, si habiendo hecho honorífica mencion del bien que hicieron las del antiguo Testamento, nada dijese de las desgracias que ocasionáran culpable ó inocentemente. Al entrar en este punto delicado me complazco en no tener prevencion alguna contra ellas, y en confesar que generalmente son al hombre de mucho alivio y consuelo en el trabajoso camino de la vida, y por lo

mismo merecen estimacion. Lo conocen, y como en sus almas ven cierto fondo de bienhechora bondad, están persuadidas de que á los hombres solo hacen bienes, y que es dulce la pasion que les inspiran, la del amor. ¡Ah si recordáran que por esta padecen ellas muchas tribulaciones, comprenderian cuán amargas las hacen padecer á los hombres!

Aun cuando este sentimiento del amor sea legítimo y tenga sus legítimas dulzuras como el de un hermano para con su hermana, el de un hijo para con su madre, el de un esposo para con su esposa, el de un padre para con su hija, siempre hiere al hombre en la parte mas sensible, en el corazon. Siendo las mujeres peregrinas, así como nos-

otros, en un valle de lágrimas y en una tierra de infortunio, no es posible que no lloren y no padezcan, y siempre, siempre que lloran y padecen, el amor, convirtiéndose en otro sentimiento profundo y *doloroso* que se llama compasion, hace en el corazon del hombre que las ama, una herida, una llaga, que se abre y se profundiza á medida que crece el dolor de ellas. Saben esto los padres que tienen hijas, los esposos y los hijos. ¡Qué vida la del corazon de un hijo, que ve tullida á su madre! ¡Qué agonía la del corazon de un esposo, que advierte el peligro de muerte que en una enfermedad ó en un parto amenaza á su esposa! ¡Qué dogal el de un padre, cuya hija es desgraciada en su ma-

trimonio, ó bien ha caido en pobreza, ó ha contraido algun defecto incurable, como quedar ciega, ó coja ó asmática! Creo que sobre la tierra no hay para èl corazon del hombre espada que así le atraviese y despedace las entrañas como la muerte de una madre, de una hija, de una esposa. En el mismo grado de parentesco, la mujer por lo regular es mas amada que el hombre, porque tiene un corazon mas amante y por otras razones; y por lo mismo es mas vivo, mas agudo, mas penetrante, mas tierno el sentimiento de que se haya apagado para siempre la amorosa antorcha de sus ojos, de que falte su consoladora compañía, y de haber sucedido á la dulce fruicion de

su ternura la amarga idea de que su carne y sus huesos, con quienes tienen los nuestros íntima relacion de sangre, están ¡ay! bajo de tierra, emparedados y guardados por la muerte, que los señorea y destruye poco á poco en fúnebre silencio, mientras su alma muy lejos de nosotros, se halla en la eternidad. ¡Ah! De sus padres no pueden decir los hijos lo que de una madre difunta: ¡ay! gusanos inmundos ¡estremecedor pensamiento! están devorando las entrañas maternales, que me formaron á mí en el principio de mi sér y me alimentaron y me albergaron hasta que me hicieron nacer con intensos dolores suyos!

No tiene guarismo, ni cabe en libros, ni hay manera de expli-

car lo que el hombre padece por la mujer á impulsos del amor convertido en compasion y dolor. Dígalo David que al volver á Siceleg, hallándola reducida á pavesas, supo que los amalecitas se habian llevado cautivas á sus dos mujeres, Aquinoam de Jesrahél y Abigaíl viuda de Nabal del Carmelo. Díganlo sus seiscientos compañeros de armas, que en aquella ciudad tenian sus mujeres y sus hijas, y se encontraron con que los enemigos las habian arrastrado á inhumano cautiverio. *Levaverunt*, dice el sagrado texto, *David et populus qui erat cum eo voces suas et planxerunt donec deficerent in eis lacrymæ.... Et contristatus est David valde: volebat enim eum populus lapidare, quia amara erat anima unius-*

cujusque viri. (Reg. lib. 1, cap. 30.) Pusieron en el cielo sus dolorosos gemidos David y el pueblo que con él estaba, y lloraron á todo llorar hasta que no pudieron mas.... Y se apesaró David en grande manera; porque el pueblo queria apedrearle; pues no habia hombre que no tuviera el alma en un abismo de amargura....

¿Qué lengua seria capaz de contar lo que desde el principio del mundo hicieron padecer las mujeres á los insignes personajes del antiguo Testamento? Yo no lo diré; pero en cambio á propósito de esto quiero referir una escena, que un dia me figuré en el limbo. Una mañana de invierno habia pasado algunas horas releyendo en el divino

Génesis las célebres é interesantes cuitas y pesadumbres de aquellos patriarcas, cuyas almas bajaron al limbo á esperar el advenimiento de su prometido Libertador, y luego yéndome á una extensa sala, y cerrando dos de sus ventanas, púseme á pasear casi á oscuras, con un negro gorro de terciopelo metido hasta los ojos, envuelto en un capote, en cuyo enhiesto cuello se me enterraba la cabeza algo inclinada sobre el pecho, donde tenia tambien ambas manos juntas y entrelazadas del modo que se las ponen á los difuntos debajo del embozo del semi-capa... Como no me habia dado el aire de la calle disipador de meditaciones y de poéticos pensamientos, mi fantasía, que venia llena de las memo-

rias é imágenes sublimes de Abrahám, de Isaac, de Jacob, de José y de otras venerables sombras, se exaltó con la silenciosa oscuridad de aquella sala alta de techo y sin mas adorno que unos cuadros bíblicos sobrecargados de negrísima tinta y sobre asuntos tan terribles y tétricos como la destruccion de Nínive, la cena de Baltasar, y la ruina del universo en el diluvio.

Aquel dia el sol mostrábase temeroso de luchar con la nube, que se le ponia delante; sin embargo, un débil rayo suyo entrándose por entre la cortina de la única ventana, á la cual se habia dejado algo entreabierto un postigo, reflectaba trémulamente sobre los grandes cristales de los lúgubres cuadros escri-

turarios, regalo de un amigo difunto. Esa luz tan escasa y tímida, ¡cosa rara! me avivó la idea del limbo, imaginando que así seria el rayo de esperanza, que penetrase en aquella lóbrega mansion de las almas de los antiguos patriarcas. Dije, pues, á mi acalorada fantasía: vamos al limbo: retrocedamos siglos, y pongamos el oido atento á las conversaciones de ilustres sombras.

Y me representé el limbo como una inmensa bóveda: reinaba allí tranquila noche: la altísima techumbre se veia suntuosamente artesonada, como que era palacio de almas de reyes, profetas y patriarcas venerandos. Habia espaciosos salones todos cubiertos de cortinaje magnífico con fondo negro y anchurosas franjas

de oro, que de tres en tres varas de distancia perpendicularmente se extendian inmensurables. La vista mas penetrante en vano se cansaria queriendo descubrir el término de aquellas profundidades; así es que no se alcanza á ver el pavimento... Todo está enteramente desmueblado; no se ve ni una silla, ni un sofá, ni un lecho, no hay donde sentarse ni descansar: nada han menester los que allí moran, pues que ninguno tiene cuerpo. La atmósfera está impregnada de la suave fragancia del bálsamo de la esperanza, y por do quiera se percibe con embeleso el celestial aroma de la virtud. Pueblan y encienden el aire los santos suspiros de la oracion exhalados contínuamente por innumerables espíritus

de justos, que para entrar en el lleno de la bienaventuranza están allí anhelando la venida del Verbo divino á la tierra. Reclusos en tanto en esta region de sombría majestad no padecen, ni tampoco gozan de la gloria de los cielos; pero sí disfrutan deliciosamente de todas las inefables dulzuras, que en el mundo proporciona la virtud á sus mas queridos amigos en las horas de apacible bonanza. Su vida es orar, desear, suspirar por su Mesías; pero como todavía no los tiene absortos en sí la vision beatífica de Dios, no es maravilla que alguna vez los junte en amistosa conversacion el cariño que nace del parentesco, de hallarse reunidos en un mismo lugar, de esperar una misma felicidad infinita y de

haber heredado unos de otros cuando vivian en este valle de lágrimas la promesa consoladora y la fe en el Hijo de Dios, que habia de venir y en cuya virtud todos ellos se salvaban en un mismo lazo de caridad divina. Así pues á mí se me figuró que veia volar varias almas egrégias, como apartándose de la muchedumbre de las otras para hablar entre sí mas libremente: fuéronse hácia un ángulo que se hallaba sin gente, y formando en el aire á lo oscuro un corro de amigos, empezaron á conversar de la admirable providencia con que el Señor los habia conducido en esta vida, santificándolos y haciéndoles que obráran su salvacion por medio de grandes tribulaciones, y luego recordando algunas de ellas, vinieron á

tratar de lo muchísimo que habian padecido por las mujeres.

Una de aquellas almas era la de nuestro primer padre Adan, y dijo: ¡Ay! ¿Quién con mas derecho que yo para quejarme de la mujer? ¡Yo que de las manos amorosas de Dios salí feliz completamente, y señor del universo y de todas sus criaturas! ¡Pero ay de mí que á la obediencia de mi Criador y á mi dicha eterna anteponiendo el dar un leve gusto á mi esposa, perdí por ella toda mi felicidad, y por ella perdí la del mundo de mis desgraciados descendientes! ¡Ay de mí que por ella perdí el tesoro de mi inocencia, y por ella sentí desplomarse sobre mi cabeza la ira del cielo, y convertirse contra mí todo lo criado y entrar la muerte

en la tierra y abrirse los abismos de los infiernos!

Dichas estas palabras con un tono de profundísimo sentimiento, prorumpió Adan en prolongados suspiros, y todas aquellas almas que le escuchaban suspiraron tambien dolorosamente, y él prosiguió: Vosotros, hijos mios, como no podeis tener idea de mi primera dicha, tampoco podeis formárosla del mortífero pesar en que me abismó su fatal pérdida. ¿Pero cuál pensais que fué mi mayor amargura? Yo os aseguro que la desgracia de mi querida Eva me traspasó el corazon mas que la mia propia. Aunque en los muchos años que vivísteis en el mundo habreis conocido la fuerza del amor conyugal hácia una mujer digna de apre-

cio, sin embargo como no habeis visto la belleza de mi Eva cuando era inocente, su gracia, su bondad, sus prendas celestiales, su entendimiento que era un sol... Como no habeis visto mujer alguna recien salida de las manos de Dios... Como no habeis visto mujer alguna con la nativa inocencia hechizadora, y sin la ruinosa mancilla que imprimió en nuestra naturaleza ¡ay! el pecado de Eva, ¡ay! el pecado mio; os es imposible imaginar cuánto yo la idolatraba, y cómo fué para mi amante corazon, de donde ella habia salido formada de mi carne y de mi hueso, cómo fué una muerte anticipada y contínua el verla infeliz y caida de una excelsa elevacion de gloria y deliciosa dulzura á un abismo de miseria, degradacion y do-

lor... En los primeros siglos de mi destierro del paraiso yo estaba como fuera de mí, lloroso, convulso, pálido, y extremamente abatido, y mas fuera de sí, mas llorosa, mas triste, mas trémula, mas postrada y en mas hondo sepulcro de duelo estaba ella... Yo viéndola me desmayaba de angustia, y creedme, yo sentia en mi corazon mas profundo dolor y mas íntimo estrago que el agonizante á quien las crueles garras de la muerte le están arrancando el alma...

Al llegar aquí Adan tuvo que cortar su discurso, porque le pareció que venia hácia donde él estaba el espíritu de Eva. En efecto, era el alma de nuestra primera madre, que notando que su esposo se habia ausentado, echó á volar en su busca, y en descu-

briéndole se puso á su lado, pues no queria estar un momento sin él, acordándose de lo que le sucedió en el paraiso luego que por pasear el jardin por breve rato se apartó de su marido. Este calló por no disgustarla con dolorosos recuerdos.

Entonces Abrahám muy conmovido, para que Eva no creyera que su presencia inspiraba desconfianza, tomó la palabra y dijo: Padre Adan, aunque es lastimosamente cierto que vuestros hijos no podemos formar idea del amor que os inspiraba nuestra madre Eva en el precioso estado de la primitiva inocencia, yo creo que me hallo en el caso de comprenderos en lo tocante á lo que padecísteis en vista de su desventura. Sí, os comprendo, porque

yo sé por experiencia cuán agudo cuchillo es el amor cuando ve padecer á la amada. Á mí me mandó el Señor sacrificarle mi hijo. ¿Te acuerdas, querido Isaac, te acuerdas? Sí, padre mio, respondió con ténue voz el alma de Isaac que se hallaba presente. Y Abrahám continuó: ninguno de vosotros ignora lo que sufrió mi paternal corazon en los amargos tres dias, que pasaron desde que recibí la órden divina de inmolar al tierno Isaac hasta que sobre el monte tuvo este la dicha de representar el sacrificio y la muerte de nuestro futuro Mesías y yo la de conservarle sano y salvo y hecho objeto de las mas consoladoras bendiciones de Dios. Lo que tengo que revelaros es que en medio de mi afliccion indecible, mucho mas que

por mí y por mi hijo, cuya obediente inocencia me aseguraba de su dicha eterna, acongojábame al fijar el pensamiento en su madre. ¡Isaac! Hijo mio! el pensar que tu madre no podria sobrevivir á tu muerte... pensar que yo con mi mano sangrientamente le privaba de tal hijo, pensar que su materno corazon no podria resistir á tan atroz dolor... pensar en las reconvenciones que me haria en la calentura de su desesperacion de madre y en el extremo de su agonía... pensar que no hallaria para calificar mi conducta ni expresiones bastante duras ni conceptos suficientemente horrorosos cuando oyese que yo habia muerto á nuestro hijo, sin que el exceso de su amargura le permitiera enterarse del mandamiento terrible

pero adorable del Autor de nuestras vidas... ¡Ay! semejantes pensamientos cuán acerbos eran y cuán crueles no es posible explicar. ¡Sara! ¡Sara! ¡Cuánto, cuánto padecí por tí! ¡Y por tí, desventurada Agar, que me diste el primer hijo y á quien tuve que arrojar de mi casa!...»

Los circunstantes se enternecieron, y Eva particularmente, y notando la extraordinaria conmocion de Abrahám con recuerdos tan patéticos, le interrumpieron, bendiciendo la milagrosa compasion que el Señor Dios habia tenido de Agar, enviándole por dos veces un ángel á que la consolára y socorriera en el desierto. El sensible Jacob, que era de los que allí estaban, encareció el heróico esfuerzo de su abuelo Abrahám en cumplir el

ordenamiento de Jehová acerca del sacrificio tremendo á pesar de lo que en su pecho abogaba para desobedecerlo su compasion á Sara, tormento tanto mas irresistible cuanto mas tierno y vivo era el amor en que el santo Patriarca ardia por su esposa. Luego haciéndose cargo de lo que habian acibarado la vida de su querido abuelo las disensiones de Sara y Agar, dijo que eran una consecuencia casi inevitable de la poligamia, que otra paz y otra dulzura y bienestar se gozaria en el matrimonio cuando aquella hubiese dejado de ser un mal necesario para la multiplicacion del único pueblo que profesaba la verdadera religion, que él por experiencia propia se hallaba bien penetrado de que era una insigne calami-

dad el tener mas de una esposa, pues si el hombre mas sufrido apenas puede ir sobrellevando las menudas é innumerables impertinencias de una sola por buena que sea, ¡cuán digno de lástima, añadia, cuán digno es de lástima quien tiene que habérselas con mas de una mujer! Yo que en esta materia en cierto modo puedo llamarme afortunado, pues eran hermanas Lia y Raquel, no obstante esta circunstancia muy favorable, porque ya estaban acostumbradas á vivir juntas, habian crecido y jugueteado juntas, tenian una misma educacion y un mismo pan se habia partido mil veces entre ellas en su infancia y juventud, yo tuve que sufrir de ambas tanto que si hubiera de contároslo cansaria vuestra pa-

ciencia y os haria perder muy largo tiempo en oirme. Bastará indicaros que Lia se me mostraba siempre descontentadiza, quejicosa, inconsolable porque yo amaba á su linda hermana mas que á ella; y Raquel por otra parte teníame consumido y profundamente apesarado por el contínuo desconsuelo, el triste desasosiego, la lóbrega melancolía y el abismo de sentimiento en que la habia hecho caer su hasta entonces frustrado y vehemente deseo de tener hijos. Llegó á tal punto su desesperada impaciencia que un dia como si estuviera frenética, me dijo: *Da mihi liberos, alioquin moriar.* ¡Si no me das hijos, me muero! Ya podeis considerar que mi vida entre las dos hermanas era una vida de afliccion y de

conflicto perpétuo. La envidia las devoraba: sobre mi recaia el mal humor de ambas; y en mí como en su centro venian á reunirse las corrientes de las amarguras de ambas.»

Al pronunciar Jacob estas palabras, su padre Isaac llamó la atencion de la asamblea diciéndole: «Yo creo, hijo de mi alma, que hubieras padecido mucho mas casándote con mujeres del pais que habitábamos. Yo dí por bien empleada tu ausencia de tantos años por tal de no verte con el martirio insufrible de tener á tu lado mujeres cananeas. Las dos que metió en casa tu hermano Esaú, la convirtieron en un verdadero infierno: eran dos serpientes, que á todas horas nos alimentaban de veneno: tan crueles fueron los disgus-

tos y los intolerables sinsabores que pasamos por ellas yo y tu madre Rebeca. En cuanto á lo que hubiste de sufrir por lo mucho que la hermosa Raquel sentia su esterilidad, podria ponerse en duda solo por quien nunca hubiese tratado de cerca á ninguna mujer. Todos estamos persuadidos de que no hay tormento igual al de estar en compañía de una mujer poseida de una pasion cualquiera. No hay reflexion que valga, no atiende á ninguna palabra de consuelo, todas las razones que se le insinúen están de mas, solo ella tiene razon, nada basta á calmar su vehemencia, al momento habla de morirse, y en efecto parece que ya va á morirse aunque todavía tenga que vivir otro medio

siglo. Mi esposa Rebeca era muy sagaz y muy prudente; sin embargo, de tal manera se afligió con la mortificante conducta de nuestras nueras, que de solo verla tan entristecida, á mí se me caia el corazon, y al encontrarse mis ojos con los suyos llorosos, sin poderlas contener, las lágrimas se me desprendian corriendo por mis arrugadas mejillas. Llegó á aborrecer la vida, y protestaba que no queria vivir si llegabas á casarte con una mujer de aquella tierra. Jamás olvidaré el enérgico dolor con que me dijo: *Tædet me vitæ meæ propter filias Heth: si acceperit Jacob uxorem de stirpe hujus terræ, nolo vivere.* ¡No quiero vivir! ¡No quiero vivir!

Y á su padre dijo Jacob: Padre

mio, con esa tierna y eficaz vehemencia consiguen las mujeres cuanto quieren: mi madre la empleó felizmente para enviarme á Mesopotamia, librándome del furor de mi hermano y haciendo que por tal medio el cielo me concediera por esposa á la incomparable Raquel. ¡Pero ay! ¡Cuánto, cuánto de fatiga, de dolor, y de amargura larguísima sufrí para lograrla! Catorce años por contrato, y aún mas, estuve sirviendo penosamente á mi desapiadado suegro Labán para que por merced y recompensa de mi trabajo me diera la mano de su anhelada hija. Los dias los pasaba abrasado con los rayos del sol y las noches aterido de frio con los hielos y las nocivas escarchas. Á pesar de tan atormentadora dilacion, yo

todo lo sufria con gusto por el inmenso amor que tenia á mi futura esposa: al cabo de siete años ya no podia dudar de que era llegada la hora de mi dicha: se habia celebrado el alegre convite de las bodas, y concluido éste, cuando ya en mi corazon acababa de entrar el plácido sosiego y el venturoso contento, me retiré á dormir al tiempo que en la tierra al ruido de los hombres sucede el silencio del sueño en medio de la oscuridad. Cubierta con el nupcial velo, segun costumbre del Oriente, se introdujo en mi habitacion á oscuras á una mujer. ¿Quién podria imaginarse que no fuese mi amada esposa Raquel? ¡Ay no lo era! Y yo hasta que nos alumbró el rayo de la mañana no advertí el cruel enga-

ño y la inicua felonía de que yo habia sido víctima. Lia puesta en lugar de Raquel disimuló criminal y diestramente. Si el Señor no me hubiera fortalecido con su gracia, en aquel momento hubiera muerto de dolor y desesperacion. Aunque muchos y grandes fueron los trabajos de mi peregrinacion sobre la tierra, jamás hube menester tanta paciencia y tanta conformidad con las permisiones divinas. Si no me hubiese contenido el santo y salutífero temor de Dios, aquel dia hubiera sido funesto para mí, para Lia, para Labán, y para toda su casa! Gracias á nuestro Dios, que en su misericordia me hizo tener represado dentro de mi hirviente pecho el fuego de mi indignacion y de mi ira. ¡Ay si á estallar llegado

hubiese, cuánto hubiera devorado y consumido!..... ¡Aún me estremezco con tal idea de horror y de dolor!..... Dios me libró..... Reconvine á Labán, que de su crímen se disculpó néciamente: y para desposarme con mi suspirada Raquel fué preciso que me obligára á otros siete años de servicio para enriquecer con mi sudor á un hombre eternamente desagradecido. Y despues de tanto penar por Raquel, al breve gozo de llamarla esposa reemplazó el mútuo sentimiento de su esterilidad de siete años, y luego la irreparable desgracia de perderla viéndola morir en medio de un camino en la flor de su edad y cuando estaba mas vivo y mas consolado con dos tiernos y preciosos frutos nuestro ardiente cariño!»

El espíritu de su hijo José, que estaba muy cerca de él, sintió en sí tal conmocion de dolor y ternura que se estremeció á la manera que se estremecen los espíritus. Habló en seguida de su padre, y enterneció á todo aquel respetable auditorio de almas justas refiriendo lo que Jacob no habia dicho por una especie de pudor paternal. Su jóven hermana Dina violada por el príncipe de Sichem, la bárbara venganza de sus hermanos Simeon y Leví, la muerte sangrienta de todos los habitantes de Sichem, la ruina de esta ciudad, la destruccion de sus campos, y la amargura de muerte con que embriagó á su anciano padre Jacob tanto pecado y tanto estrago y tanta sangre alevosamente vertida, y todo por

la incauta curiosidad de Dina, fueron el asunto de la primera parte de su discurso. En la segunda con un candor que á todos admiraba, contó que en Egipto la mujer de su amo Putifar de un golpe le habia quitado el tranquilo bienestar de que disfrutaba, precipitándole encadenado á la lobreguez de una cárcel, donde no le desamparó su Dios: con este motivo engrandeció la providencia del Señor, que de la malévola iniquidad de una mujer se valió para ponerle en el camino de la mas alta gloria y para proporcionarle el consuelo de socorrer á sus hermanos venidos de muy lejos á buscar remedio para su hambre.

Despues de José habló el santo Job con elocuencia de sublimes gemidos,

haciendo observar que sus imponderables desgracias le habian sobrevenido graduándose, y encrueleciéndose rápidamente de una muy atroz manera hasta que llegó el inhumano extremo de insultarle su propia mujer. Ella fué, decia suspirando, quien impía hizo rebosar el inmenso cáliz de mi infortunio! ¡Ella quien impía intentó arrebatarme mi único tesoro, la paciencia con que yo escudaba mi alma de los infernales golpes que habian destruido mi fortuna, mi familia, mi salud y mis carnes llagadas y podridas! ¡Ella quien impía en vez de consolarme, «múerete» me dijo, y se esforzó porque yo muriera en la desesperacion! Si á su arbitrio hubiera estado, si yo le hubiera hecho caso; ¡ay! cuánto tiempo há que en las

eternas llamas de los abismos estaria mi alma consumiéndose, si como ella pretendia, para morir me hubiese entregado á la desesperacion maldiciente! Arrasada toda mi hacienda, saqueados ó vueltos ceniza todos mis bienes, derramada la sangre de mis criados, muertos en un solo dia mis hijos y mis hijas, reducido yo á extrema pobreza y desnudez, desde la cabeza hasta los pies cubierto de llagas y de podre, que raia con un tiesto sobre un muladar inmundo ¿qué me quedaba ya sino mi esposa y mi Dios? En ella y en mi Dios cifraba naturalmente todo mi consuelo y esperanza... La ví venir. Mi corazon se reanimó con verla. ¿Pero á qué vino? ¡Á declarárseme enemiga, á herirme en lo mas delicado, en lo mas

íntimo, á quitarme la esperanza del cielo, á quitarme á Dios, bien infinito, el bien único que me quedaba..! Hasta entonces todas mis adversidades me habian venido de mis enemigos, de los elementos, y particularmente de Satanás malhechor universal; todos estos me habian hecho la guerra de frente, y no se habian atrevido á tocar á mi alma. Pero la herida que me hizo la mujer fué mas cruel y mas profunda; la sentí infinitamente mas que las otras, porque quien me la hacia no era un enemigo, era mi esposa, me la hacia cuando yo estaba ya harto de padecer, arruinado, desechado del mundo, pobre, desnudo, abatido, envuelto en una nube de dolor, consumido de enfermedades y de llagas, pegada mi piel

á mis descarnados huesos, en podredumbre y en agonía y próximo á espirar... ¡Y de qué modo me hirió! Por medio de impíos sarcasmos mas penetrantes que agudo puñal... Yo le respondí: «Mujer, si recibimos los bienes de mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir los males?» Pero mi amargura subió á tal punto que maldije vehementemente el dia en que nací y la infausta noche en que fuí concebido...

Un silencio de asombro sucedió por algunos instantes á las palabras de Job.

Hubiera durado largo rato segun la absorcion que en todos se notaba, si el rey profeta no le hubiese puesto término, expresándose acerca del asunto que los ocupaba no con la sublimi-

dad de sus salmos sino con el lenguaje de la franqueza y del sentimiento, diciendo: Tan cierto es que las mujeres son para el hombre una calamidad, un tormento, un suplicio contínuo, íntimo é inseparable que yo por desgracia mia puedo dar fé y testimonio de esta verdad tanto por lo que he visto en otros como por mi propia experiencia. La vida de los guerreros se tiene en el mundo, y con razon, por muy dura, molesta y trabajosa, pues no es concebible guerra sin perenne fatiga, sin desasosiego, sin sobresalto, sin peligros incesantes; está reñida con todo género de comodidades, con todo regalo de mesa y cama, con la tranquila placidez del alma, con las delicias del estudio, y lo que á todos es muy sen-

sible, con el sabroso sueño. Sin embargo ¿quién lo creeria? En las marchas, en los campamentos y en las mismas batallas la mujer es lo que mas aflige el corazon. El intrépido guerrero, que despreciando cien mil muertes se precipita entre una selva de lanzas enemigas, en medio de su valiente denuedo lleva el corazon rendido y postrado al peso del doloroso recuerdo de una mujer. «¡Ay tu esposa si mueres en este instante!» le va gritando dentro de las entrañas una aguda voz de amor, que se las despedaza: «¡Ay tu hija! ¡ay tu madre!» El militar hace estudio de menospreciar la vida, y es tal el frenesí del furor de los combates que se le figura dulce y glorioso el perderla, pero en el momento en que se

ve herido le asalta la idea y el recuerdo de una mujer: «Esta herida cuyos dolores desprecio, en el instante que llegue á noticia de mi esposa le abrirá en el corazon una llaga profunda. ¡Pobrecito corazon, puedo yo contemplarte y no morir de pena!» Dice, y le abandona su valor, y se desmaya su ánimo y se anega en un rio de amargura, y la enfermedad de su alma se comunica á su cuerpo y á su herida, la exacerba, á él le quita toda resistencia, y muere...

Va un rey con casco de oro, con un plumaje que arrebata la vista de los pueblos por donde pasa, con un peto que brilla como el sol, con una espada que aterroriza á la tierra, sobre un fiero caballo, que con sus ojos y su nariz hirviente está queriendo

devorar al ejército enemigo; la majestad le rodea, la gloria le acompaña, sus escuadrones hacen estremecer bajo sus pies los valles y las colinas, los montes y las llanuras, su nombre vuela acatado en alas de la fama por todos los ámbitos del universo, á su voz se arrodillan las naciones y su mente se glorifica con el augurio del magnífico triunfo, ¿quién diria que su corazon es vaso de amargura? Una mujer lo tiene acibarado y anochecido en medio de tanto brillo, de tanta pompa, majestad y poderío. En el real palacio ha dejado una tierna esposa amante y amada. El sentimiento de su ausencia martiriza al rey, anubla toda su dicha y le hace tristísima la gloriosa campaña. Además, piensa el monarca que

la reina se alimenta de angustia y sobresalto imaginándole á todas horas en contínuo peligro de muerte, y esta idea, esta inseparable imágen de la angustiosa zozobra en que vive su idolatrada consorte, pintándose á lo vivo en su fantasía, es para su alma enamorada una opresora montaña de hierro, que cayendo sobre ella incesantemente, apenas le da treguas para respirar. ¡Ay de mí! Yo sé cuán amargo es en todas ocasiones el amor de la mujer.

Quien tiene mujer en su casa ó en su familia, siente doblemente todos los quebrantos de la vida. El que pierde su hacienda ó su empleo, si de él dependen unas hermanas, ó una madre, ó una esposa y unas hijas, es verdaderamente digno de

inmensa lástima, porque su dolor y su desgracia son por tal circunstancia un océano de hiel, un abismo de desolacion. El justo no teme morir sino por el desamparo en que su mujer queda; no le turba el aspecto de la horrible muerte, que tendiendo sobre él sus negras alas, tiene su guadaña levantada para herirle; lo único que le acongoja es el llanto de sus hijas.

En todas las regiones del mundo es amarga, muy amarga y perennemente amarga para los maridos la esterilidad de sus mujeres; pero lo es mucho mas en nuestro pueblo escogido. Las rencillas, que entre ellas suelen tener, es otra fuente de acerbo disgusto y afliccion para los hombres. Dígalo Moisés, diga cuánto su-

frió cuando María su hermana hacia guerra mujeril á su esposa Séfora: dígalo Elcana, diga cuánto sufrió viendo á su querida Ana cruelmente zaherida por Fenena y llorando sin consuelo hasta que el Señor la hizo madre del gran profeta, que me mandó llamar del campo, donde estaba apacentando mis ovejas, para ungirme por rey de Israél cuando yo como niño no tenia mas pensamiento que la honda, el cayado, el caramillo y los cantares rústicos, que me inspiraban el arroyo, el prado, el soto, mis ovejuelas, y sobre todo la llama de poesía, que ya entonces sentia quemarme el pecho. Entonces sí que fuí dichoso cuando aun no sabia lo que era amar apasionadamente á una mujer: entonces es-

taba mi pecho tranquilo, mi alma pura y serena cual mañana de primavera sin nube alguna y perfumada con el aroma de hermosas nacientes flores. Mi inocencia era como un espejo brillante, en que mi Dios se miraba. ¿Por quién perdí tanta dicha? ¿Quién me arrebató mi preciosa inocencia, mi gloria, mis virtudes y mi Dios?

¡Ay....! Desde el principio de las generaciones las mujeres fueron para el hombre su peste, su estrago, su ruina, su muerte. Todos teneis presente que el mundo vivia dividido en dos bandos, el de los hijos de Seth, llamados tambien hijos de Dios, porque eran buenos, y el de los descendientes de Cain, que por su corrupcion y relajadas costum-

bres se denominaron hijos de los hombres. Vieron aquellos á las hijas de estos, apasionáronse de ellas, el pueblo de los justos se mezcló por medio de matrimonios con el de los pecadores, *las corrompidas esposas arrebataron á sus maridos la inocencia y la virtud*, negándose á aprender de ellos, enseñándoles iniquidad y dándoles por hijos unos mónstruos de colosales carnes, de enormes huesos, de inmunda boca, de brazo poderoso en opresion é injusticias, de corazon rebelde contra su Dios, de alma empedernida en la maldad y horriblemente fecunda en execrables crímenes y vicios, que hicieron arder toda la tierra en el impuro fuego del infierno. Para apagarlo fué preciso que el Omnipotente arrojára

sobre ella los mares y todas las nubes deshechas en lluvia vengadora, que convirtiese el mundo en un inmenso sepulcro de agua, que ahogándole devorase á todo el género humano. Tal ruina universal fué obra de las mujeres, que en pos de su nefanda liviandad y costumbres pecaminosas arrastraron á sus esposos, que hasta entonces habian vivido formando una generacion de santos.

Una sola nacion escogió el Altísimo para reinar en medio de ella, ostentando en su favor las grandezas de su omnipotencia y de su misericordia magnífica, á nosotros, á nuestro pueblo hijo de portentos. ¡Y ay cuántas veces mujeres inícuas le han hecho blanco del divino furor! Estremece solo el recordarlo. En el

célebre viaje desde Egipto á la tierra prometida las Moabitas y las Madianitas indujeron á Israél á pecar con ellas. Pecó, y se dejó arrebatar del criminal deseo de complacer á tales mujeres idólatras hasta el extremo de concurrir á instigacion de ellas á sus sacrificios, de comer en su compañía viandas abominables y de adorar sus ídolos. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Nuestro pueblo se consagró á Beelphegor..... La ira divina no podia tardar en venir sobre la nacion prostituta. El Señor le envió una plaga, que amenazaba exterminarla toda. Moisés, con otros que aun se conservaban en el bando de la virtud, deshacíase en lágrimas y oraciones á las puertas del Tabernáculo, y habló el Señor airado y

le mandó colgar en patíbulos á todos los príncipes de las tríbus á la faz del sol. Y dijo Moisés á los jueces de Israél: mate cada uno á sus mas allegados, que se han consagrado á Beelphegor. En aquel acto se vió un escándalo horrendo, y Finees valeroso ardiendo en santo celo traspasó con su espada al israelita y á la mujer, perpetradores del crímen, y á ejemplo del nieto de Aaron los que aun temian á Dios, haciendo centellear en el aire sus fulminantes espadas, dieron muerte pronta á veinte y cuatro mil de nuestro pueblo.

¡Cuánta sangre se ha derramado en el mundo por las mujeres! No hablaré de los estragos que han venido por ellas á otras naciones. Basta la

nuestra para hartarnos de horror y de lágrimas con la variedad y muchedumbre de espectáculos de esta clase y por esta causa que su historia nos recuerda. ¿Quién motiva sus frecuentes infidelidades y apostasías? ¿Quién los tremendos castigos que á ellas se siguen? ¿Quién sino las mujeres extranjeras é idólatras, con las cuales son los hombres de Israél tan propensos á contraer matrimonios vedados por la ley? No solo las culpables, hasta las mujeres que proceden con alguna rectitud son orígen de graves males. La esposa del levita Efrateo sacrificada al brutal desenfreno de los Gabaitas, trajo con su muerte la destruccion de una de nuestras tríbus. El desesperado marido hizo once trozos del cadáver

de su infeliz mujer, y envió uno á cada una de las tribus para que la sangre que iba chorreando de él diese gritos de venganza, pidiéndoles la ruina de la tribu de Benjamin. Fueron oidos los clamores de aquel cadáver despedazado. Israél juró el exterminio de la descendencia de Benjamin, y cumplió espantosamente su terrible juramento, aunque despues arrepentido llorase sobre las cenizas de la devastacion y sobre los montes de cadáveres de sus hermanos los Benjamitas y procurase reparar tanto estrago.

Cuantos despues de mí han bajado del mundo á esta pacífica region de esperanza y de tinieblas han venido á confirmarnos en la tristísima idea de lo funestas que son al hombre

las mujeres. El anciano Tobías, habeis oido que estaba en Nínive cautivo, pobre, perseguido y ciego, y que en semejante estado su esposa Ana añadió insufrible amargura á su acerbo dolor contínuo, insultándole, sin respetar su infortunio, su ancianidad y su virtud. Las olas de la tribulacion sumergieron entonces el corazon de Tobías á pesar de que hasta aquella hora habia sobrenadado en el tempestuoso océano de sus desgracias: gimió profundamente, y volviéndose á su Dios con efusion de angustia y de ternura, oró llorando, y concluyó pidiendo al Señor que recibiera su espíritu porque la muerte le era harto mas apetecible que la vida. *Et nunc, Domine,* clamaba, *secundum voluntatem tuam fac*

mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum: expedit enim mihi mori magis quam vivere. Mas ya tú, Señor, hazlo conmigo segun tu voluntad, y manda que sea recibido en paz mi espíritu: porque mejor me es morir que vivir.

¿Y quién no se horroriza con el solo recuerdo de las noticias de iniquidad, de sangre y de exterminio que nos llegaron acerca de los reinados de Jezabel y de Atalía? ¡Inhumana Atalía! ¿Qué te habia hecho mi descendencia para que tan cruelmente bebieras su sangre? ¿Era esa la correspondencia de amor que mi familia debia esperar de tí? Pero el Señor quiso conservar á un niño de mi sangre que te habia de arrebatar el usurpado trono. Infeliz, tú le viste

coronado por rey, tú le viste en el templo recibiendo el homenaje de rendimiento que Judá le tributaba aclamándole por su legítimo soberano, y un instante despues de verle tu alma sanguinaria bajaba al abismo de los tormentos y de la desesperacion eterna á recibir el premio de sus iniquidades abominables. Allí te estrecharian entre sus brazos de hierro escandecido los demonios, cuyo culto pretendiste establecer en Jerusalén. ¡Pero ay! ¡Cómo oscureciste el horizonte de mi reino con el incienso profano que á tus ídolos quemabas! ¡Cómo pervertiste y precipitaste por el camino de la perdicion á tu marido y á tu hijo! ¡Cómo empapaste el suelo de Judá en la inocente sangre de los hijos de sus reyes, ay en

sangre de niños, ay en la sangre mia! Y tú Jezabel...»

Iba David á derramar en exclamaciones enérgicas el fuego de indignacion en que ardia su espíritu al recuerdo doloroso de las abominaciones y crueldades de que llenó á Israél la inícua Jezabel, digna madre de Atalía; mas repentinamente enmudeció, dió señales de que sentia un dolor inexplicable, una especie de rapto de dolor se notó en él y comunicóse á los circunstantes, que se asombraban y se condolian. Lo habia producido la memoria de la espantosa caida de su hijo Salomon pervertido y degradado hasta el extremo por las mujeres idólatras, que habiéndole esclavizado, le hicieron levantar templos á los ídolos y ofrecerles él mismo un

incienso nefario, doblando sus régias rodillas ante sus aras impuras. Entre profundos suspiros exclamaba de lo íntimo del alma: «¡Salomon, hijo mio! ¡Hijo mio Salomon!» Abismábase luego en aterradora meditacion de duelo, contemplando la gloria de su hijo Salomon, rico cual ningun otro monarca, sábio mas que todos los hombres, poderoso y respetado, admiracion del mundo y ejemplo de humanas felicidades antes que las mujeres eclipsáran tanto y tanto esplendor, y despues que ellas le subyugaron, convertido en miserable objeto de universal escándalo, de lastimero asombro, de irrision y desprecio. Contemplaba ¡ay dolor! hecho demente al sábio, sin sosiego en su corazon ni en su reino re-

vuelto el pacífico por antonomásia, desmembrado el imperio, poblado Israél de ídolos por el mismo que edificó la casa del Señor en majestad y alteza, decretada en el cielo la division de las diez tríbus concedidas á Jeroboam, é intimada esta formidable sentencia por un profeta de parte de Dios al mismo envilecido Salomon. ¡Qué espectáculo tan sombrío, tan triste y desesperante, qué espectáculo para David! Entre lúgubres ayes repetia: «¡Salomon hijo mio! ¡Hijo mio Salomon! ¿Adónde estás, entre las llamas de la inmortal hoguera ó en el fuego de la expiacion? ¡Hijo mio Salomon! Yo aquí no te veo. ¿Adónde estás? ¿En el purgatorio ó en el infierno?...»

Esta última exclamacion del rey

profeta causó en todo el concurso de ilustres sombras una sensacion indecible. Y la angustia de David subia de punto sin que nadie acertára á serenarle en larguísimo rato. Volando atropelladamente de uno en otro pensamiento habia recorrido la série de tragedias sucedidas en su familia por causa de las mujeres; los nombres de sus hijos Anmon, Thamar y Absalon, clavándose en su mente, le habian herido como puñales. ¿Pero qué necesidad tenia de buscar lejos ni cerca amargas fuentes de llanto, si las habia en él mismo? Por último puso los ojos del alma en el dia funesto en que por mirar á una hermosa en el baño, de rey santo que era se hizo adúltero, pérfido y homicida, perdiendo su santidad y su Dios por

un momento de fugitivo placer envenenado. Este recuerdo le estremeció de nuevo, de nuevo le compungió sobremanera; y notando los circunstantes que con medrosa voz rezaba por lo bajo su salmo *Miserere*, animados todos ellos de un mismo sentimiento le dijeron que lo entonára en voz alta y que todos ellos le acompañarian á dar gracias á Dios por la misericordia que con él habia usado, á pedirle perdon é indulgencia y á exhalar suspiros de melancólica ternura y amorosa confianza. Así pues, sobresaliendo la voz del arrepentido David, aquel coro de almas justas hizo retumbar las bóvedas del limbo con el cántico de sublime dolor que empieza:

Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.

CAPÍTULO XXVI.

Figuras que han representado á la Santísima Virgen en el antiguo Testamento.

El erudito Calmet ha demostrado en una de sus disertaciones la superioridad de la historia sagrada sobre las de los caldeos, medos, asirios, persas, egipcios, chinos, fenicios, griegos y romanos en cuanto á la veracidad y antigüedad de todas ellas. Mas no obstante los innumerables volúmenes que se han escrito por varones de muy profunda doctrina, descubriendo casi todos los misterios que encierra, ó lo que es lo mismo,

haciendo la aplicacion de las figuras; hasta Chateaubriand no sé que nadie haya señalado esta cualidad singular y divina como una belleza literaria, en que consiste uno de sus principales encantos. Privilegio es este exclusivamente suyo, no encontrándose ni la mas mínima sombra de semejante prerogativa aun en la historia del cristianismo, donde se hallan aglomeradas las dotes mas admirables, resplandeciendo del mismo modo que en la del pueblo antiguo, por una parte la infinita sabiduría, el amor y providencia de Dios en el gobierno de su Iglesia, y por otra el heroismo y victorias de los Santos, que la coronan de inmarcesibles laureles.

Chateaubriand es quien en uno de

los mas originales capítulos de la primera parte del *Genio del Cristianismo*, con su acostumbrada delicadeza, no tan solo nos habla de lo bello, de lo dulce y grandioso del misterio, aun considerado en abstracto, sino que parece llevarnos hasta su fuente, dándonos á gustar su esquisita dulzura, y presentándonos muchos ejemplos en prueba del suavísimo placer emanado de todo lo misterioso. En otro lugar de la misma obra, hablando de la excelencia literaria de la Escritura, pinta con grandiosa sublimidad la admiracion que causa leer en los libros históricos de la Biblia una cosa con la vista, al mismo tiempo que se van leyendo con el entendimiento misterios inefables.

Á fin, pues, de gustar ese encanto literario, y la delicia en que baña los corazones de sus amantes la dulce memoria de la Reina del cielo, recorramos con brevedad algunas de las imágenes que pueden hablarnos de ella en esta sagrada historia.

Nadie ignora que nuestro divino Redentor, así como es el primer objeto de nuestro culto, es tambien el fin primario de la Escritura. Empero la idea del Hijo no puede concebirse sin la Madre; y aunque esto en muchos casos no signifique mas que una relacion en las ideas; en Jesús y en María se verifica tan al pie de la letra, que si no lo dijeran los maestros de la verdad católica, seria fácil demostrarlo remontándose

bajo la salvaguardia de los sagrados textos hasta la creacion del universo, y aun mucho mas allá, antes del principio de los tiempos, y emprendiendo una carrera dilatada desde entonces hasta el dia de hoy: no es, pues, extraño que en la historia santa se halle escrita en caractéres misteriosos la de la Madre del amor divino, así como lo está la del Hijo de sus virginales entrañas. Vamos á verlo.

Una de las primeras escenas que el Génesis nos presenta, es la catástrofe mas espantosa que en su largo vuelo han admirado los siglos: toda carne ha corrompido sus caminos: la ira de Dios truena á lo lejos anunciando exterminio: la tempestad se acerca: los mares dan un salto, y

soterran un mundo de gigantes bajo sus olas de muerte. Solo el arca, obra de un siglo entero, se salva navegando sobre las ruinas de cien naciones devoradas por el piélago de la venganza divina. Hé aquí en figura el diluvio del pecado original, que derrama sus venenosas corrientes sobre todos los hombres. Hé aquí la Santísima Vírgen, arca viva que lleva á Dios en su seno, sobrenadando inmaculada en su concepcion, mientras toda la descendencia de Adán padece el lamentable naufragio de la culpa.

San Juan Crisóstomo nos predica la misericordia de Dios en el diluvio, porque puso término á las iniquidades de los que en él perecieron, y á los que se salvaron libró del mal

ejemplo de aquellos desventurados. ¡Misericordia en el arca! se deberá añadir, porque esa arca es imágen de María, que salva del naufragio de la perdicion eterna á cuantos corren á refugiarse debajo de su manto. No solo los racionales, hasta los brutos llegaron á puerto de salvacion acogiéndose al arca: en brazos de María no solamente los justos, hasta los pecadores aportan á la gloria.

En la narracion del diluvio hallamos una paloma mensagera de nuevas venturosas; y esa paloma es María, que nace anunciando la paz al universo; la paz entre los hombres, que entonces mismo pidió á Augusto paz la Etiopía, paz el imperio de los partos, las Indias alian-

za; paz entre el cielo y la tierra; pues es la madre de la víctima que en su sangre ha de apagar el rayo del Eterno, reconciliándole con el linage humano; y así ese ramo de oliva, que trae la fidelísima y cándida paloma, es el precioso niño que dió á luz en Belén, de corazon pacífico y humilde. ¡Oh! ¿Y qué diremos cuando esta sublime Señora, á quien el Espíritu Santo llama su paloma en el Cantar de los Cantares, toma bajo su proteccion á un alma y la visita con la dulce influencia de su maternal patrocinio? ¡De cuánta calma la inunda! ¡Cuán pronto la pone en paz con el Dios de las justicias, mostrándole en favor de aquella los sacratísimos pechos con que le lactaba cuando por su

amor se hizo niño en su purísimo gremio!

Esto mismo figuraba el iris, que apareció en las nubes á derramar un torrente de gozo y de consuelo en el corazon de Noé; asi la Consoladora de los afligidos, cuando estamos ahogados en un océano de tribulacion, aparece en nuestro horizonte disipando la noche de nuestra melancolía con los rayos de su belleza, destilando en nuestros pechos el bálsamo de la esperanza, hechizando nuestros ojos con la graciosa variedad de sus virtudes refulgentes como el sol que le sirve de manto, suaves como el brillo de las estrellas que forman su corona, diversas á manera de los colores del iris.

Los que estén versados en las glorias de la Santísima Vírgen echarán de ver que todo esto se encuentra en sus muchos y esclarecidos panegiristas. Pero séame lícito indicar que para mí el arca de Noé y el mismo Noé simbolizan el corazon de María, que en la pasion y muerte del Hijo de su amor vogaba como aquella en un mar de amargura; como aquella se veia entre dos abismos, el de la ira del Eterno, que descendia á torrentes sobre la víctima divina, y por repercusion sobre ella misma, y el de la iniquidad y saña de los mortales, que descargaba heridas sobre heridas en su Hijo adorado, y por repercusion en ella misma; como aquella, flotaba sola en el mundo, estando para ella desierto el universo no teniendo

á su entrañable Jesús; como aquella, veia el cielo vestido de luto, temblando la tierra bajo sus plantas, en guerra los elementos y la naturaleza en agonía; como aquella, resistia con fortaleza invicta al ímpetu de tantas y tan acerbas olas de tribulacion; por último, como aquella, á medida que se elevaban las ondas, sobre ellas se iba elevando; así su resignacion maravillosa íbase sublimando de una manera inefable á medida que se engrosaban los torrentes de su amargura.

¡Ay qué angustia seria la de Noé cuando desembarcando en Ararat no viese mas que desolacion y espanto, cadáveres y ruinas, los cadáveres de todo el línage humano, las ruinas de un mundo entero! ¡Ay qué congoja la

de la Madre tierna, que repasa con sus ojos las heridas de su Hijo, teniéndole ya exánime entre sus brazos!

Dichosa la familia que en medio de un caos de disolucion y tinieblas puede llamarse en cierto modo por su fe y santidad una copia de aquella familia santa por antonomasia, en la cual veneramos al Príncipe del cielo. Dichosa la familia de Abrahám, pues es un vivo retrato de la familia de Nazaret. Extendido de nuevo por la redondez de la tierra el cáncer de la depravacion, sentados todos los pueblos á las sombras de la muerte, entronizada la idolatría, perdido en tan densa noche el conocimiento del verdadero Dios, respira el corazon, se dilata y regocija al descubrir una ráfaga de luz divina en la frente del

Patriarca, que sin mas guia que la hermosa lámpara de su fé va peregrino desde Mesopotámia á Canaán. En tan largo viaje le acompaña su esposa, cuya hermosura es codiciada de reyes muy poderosos, como si desde entonces se nos quisiera significar que la belleza de María sería el embeleso del Rey de los monarcas: *Concupiscet rex decorem tuum*. El nombre de Sarai por órden del Excelso se le muda en el de Sara, que significa princesa: lo mismo quiere decir el nombre de María. Tres ángeles la visitan para anunciarle que tendria un hijo á pesar de su natural esterilidad, y á pesar de que sus años casi componen un siglo. El arcángel Gabriel desciende de los cielos con una embajada muy semejante, ase-

gurando á la purísima esposa del justo José que sin lesion de su virginidad inmaculada daria á luz un hijo, á quien pondria el nombre de Jesús; que éste seria grande y se llamaria Hijo del Altísimo; que Dios le daria el trono de su padre David; que reinaria eternalmente en la casa de Jacob, y su dominacion no tendria fin.

¿Y Abrahám? Una alma sensible y amante de la soberana Reina de los mártires no puede acordarse de él sin que sus ojos se le arrasen en llanto. Veamos el cotejo, que nos hace de su dolor con el de María predicando sobre las angustias de esta Señora el P. Pellegrini, uno de los mas tiernos y elocuentes oradores sagrados, de que tan justamente se gloria

la Italia. «Acuérdome del antiguo Isaac, cuya sangre habia de correr por mandato divino, y mi pensamiento se fija en aquellos tres dias, que transcurrieron enteros antes que Abrahám desde el bosque de Bersabée llegára á la montaña del sacrificio. En este espacio de tiempo, pobre corazon de un padre, reflexiona Orígenes, pobre corazon de un padre, que continuamente tiene consigo su tormento en su unigénito amado, ora este bebiera sentado con él al borde de fresca fuente, ora con él á la sombra de algun árbol copudo tomára el cotidiano sustento; cada movimiento, cada mirada era una espada de dos filos que traspasaba las entrañas del buen anciano! *Dum intuetur filium pater, dum cibum cum eo sumit, recur-*

santibus curis, paterna viscera cruciabantur. Si puesto ya el sol, cansado del largo camino, reclinábase aquel amable jóven al pecho de su padre, ¡ay qué tropel de tristes pensamientos agitaba con vuelo aciago las canas del anciano en la medrosa lobreguez de aquellas noches! ¡Ay qué tropel de angustias asaltaba su corazon al rayar del alba, que de nuevo le descubria la dulzura del juvenil semblante! *Dum filius pendet in amplexibus patris, dum cubat in gremio, recursantibus curis, paterna viscera cruciabantur.* ¡Oh! ¡si al menos no le tuviera delante de sus ojos! Vanos son sus esfuerzos por alejar la memoria del cercano porvenir, pues aquellos á todas horas se lo muestran presente; y ora veia desnudo el cuello

debajo de la espada, y ora veia la palidez de la muerte en aquel rostro hermoso, veíalo caido sobre el pecho bañándolo de fresca sangre. Así de pensamiento en pensamiento, de lugar en lugar, dilacerándose sin cesar y cada vez mas el corazon paterno en aquellos tres dias, rapidísimos por el término que habian de tener, lentos é inacabables por la angustia que los acompañaba, no hubo hora ni momento que no volase bañado de ardientes lágrimas y penetrado de muy profundos suspiros.

¡Pues cuán acerbos serian los dolores del alma que padeció María, no ya tan solo por tres dias, sino por el espacio muchísimo mas largo de la vida de su Hijo! Bien podia á su placer echarse al cuello á aquella dulce

prenda, nutrir con su propia leche su tierno cuerpecito, y en su frente adorada imprimir mil y mil besos. Lo podia: ¿mas con qué satisfaccion, si estaba siempre pensando en aquel dia en que muerto y desangrado le habia de ver en el Gólgota? ¡Ay triste pensamiento! que para aguar el consuelo de sustentar aquella vida preciosa á todas horas le decia amargamente: «Tú lo nutres tan solo para la cruz: tan solo para la cruz haces que crezca: en la cruz tú misma ¡ay! le verás morir...» Con razon, pues, se le pueden acomodar las citadas palabras. *Dum intuetur Filium Mater, dum cibum cum eo sumit, recursantibus curis, materna viscera cruciabantur.* Si ella en fajas envuelve sus miembros delicados, recuerda los andrajos

que ya predijo Zacarías, los cuales cubririan de confusion aquel cuerpo divino. Si con suave lienzo le abriga la blanda cabecita, se le ponen delante de la vista las espinas que Isaías profetizára, las cuales le habian de atravesar las sienes con inhumano dolor. Y oh cuántas veces fijando los ojos lánguidos en su cara querida, y dulcísimamente estrechándole al pecho; ¡ah cuán gracioso y amable eres! le diria con la esposa de los Cantares. *Ecce tu pulcher et decorus.* Si, gracioso y amable como ahora te estoy viendo; mas ¡cuán distinto del de ahora, cuán distinto estarás algun dia! ¡Ay! ¡que esta frente la he de ver algun dia toda de color de sangre! ¡Entre rios de sangre perderán estos ojos su resplandor delicioso! ¡Y de

esta carne delicadísima, despedazada al ímpetu de crueles azotes, saldrán tambien avenidas de sangre! Entretanto parecíale ya, yo así lo creo, parecíale ya tenerle en sus brazos, no como entonces pequeñito y risueño, sino cual despues le acogió depuesto ya del patíbulo, sin color, sin espíritu, sin vida, sin tener ni aun figura ó semejanza de hombre. *Dum Filius pendet in amplexibus matris, dum cubat in gremio recursantibus curis, materna viscera cruciabantur.* En vano se complace en salvarle con la fuga de la fiereza de Herodes, pues en aquella hora piensa que es para guardarle á la sentencia del injusto Pilatos. En vano se alegra de hallarle disputando entre doctores, que en aquel punto se le viene á la memoria que será

despues burlado en los tribunales. Sus beneficios y portentos, los aplausos y aclamaciones agenas no pueden consolarla, pues á aquellas sustituye al momento la ignominia de un infame madero, á estas la bárbara crueldad de un pueblo ingrato.» (Hasta aquí Pellegrini.)

Llega por fin Abrahám al monte de la mirra, alza los ojos al cielo inmolando la vida de su querido Isaac, como María ofrece en el templo de Jerusalén la de su Niño adorado; pero el sacrificio de aquel no se consuma, porque Dios no queria mas que representar el de su Madre Santísima, y una voz del cielo detiene el trémulo brazo al descargar el golpe, mientras aquella escucha de los fatídicos lábios del octogenario anciano Si-

meon que su Hijo será puesto por blanco de contradiccion, y á ella misma le ha de traspasar el alma una agudísima espada de dolor.

La gloria de ser en muchas cosas imágen de la dulce Madre del pueblo cristiano no es tan exclusivamente propia del padre de los creyentes que no haya de haber heredado tan hermoso privilegio su digno nieto el patriarca Jacob. Su vida es un tejido de aflicciones, de las cuales algunas son en todo parecidas á las de María Santísima: él y ella lloran á un hijo en quien tienen puesto su corazon, á un hijo tesoro de inocencia, á un hijo muerto desastrosamente en la flor de sus años, á un hijo prendadísimo, á un hijo encantador por su amabilidad, su gracia y sus virtu-

des. Los crueles hermanos del jóven José le venden para Egipto, y su túnica se la envian á Jacob empapada en la sangre de un cabrito: el amoroso padre queda á tal vista atónito, mudo, helado de dolor. Luego rompiendo sus ojos en dos rios de llanto, «¡ah, sí, exclama, reconozco la túnica de mi hijo! ¡una fiera le ha devorado!» No dice mas, porque la angustia le ahoga; pero hablan de su dolor, son vivos testimonios de su mortal congoja su palidez, su demudado semblante, su ademan convulsivo, su interminable llanto. Desgarra sus vestidos, se cubre de cilicio, arrójase en el suelo y solloza y arranca de lo íntimo del alma incesantes suspiros. Pesarosos sus hijos de ver á su anciano padre

en el lamentable estado en que le han puesto por su culpa inhumana, le rodean, procuran consolarle, hacen esfuerzos por mitigar su pena. Y él les responde con lúgubres acentos: «¡No, hijos mios, no hay para mí consuelo! ¡Dejadme bajar á la tumba, mas allá de la tumba, adonde mi alma oprimida por tantos infortunios vaya llorando á reunirse con el alma de mi querido José!»

María ve lleno de sangre, no ya un vestido de su Hijo, sino á él mismo pendiente de un patíbulo; ve taladrada de espinas la cabeza, donde resplandecia el sol de la eterna sabiduría, ve oscurecidos por sombras de muerte los divinos ojos en donde se miraba como en espejo de inefable delicia; ve cárdenos los lábios

que le daban dulcísimos besos cuando niño, llamándola con el melífluo nombre de madre! Ve María enclavadas las manos milagrosas, que eran inagotable manantial de salud para los desvalidos enfermos; ve rasgados aquellos pies, que corrieron por el mar tempestuoso como por tierra firme; ve exánime el cuerpo sacratísimo, que en sus entrañas formó el Espíritu Santo; ve derramada aquella sangre preciosa que ella misma le dió de la porcion mas pura y escogida de su corazon, y su dolor no es posible pintarlo, á no mojar la pluma en el abierto costado del Redentor Jesús.

El mismo Jacob tuvo la dicha y el asombro de ver una imágen de María, cuando iba en brazos de la divina Providencia á buscar una es-

posa allá en la remota Mesopotámia, y habiéndole cogido la pavorosa noche en una soledad, fatigado por el cansancio de la primera jornada, se durmió, sirviéndole de cama el duro suelo y de cabecera algunas piedras, y vió en sueños una escala que desde la tierra se levantaba al cielo, á los ángeles que bajaban y subian por ella, y á Dios en la extremidad superior de la escala. Intérpretes sagrados han dicho que esta era una figura de la Iglesia, otros que de la santa Cruz, algunos que lo era de la Providencia, quiénes que del mismo Verbo encarnado, y finalmente con San Bernardo otros muchos que lo es de la Santísima Vírgen. En efecto, con la imitacion de sus virtudes se elevan

hasta el mismo Dios los verdaderos amantes de la celestial Señora, que los atrae con el hechizo de su belleza; y cuando ya les ha robado suavísimamente el corazon, como una prenda suya se lo regala á su divino Hijo, pues ella para otra cosa no quiere los corazones.

Si los hombres escogidos por el Salvador para ascendientes suyos han tenido la feliz suerte de representar tan de antemano algunos de los dolores y prerogativas de la Reina de los Patriarcas, ¿cómo habian de carecer de esta dicha las esposas de aquellos y tantas otras heroinas del Testamento antiguo? ¿Quién no ha oido aun en los púlpitos, cuando en ellos resuena la gloria de esta Princesa, quién no ha oido mil veces

los nombres de Eva y de Rebeca, los de Raquel y María la hermana de Moisés, los de Jael y Débora, los de Judith y Abigail, los de Rut y Noemí, Susana y Sunamitis? Quien no los haya leido en muchísimos libros será porque abrir no acostumbra los que se han escrito en todas las naciones, y aun hoy se escriben, particularmente en Francia y en Italia, acerca de las inagotables alabanzas de la Santísima Vírgen. Es amada por Dios como Raquel por Jacob; se le pide su consentimiento para el desposorio de ambas naturalezas, la divina y humana, como á Rebeca para su matrimonio con el heredero de las promesas; salva á Jesús de la cuchilla de Herodes, como la otra María coadyuva

á la salvacion de su hermanito Moisés; quebranta la cabeza de la antigua serpiente, como Judith degüella al orgulloso Holofernes. Aplaca al Juez eterno irritado con los hombres, como Abigail con su prudencia á David enfurecido; triunfa como Débora, defendiendo en mil batallas á la Iglesia contra el infierno; como Jael á Sísara, asi destruye todas las heregías. *Omnes hæreses interemisti in universo mundo.*

Pero á mi corazon ninguna de ellas le habla de la Madre de la misericordia con mas elocuencia que Esther; ninguna la retrata á mis ojos con mas vivos colores que la bella, la dolorida, la predilecta, la reina Esther. Esta jóven cautiva halla gracia por su hermosura en los ojos de Asue-

ro, que la prefiere á todas las hermosas de su reino, la eleva á su tálamo, y en la cabeza le pone su esplendorosa diadema. La flor de Nazaret, la hija de Joaquin y Ana hechiza por la belleza de su alma al Rey del cielo; su embajador le dice que es bendita entre todas las mujeres, porque está llena de gracia; el Espíritu Santo se desposa con ella, y Dios mismo la corona en su Asuncion por reina del universo.

El solemne matrimonio de Esther se festeja en toda la Persia, dando el monarca un suntuoso convite á los magnates y oficiales de su corte, condonando á sus pueblos todas las cargas y contribuciones de aquel año de verdadero regocijo, y enriqueciendo á sus vasallos con los grandes

donativos del real tesoro. El desposorio de María con el Rey de la gloria se solemniza descendiendo de las alturas el perdon de un mundo de iniquidades, derramándose por la haz de la tierra los celestiales torrentes de la sabiduría del Evangelio; celébrase, por último, convidando á todos los hombres al inmortal y suavísimo banquete de la divina Eucaristía, y llamándolos al de la gloria perdurable ó sábado de la eternidad.

Delante de Dios protesta la humilde Esther que abomina toda señal de soberbia; que para ella es como un paño inmundo esa corona, que á pesar suyo brilla sobre su frente en dias de ostentosa ceremonia. María en el sublime misterio de su Anuncia-

cion se ve hecha un abismo de gracia; ve que los mas encumbrados montes de santidad le sirven de cimiento; ve que la Sabiduría increada la escoge para su tabernáculo, y como á tal divinamente la adorna; ve lo excelso de su grandeza y dignidad soberana; ve las gerarquías celestes prosternadas á sus pies; ve que un Dios se hace hijo suyo, se hace parte de sí misma y pequeña porcion de sus entrañas; y á tal vista se humilla, se postra, se anonada, y se confiesa esclava del Señor.

Para la heróica empresa de salvar á su pueblo preparóse la dolorida Esther con tres dias de retiro, de oracion y de llanto. María en la clausura del templo de Jerusalén, y en el deífico santuario de su cora-

zon, no hacia mas que llorar la ruina de los mortales, pedir á Dios misericordia para el género humano, y ofrecerle el incienso de su oracion incesante.

Presentándose sin ser llamada la magnánima Esther al formidable Asuero, puso su vida en un peligro inminente, tomando sobre sí una sentencia de muerte. María mostró un pecho mas grande, mas generoso y heróico, aceptando por nuestro amor la divina maternidad acompañada de inmensas tribulaciones. Bien sabia la Señora por su altísima inteligencia de las profecías que aquel bendito fruto de su seno inmaculado habia de ser para ella un hacecito de mirra, para ella y para su inocente esposo en su preñez mila-

grosa; que le daria á luz en un pesebre; que la cuchilla de un tirano le buscaria para matarle en sus brazos, y solo le salvaria huyendo peregrina á tierras muy extrañas, y desterrándose por largos años de su pais nativo: en David y en Isaías habia visto y contemplado uno por uno todos los tormentos atroces de su pasion y muerte, formando todos ellos un espantoso cáliz de amargura inseparable de su divina maternidad. Pero ella por nuestro amor consiente en ser madre de un Dios crucificado. ¡Sacrificio que abraza lo mas sublime de una caridad inmensa, y lo mas penetrante, acerbo y delicado de un dolor inconcebible!

La bella Esther, para hechizar al rey su esposo se engalana con ri-

cas joyas, deja flotar sobre su ebúrneo cuello su airosa cabellera, se rodea de su gloria, resplandece con régias vestiduras, enciende sus dulces ojos en llama de amor suave, da á su semblante una expresion de gracia y de ternura, y respirando aromas deliciosos, y apoyándose lánguidamente en los brazos de una de sus camareras, y abandonando á otra la majestuosa cola de su manto, entra en la vedada habitacion de su terrible Asuero. Su mirada amorosa se encuentra con la ira de los ojos del rey, y á tal rayo desmáyase, y vuelto en palidez el brillo de su rostro, cae desfallecida. Asuero sobresaltado se precipita del trono, y sosteniéndola cariñosamente en sus brazos, «¡qué tienes, Esther! le dice; soy tu es-

poso, no temas, no morirás, pues esta ley no se ha hecho para tí, bien que á todos comprenda. Llégate, pues, y toca el cetro mio.» Mas ella no responde, y Asuero le pone sobre el cuello el cetro de oro, la besa en la pálida mejilla, y una y mil veces le ruega que le pida cuanto quiera, repitiéndole que está dispuesto á complacerla, aun cuando le pidiere la mitad de su reino. Vuelve en sí Esther, y de nuevo se desmaya, no ya cual antes penetrada de espanto, mas transportada de gozo y en un deliquio de amor.

¡Oh cómo se agolpan las figuras de lo que pasó en el adorable misterio de la Encarnacion! María, mas hermosa que cuando la vió en Patmos el profeta de las visiones, coronada

de estrellas, llevando el sol por manto y por calzado la luna, mas hermosa, mil veces mas hermosa, hechos fuego divino sus ojos de dulzura, centelleando su rostro con el fuego divino, devorado su pecho por el fuego divino, respirando anhelosa tan solo fuego divino, ataviada con el riquísimo aderezo de la gracia y de los dones de su celestial Esposo, adornada su frente con la diadema de sus privilegios altísimos, revestida de gloria y de inocencia, y derramando á lo lejos el perfume de sus virtudes, y reclinándose plácidamente en brazos de la esperanza, y sostenida por la fé en su amoroso abandono, pónese en el acatamiento del Dios de la majestad encendido en ira con cuarenta siglos de iniquidades. Ve

el rio de fuego que sale de los ojos del Altísimo, y se postra á pedir salvacion para su pueblo; se le presenta el enviado de Dios, la saluda como á su reina, y le anuncia su elevacion infinita; y ella en aquel sublime instante, protestando no ser mas que la esclava del Señor, cae en el profundo abismo de su humildad. ¡Hé aquí lo que estaba figurado por el primer desmayo de Esther! El Verbo divino desde el trono de su Eterno Padre desciende en aquel acto á su purísimo gremio, y se estrecha con ella, y dulcísimamente la abraza y acaricia el Espíritu Santo como á su tierna Esposa. ¡Hé aqui lo que estaba figurado por lo que hizo con Esther el rey Asuero! El cetro de oro con

que tocándola la preservó de morir es la persona del Verbo, que tomó carne en sus entrañas, pues en atencion á su divina maternidad se hacen con ella tantas y tantas excepciones de inmarcesible gloria. Á este cetro de oro debe el ser concebida sin la culpa original, el ser vírgen y madre al propio tiempo, el dar á luz un hijo sin la menor dolencia, el desprenderse intacta de los brazos de la muerte, resucitando gloriosa al tercer dia. Esa ley establecida para toda generacion humana no se ha hecho para tí. *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.* Tú concebirás por obra del Espíritu Santo. ¡Ah! Si el Espíritu Santo se desposa con ella, ¿cómo no ha de exclamar por boca de Sunamitis que

se desmaya á impulsos del amor? En un deliquio de divinal amor concibe al Hijo de Dios. ¡Hé aquí lo que figuraba el segundo desmayo de Esther, que fué desmayo de amor!

Y si á esta reina de Persia prometia su esposo la mitad de su reino; mas pródigo y magnífico estuvo con María el Rey de cielo y tierra, como nota el doctísimo y devoto Cornelio Alápide. Á María se le entrega todo el reino de la misericordia. Si aquella salvó al pueblo judío y puso cerca del trono á Mardoqueo, ésta salva á todo el linaje humano y eleva nuestra naturaleza al trono de los cielos. Estábamos abatidos, sentenciados á eterna muerte, y por María se ha levantado nuestra carne y

nuestra sangre sobre el trono de los cielos. Jesucristo, compaginado con nuestros propios huesos, se ha sentado á reinar á la diestra de su Padre, y bien puede decirle la humana naturaleza: «Hueso de mis huesos y carne de mi carne.»

Muy satisfactorio me seria ir discurriendo por los innumerables objetos que en la historia santa han representado con mas ó menos viveza á aquella en cuyas maravillosas virtudes y excelsos privilegios hallaron los Santos Padres el significado misterioso de la tierra del paraiso, que producia sin humano cultivo, de la hermosura de Eva antes de su pecado, de la zarza que ardia sin quemarse, de la vara de Aaron, que floreció por sí misma, de la aurora que

puso término á la lucha del ángel con Israél, de la nube de Elías y del carro de fuego en el cual se remontó á los cielos, del vellocino de Gedeon, del altar de los perfumes, de la torre de David, del templo de Salomon, de la puerta de Ezequiel, de la montaña de donde se desprendió la piedra derribadora de la famosa estátua. Preguntaria á San Ambrosio y al tierno Buenaventura qué significaba el arca de la alianza, y tomando á los dos por guia y por antorcha, levantára mi débil voz repitiendo que así como aquella encerraba las tablas de la ley, dentro de sí llevó Nuestra Señora al Legislador divino, y guardó el maná soberano, ese pan de los ángeles con que el alma se alimenta en el tiempo de su peregrinacion

sobre esta tierra de llanto. Clamaria que, como aquella, por dentro y fuera está cubierta de oro, es decir, del brillo de sus virtudes y de la gloria de su Hijo; que como aquella al pueblo de Israél, así nos acompaña por el desierto de esta vida, guiándonos al cielo que nos está prometido; que como aquella hizo desplomarse las murallas de Jericó, huir á ejércitos enemigos, caer destrozados los ídolos, llamarse venturosa y henchirse de beneficios divinos la casa donde entraba, así nuestra augusta Abogada echa por tierra los muros del infierno, arrancándole los pueblos que posee, pone en fuga las huestes del príncipe de las tinieblas, despedaza los ídolos de Egipto con solo presentarse, hace bajar el cielo

con todos sus tesoros al corazon en que establece su trono de amor y ternura infinita. Diria... Pero basta para mi objeto haber recorrido con suma rapidez algunas de las sombras ó imágenes del antiguo Testamento que figuraban á la Madre de mi Salvador, ciñéndome á las históricas, sin hacer mencion de las muchas que reconoce la Iglesia en los demás libros de la sagrada Escritura.

Demos gracias á la Sabiduría increada por haberse dignado encerrar infinita variedad de misterios consoladores en el libro divino, que para lumbrera de la humanidad y estudio de todos los siglos le plugo inspirar á un Moisés y á los demás santísimos autores de esta sagrada historia, divina por su objeto, grán-

diosa por su extension, magnífica por sus personajes, excelsa por su doctrina, utilísima por sus enseñanzas, venerable por su antigüedad, interesante á todo el género humano, amena por la variedad de sus cuadros, encantadora y poética por la belleza de sus imágenes, á la par que tierna y sublime por sus escenas, y solemne y altísima por sus misterios.

ÍNDICE

del tomo segundo de las Observaciones sobre las bellezas históricas del antiguo Testamento.

Páginas.

CAPÍTULO XIV.

GUERRA.

Placeres de la guerra escrita. Encuentro de Josué con un ángel generalísimo. Toma de Jericó. Sol y luna obedecen á Josué. Degüella un ángel al ejército de Sennaquerib. Victoria de Abías. Escena nocturna en que es destruido el ejército madianita. Interésase el corazon en las guerras. 5

CAPÍTULO XV.

CARÁCTER RELIGIOSO DE LAS GUERRAS DE LA HISTORIA SAGRADA.—HÉROES.—LOS MACABEOS.

Condiciones de la historia de una guerra para interesar y deleitar. Heliodoro azotado por dos ángeles en

el templo de Jerusalén. La oracion considerada como arma de guerra. Guerra en el cielo. Matathías: su declaracion de guerra: sus primeras hazañas: su elogio. 33

CAPÍTULO XVI.

JUDAS MACABEO.

Desbarata varios ejércitos. Abnegacion. Dia de oracion. Nuevos triunfos del Macabeo. 59

CAPÍTULO XVII.

BELLEZA DE LAS BATALLAS.

Muerte de Clorinda en el poema del Tasso. Pintura del ejército de Antioco Eupator. Los elefantes guerreros. Muerte de Eleázaro. Caballo y caballero aparecido en el aire. Derrota de Lysias. Cinco guerreros celestiales. Combate con Timoteo. Belleza de los prodigios. Incendios y ruinas de varias ciudades. Lucha con Nicanor. Aparicion nocturna de dos difuntos venerables. 77

CAPÍTULO XVIII.

EPISODIOS Y OTROS CARACTÉRES DEL POEMA ÉPICO QUE SE HALLAN EN LA HISTORIA DE LOS MACABEOS.

Introduccion. El anciano Eleázaro. Terrible muerte de Razías. Restauracion del templo. Fin misérrimo de Antioco. Condiciones del poema épico que se hallan en la historia de los Macabeos. Requisitos del poeta sagrado. Instrucciones morales que contiene el libro de los Macabeos. . 119

CAPÍTULO XIX.

MUJERES.

Creacion de Eva: madres y esposas. Matrimonio; el primero: sus pesares ó trabajos. Aflicciones de Eva. Cuatro mujeres antidiluvianas. . . . 165

CAPÍTULO XX.

PIEDAD DE LAS MUJERES.

Mujeres que intervienen en la salvacion del niño Moisés. Rahab. Mi-

chol. Abigaíl. Mujer de Técua. Otra mujer piadosa. 179

CAPÍTULO XXI.

LAS MUJERES SON OBJETO DE COMPASIVA PREDILECCION.

Ventajas de las mujeres: conservacion de mujeres y niños en ruinas y matanzas. Excepciones en favor de aquellas. Ruth. Noemí. 199

CAPÍTULO XXII.

COMPASION DE LOS PROFETAS PARA CON LAS MUJERES.

Susana, sus calumniadores y Daniel. La viuda de Sarepta: Elías resucita á su hijo. Eliseo, Sunamitis y la resurreccion de su hijo. 223

CAPÍTULO XXIII.

SUCESOS EXTRAÑOS DE LAS MUJERES.

Mujeres viajando por el desierto. María con la lepra por su murmuracion. Seiscientos matrimonios

extraordinarios. La reina Sabá; la reina esposa de Jeroboam. Expulsion de la reina Vasthi. 257

CAPÍTULO XXIV.

HEROISMO DE LAS MUJERES.

Débora y Jael. Una mujer de Tebes dá muerte al tirano Abimelech. Mujer sábia de Abela. Judith. . . 299

CAPÍTULO XXV.

MALES CAUSADOS POR LAS MUJERES.

El amor hace padecer por compasion; mujeres de David cautivas junto con otras seiscientas. El limbo. Adan se queja de los dolores que le causó Eva. Abraham de lo que padeció con Sara y Agar, Jacob de Lia y Raquel, Isaac de las mujeres cananeas, y de Rebeca. José habla de la tragedia de Dina y de la mujer de Putifar. Job describe cómo su mujer exasperó lo terrible de sus tribulaciones. Los guerreros interiormente martirizados por el re-

cuerdo de sus mujeres. Causa de las desventuras de David. Ellas causa del diluvio universal; ellas de los estragos padecidos por el pueblo de Dios. Ruina de la tribu de Benjamin. Mujer de Tobías. Atalía. Caidas de Salomon y de David. . . . 331

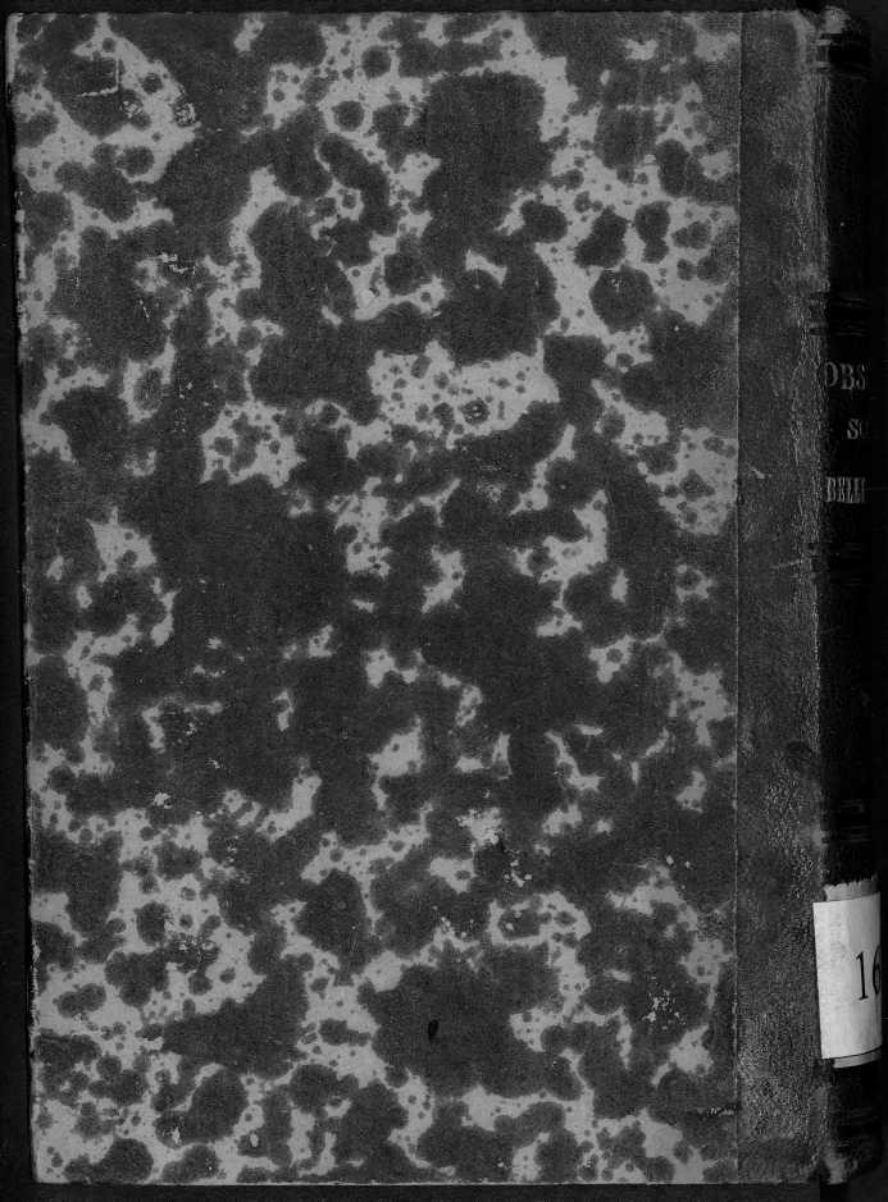
CAPÍTULO XXVI.

FIGURAS QUE HAN REPRESENTADO Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

Una belleza exclusivamente propia de la historia sagrada. Figuras de María en el diluvio. Sara. Dolor de Abraham en el sacrificio de su hijo, comparado con el de la Reina de los mártires. Jacob y su escala. Las heroinas del antiguo Testamento figuran á María, y especialmente Esther. Otras imágenes de María. . 391

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE ESTA OBRA.

15
3
13



BSERVACIO

SOBRE LAS

ELLEZAS HISTORICA

2

16.087